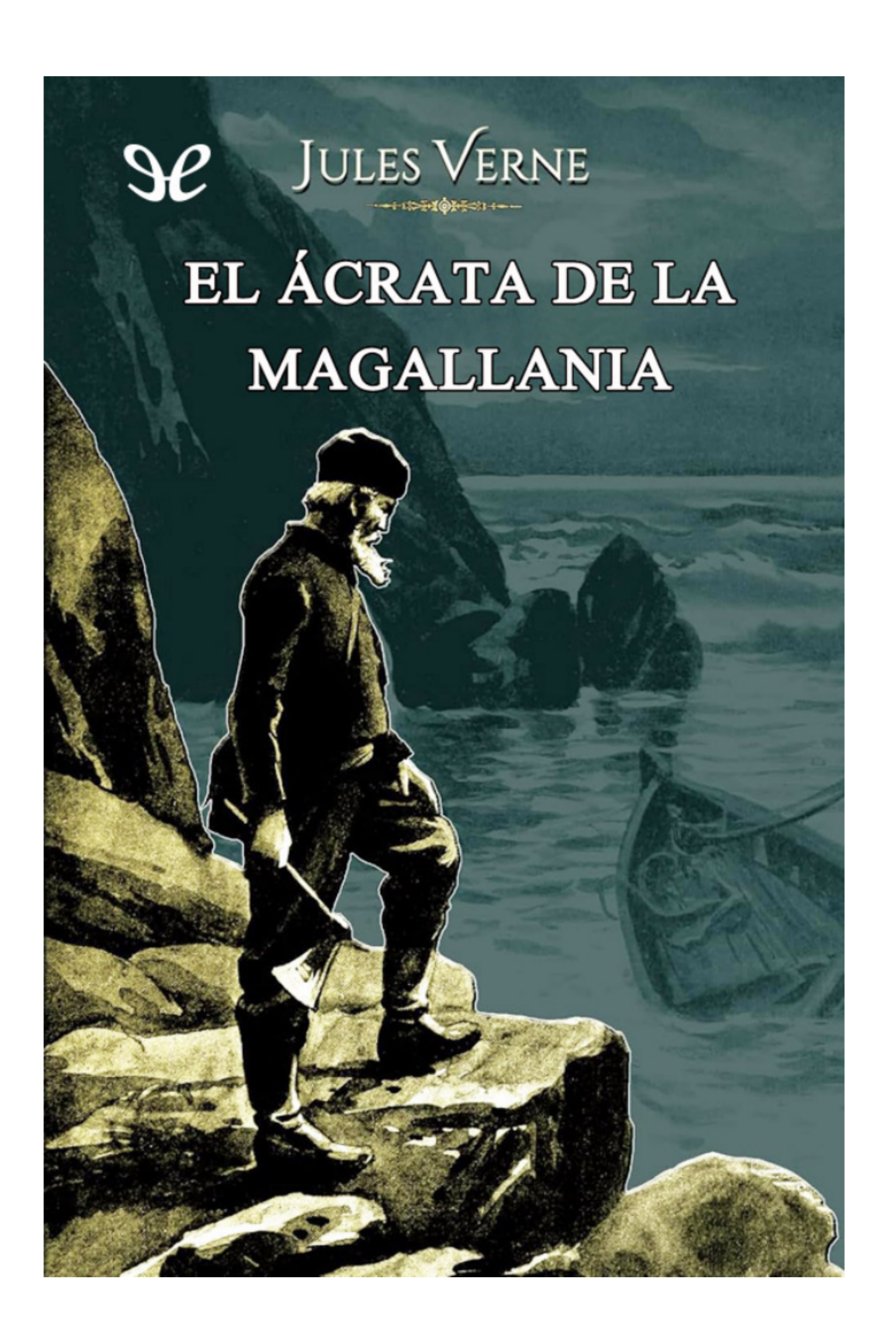

JULES VERNE
EL ÁCRATA DE LA MAGALLANIA

El inédito texto original, sin manipulaciones, de Verne y una de sus obras más insólitas. Se puede decir que la presente novela de Verne es un compendio de sus ideas sobre el ser humano y la sociedad, además de una suerte de autobiografía espiritual; una novela muy personal, enteramente adulta, que fue encontrada a su muerte entre sus papeles.

El hijo del escritor, Michel Verne, la publicó con numerosas e intolerables modificaciones nada menos que eliminando cinco capítulos y añadiendo otros veinte y un cambio en el sentido ideológico de la obra. La novela fue publicada con el título de *Los náufragos del Jonathan*, y esa versión es la que se ha traducido y publicado anteriormente en España.

Ofrecemos aquí el hermoso redactado original inédito en español: el que realmente escribió su autor, donde se trasluce la amargura de Verne en sus últimos años y su fascinación por la acracia no violenta, al tiempo que se manifiesta su formidable capacidad para describir el mundo natural, mezclando la información enciclopédica con la visión poética; en este caso, de los grandiosos y preantárticos espacios magallánicos, en los que logra sumergir al lector como si los visitase realmente.

Jules Verne

El ácrata de la Magallania

ePub r1.0

Titivillus 05.07.2024

Título original: *En Magellanie*
Jules Verne, 1987
Retoque de cubierta: Titivillus
Traductor: Carlos Ezquerra

Editor digital: Titivillus

ePub base r2.1



NOTA SOBRE LA EDICIÓN

Al morir, Julio Verne dejó seis novelas inéditas que su hijo Michel, a petición del editor, modificó para responder a las demandas de la época. La primera, *Le Phare du bout du Monde* (*El faro del fin del mundo*), se publicó en 1905, con pocos cambios; las otras cinco sufrieron numerosas modificaciones que las desvirtuaron. El interés comercial por añadir finales felices, personajes cómicos y explicaciones científicas es comprensible, pero las novelas pierden sus cualidades cuando se deforman de este modo. En su versión original, las novelas conservan el estilo personal del autor, su compostura, su angustia, sus imágenes simbólicas: todo lo que hace de Verne un escritor tan destacado en la actualidad.

Recientemente se han publicado dos novelas póstumas de Julio Verne en su versión original: *Le Volcan d'or* (*El volcán de oro*) y *Le Secret de Wilhelm Storitz* (*El secreto de Wilhelm Storitz*). Después de la presente *En Magellanie* (*El ácrata de la Magallania*), solo quedan dos obras por descubrir para el público, *Le Beau Danube jaune* (*El hermoso Danubio amarillo*), una alegre aventura fluvial, y *La Chasse au météore* (*La caza del meteoro*), una novela satírica.

Antes de leer el manuscrito de Julio Verne, uno podría haber temido su mediocridad o su carácter incompleto, lo que habría hecho providencial la intervención del hijo del escritor; pero su examen demuestra que no es así. Al final de su vida, Julio Verne se había adelantado a su trabajo creativo y había

reservado una docena de obras terminadas y listas para su publicación, entre las que elegía —según la actualidad del momento y el tema— enviar una u otra al editor o aplazar su publicación.

En Magellanie (*El ácrata de la Magallania*), la gran novela póstuma de Julio Verne, que fue descubierta por Piero Gondolo della Riva en los archivos de la familia Hetzel en 1977, está finalmente disponible en su versión manuscrita inédita, con traducción al Español de Carlos Ezquerra.

1. El guanaco

Era un grácil animal de cuello largo y de elegante curvatura, la grupa redondeada, las patas nerviosas y esbeltas, el cuerpo aplanado, el pelaje de un rojo leonado con manchas blancas, la cola corta, en penacho de pelo muy espeso. En el país lo llaman «guanaco». Vistos de lejos, estos rumiantes son a menudo confundidos con alguien a caballo, y más de un viajero, engañado por esa apariencia, ha creído percibir un grupo de jinetes cabalgando en fila a través de las interminables llanuras de la región.

El guanaco estaba solo, a unos cuatrocientos metros litoral adentro. Se detuvo, no sin cierto desafío, sobre lo alto de un montículo en medio de una vasta pradera donde los juncos se rozaban entre ellos ruidosamente y mostraban sus afiladas puntas entre los matorrales espinosos. Con el hocico vuelto al viento, aspiraba las emanaciones que la ligera brisa traía del este. Ojo avizor, inquieto, parecía temer alguna sorpresa, Escuchaba con las orejas tiesas y oscilantes, y al menor ruido sospechoso hubiese emprendido la fuga. Sin duda una bala puede herir a este desafiante animal, siempre que el fusil del cazador sea de gran alcance; y también una flecha, si el tirador se halla agazapado tras un arbusto o una roca. Pero es raro que un lazo logre atrapar a un guanaco, pese a sus múltiples ondulaciones, ya que por su prodigiosa agilidad y su velocidad, superior a la del caballo, se zafa rápidamente y en unos pocos saltos se pone fuera de alcance.

La llanura, en la parte dominada por el montículo, no presentaba una superficie uniformemente plana. Aquí y allá el suelo presentaba terraplenes o abultamientos provocados por las intensas lluvias tormentosas que socavan el terreno. A lo largo de uno de

esos abultamientos, a menos de una docena de pasos del montículo, se arrastraba un indígena, un indio que el guanaco no podía percibir. Medio desnudo, sin otra vestimenta que un retazo de piel de un animal salvaje, ágil como una serpiente, gateaba sin hacer el menor ruido, deslizándose entre las hierbas, aproximándose poco a poco a la codiciada presa que, a la menor señal, hubiese emprendido la fuga. Con todo, el guanaco comenzaba a mostrar signos de inquietud, a percibir la amenaza del peligro inminente.

En efecto, no tardó en silbar en el aire un lazo de cuero que, lanzado desde una buena distancia, se desenrolló en dirección al animal, La larga correa, impulsada por la bola de piedra fijada en su extremo, no alcanzó la cabeza del guanaco, limitándose a resbalar por su grupa.

El intento había fallado y el animal, tras un vivaz gesto de apartamiento, se alejó a toda velocidad, Cuando el indio llegó a la cima del montículo, solo pudo atisbar un instante al guanaco, cuando este desaparecía tras un bosquecillo que bordeaba la llanura por ese lado. Pero si el animal ya no corría peligro alguno, el indígena, por su parte, sí que se hallaba ahora amenazado.

Tras haber recogido y ceñido a su cintura el lazo, se disponía a bajar cuando de pronto un furioso rugido bramó a unos pasos de él. Casi al mismo instante, de un rápido salto, una bestia salvaje cayó de pronto a sus pies, se levantó y le saltó a la garganta.

Era uno de esos tigres de América, de menor tamaño que sus congéneres de Asia pero cuyo ataque es igualmente temible: un jaguar, ese género de felino que mide entre un metro y un metro y medio de la cabeza a la cola, con pelaje dorsal amarillo grisáceo y, en el cuello y los flancos, unas manchas negras de centros más claros, como la pupila del ojo.

El indígena hizo un brusco gesto hacia un lado. Conocía la fuerza y ferocidad de ese animal: las garras le rasgarían el pecho y los dientes lo estrangularían con un simple golpe de mandíbula. Por desgracia, al retroceder, tropezó y cayó de bruces. Se vio, entonces, perdido. La única arma de que disponía era una especie de cuchillo hecho de hueso de foca muy afilado, que logró sacar de su cinto.

Con la mano alzada, cuando el animal se le tiró encima, le asestó una cuchillada con esa arma a todas luces insuficiente contra tan terrible adversario. Tras retroceder un paso, esperó poder

levantarse y adoptar una postura más defensiva. Pero no tuvo tiempo, el jaguar, tan solo ligeramente herido, dio un nuevo salto golpeando el suelo con sus garras.

Justo en ese preciso momento resonó la detonación seca de una carabina, y el jaguar, con el corazón atravesado por una bala, cayó esta vez fulminado.

Un ligero vapor blanco se elevaba en ese instante de una de las rocas del acantilado, a cien pasos de allí, y de pie sobre ella se veía a un hombre con la carabina todavía apoyada en el hombro. Advirtiendo que no iba a ser necesario cargarla una segunda vez, la bajó, la desarmó, se la puso bajo el brazo y, volviéndose, dirigió la mirada hacia el sur.

En esa dirección, más abajo del acantilado, se distinguía una porción bastante extensa de mar.

El hombre, inclinándose, lanzó un grito, al que añadió algunas palabras de gutural entonación acentuada por un énfasis en la consonante K.

No era otro indígena. En toda su persona se reconocía el tipo quizá europeo o americano. No tenía la piel morena aunque estuviese notablemente curtida, ni la nariz aplastada entre las hondas órbitas, ni los pómulos pronunciados, ni la frente baja y formando un ángulo huidizo, ni los pequeños ojos de esa raza. Por el contrario, su frente era alta y estaba atravesada por las múltiples arrugas que provoca el pensar, y su fisonomía manifestaba inteligencia. Llevaba los cabellos cortados al rape, grisáceos, como su barba, algo de lo que los indígenas del país prácticamente carecen.

No hubiese podido adivinarse la edad del individuo, que podría estar entre la cuarentena y la cincuentena. Era de alta estatura, constitución vigorosa y salud indudable. Todo en él denotaba energía, una energía que a veces debía adoptar el carácter eruptivo de la cólera. Una gran fuerza muscular le caracterizaba. Su rostro, por otra parte, estaba imbuido de gravedad, con algo de la gravedad del indio del Lejano Oeste, y de toda su persona se desprendía cierta altivez, diferente del orgullo de los egoístas, de su querencia en sí mismos, lo que le dotaba de una verdadera nobleza de gestos y actitud.

Al primer grito lanzado desde la cima del acantilado sucedió

otro que debía ser una llamada a alguien cuyo nombre era de origen indígena:

—¡Karroly… Karroly!

Un minuto más tarde, por una abertura del acantilado, muy alargada en su parte superior, muy corta en la inferior y que se prolongaba hasta el arenal amarillento y sembrado de piedras negras, apareció el tal Karroly.

Seguramente se trataba de un indio, y de tipo bien diferente al blanco cuya entrada en escena acababa de manifestarse por el certero disparo ya referido.

Era un hombre de entre treinta y cinco y cuarenta años, musculoso, de anchas espaldas, torso poderoso, cabeza grande y cuadrada sobre un robusto cuello, de algo más de metro y medio de altura, muy moreno de piel, los cabellos color azabache, los ojos penetrantes bajo unas cejas escasamente pobladas y una barba que se reducía a unos pocos pelos rojizos. En rigor podía decirse que en este ser racialmente híbrido se hallaban por igual elementos de humanidad y de animalidad, aunque estos últimos, de condición dulce y acariciante. Nada de salvaje se manifestaba en él: era, antes bien, la fisonomía de un perro bondadoso y fiel, uno de esos valerosos terranovas que se convierten, más que en compañeros, en amigos del hombre. Y fue como uno de esos devotos animales que, al sentirse llamado, acude a frotarse contra su dueño, que lo aprieta contra sí.

Ambos intercambiaron algunas palabras en el lenguaje indígena anteriormente aludido, con inspiraciones cortas en medio de cada palabra pronunciada en tono bajo. Después, los dos se dirigieron hacia el lugar en que el herido yacía sobre el suelo, cerca del jaguar abatido.

El infeliz había perdido el conocimiento. La sangre, que teñía el suelo, corría todavía, en leves hilillos, del pecho desgarrado por las zarpas del animal. Sin embargo, abrió de nuevo los ojos cerrados al sentir la mano que se posaba en su espalda y abría el tosco atuendo de piel bajo el que sangraban otras heridas.

El herido reparó en el hombre que se afanaba en otorgarle los primeros cuidados y al que reconoció, sin duda, puesto que su mirada adquirió un débil fulgor y de los labios descoloridos surgió este nombre:

—¡Kaw-Djer… Kaw-Djer!…

Esta expresión, que significa «amigo» o «bienhechor» en lengua indígena, se refería evidentemente al hombre blanco, pues este hizo un gesto afirmativo. No había duda de que el indígena se sentía aliviado por la presencia de Kaw-Djer. Sabía que no se hallaba en manos de uno de esos brujos hacedores de sortilegios o vendedores de encantamientos, uno de esos *yakamuches* o masajistas que van de tribu en tribu y que se merecen los malos tratos de que a veces son objeto.

Pero cuando el herido se llevó con dificultad la mano a la boca, tras haberla elevado hacia el cielo, y exhaló un leve gemido, como si quisiera preguntar si su alma iba a abandonarle, Kaw-Djer, que acababa de examinar las heridas, apartó la cabeza con gesto triste.

Los ojos del indígena se habían vuelto a cerrar sin que el hombre advirtiera ese significativo gesto. Por lo demás, mientras fue objeto de la curación, no dejó escapar el más mínimo grito de dolor.

Karroly, tras haber bajado a toda prisa del acantilado, regresaba con un morral que contenía un estuche y algunos frascos con jugos de ciertas plantas del país. Sosteniendo sobre sus rodillas la cabeza del herido, cuyo pecho se hallaba al descubierto, Kaw-Djer lavó en primer lugar las heridas con un poco de agua que corría por el montículo, restañó las últimas gotas de sangre, puso sobre las heridas algunas almohadillas deshilachadas y empapadas del jugo de uno de los frascos y juntó los bordes de las llagas; luego, desatando el cinturón de lana ceñido a sus riñones, lo ató alrededor del pecho del indígena para sujetar las almohadillas. Kaw-Djer no creía que el indio lograra sobrevivir pese a los cuidados que le había prestado. Ningún remedio podía hacer que cicatrizasen los desgarros que tenía desde el estómago hasta los pulmones. Pero, en cualquier caso, no iba a abandonar a ese infeliz mientras le restara un soplo de vida. Lo devolvería al campamento del que probablemente el hombre habría salido hacía varios días para ir a la caza de guanacos, ñandús o vicuñas. Pero, muy debilitado como estaba por la pérdida de sangre y con el riesgo de que las heridas se

le reabrieran al menor esfuerzo, ¿podría el indígena soportar la fatiga del viaje si este exigía largas etapas?

Aprovechando que el indio había vuelto a abrir los ojos, le preguntó:

—¿Dónde está tu tribu?

—Allí, allí… —respondió señalando al este con la mano.

—Eso debe estar a siete u ocho kilómetros de aquí, en la orilla del canal —observó
Kaw-Djer
—, ese campamento de Wallah del que vimos fuegos durante la noche.

En signo afirmativo, Karroly movió la cabeza de arriba abajo.

—No son más que las cuatro —añadió
Kaw-Djer
—, pero la marea va a ascender pronto y no podremos llegar a Wallah hasta que salga el sol.

—Sí, aunque sopla brisa del oeste —dijo Karroly levantando el brazo.

—Una brisa débil, que cederá por la noche —respondió
Kaw-Djer
—. Con todo, si nos ponemos en camino, la corriente no nos abandonará antes de llegar a la isla Picton.

Karroly se preparó para partir.

—Pongamos en pie al indio —dijo
Kaw-Djer
— y posiblemente podrá bajar hasta la arena.

El herido, sostenido por Karroly, trató de mantenerse de pie, pero sus rodillas se doblaron, perdió el conocimiento y fue preciso transportarlo en brazos.

Por lo demás, solo había que avanzar seiscientos pasos para alcanzar el pie del acantilado. En cuanto al jaguar, era indudable que Karroly volvería a buscar su piel una vez que hubiera bajado al indio a la playa.

Ese jaguar era, a decir verdad, un espléndido animal. Sus despojos podrían venderse caros a los comerciantes extranjeros, puesto que en ese país las pieles constituyen el principal objeto de comercio y son frecuentes los negocios con los tratantes que comercian con ellas.

Los dos hombres se ocuparon, pues, de transportar al herido. Lo cogieron, uno por las piernas y el otro por los hombros. Gracias al vigor de ambos, el cuerpo apenas les pesó. Tras haber rodeado la base del montículo y recorrido el terraplén, se dirigieron hacia la grieta a pasos pequeños, evitando las sacudidas. De cuando en cuando se detenían, cada vez que de los labios del infeliz se escapaba algún gemido de dolor. Más valía avanzar despacio. No había prisa puesto que no iban a poder llegar antes del alba al campamento de Wallah.

Por otro lado, en esa época del año, en ese mes de mayo que corresponde a noviembre en el hemisferio septentrional, el sol no había desaparecido aún por el horizonte. Las montañas del oeste no lo ocultaban todavía y la jornada declinaba sobre un cielo puro, apenas velado por la bruma en su parte inferior.

Requirió casi un cuarto de hora llegar al borde del acantilado, a la abertura de la grieta que se prolongaba entre las rocas hasta la arena. La pendiente, bastante áspera y sembrada de guijarros resbaladizos de afilado sílex, exigía avanzar con gran precaución para evitar golpes y caídas.

Antes de decidirse, Kaw-Djer quiso hacer un alto, y el indio fue depositado en el suelo, con la espalda apoyada en el talud. ¿Habrían vuelto a abrirse las heridas? ¿Quizá las sacudidas habían afectado la cura que se le había realizado? Es más, ¿respiraba todavía el desgraciado? Podía ponerse en duda a la vista de la angustiosa palidez de su rostro, lívido pese la coloración intensa de la frente y las mejillas.

Karroly lo miró y sin duda creyó que la vida le había abandonado, puesto que hizo el mismo gesto que el indio hiciera a la llegada de Kaw-Djer: se llevó la mano a la boca y luego miró hacia el cielo; un leve susurro surgió de sus labios.

En ese instante Kaw-Djer se arrodilló cerca del herido, se inclinó sobre su pecho y escuchó los latidos del corazón. Aún latía, con una palpitación casi imperceptible, pero todavía latía.

—Aguardemos —dijo Kaw-Djer.

Y sacando un frasco de su macuto, dio a beber unas gotas de

licor al indio, cuyas frías mejillas adquirieron un poco de calor.

Durante la pausa, Karroly fue hasta el montículo para arrastrar el cuerpo del jaguar hasta el borde del acantilado adonde vendría luego a recogerlo. La bala no había dañado la piel del animal —un orificio apenas visible en el flanco izquierdo— ni la sangre la había manchado en absoluto. Los mercaderes que van de tribu en tribu en busca de pieles la comprarían a buen precio, fuese en piastras, en tabaco o mediante otros objetos de cambio. Karroly levantó el animal, le dio la vuelta, lo cargó a su espalda y, sin excesivo esfuerzo, sostuvo el considerable peso; luego fue hasta el borde del acantilado con la cola del animal arrastrando por el suelo.

Kaw-Djer, muy preocupado, apenas lanzó una mirada al animal. Auscultó una vez más el pecho del indio y, tras alzarse, todavía no dio orden a Karroly de ponerse de nuevo en marcha. Al contrario, dio algunos pasos hacia la cumbre, se alzó sobre una de las rocas que la dominaba y sus miradas se dirigieron hacia todos los puntos del horizonte. Parecía como si no hubiese podido, antes de descender, resistir al deseo de observar la vasta región que se extendía a su alrededor, de llenar su alma con esas últimas impresiones, de planear, por decirlo así, sobre esos extraños territorios encerrados en un doble recinto de tierra y mar.

Abajo se divisaba la caprichosa maraña que conformaba un litoral en donde las rocas negruzcas contrastaban con la amarillenta arena de la playa. Un litoral que seguía el recorrido de un canal de varias leguas de anchura y cuya ribera izquierda se difuminaba en vagas líneas que los brazos de mar cortaban hasta perderse de vista. En dirección este, el canal estaba, solo por su lado meridional, bordeado por una pléyade de islas e islotes cuyo relieve bastante elevado se destacaba en la lejanía del cielo. Por el norte se escalonaban los glaciares hasta perderse de vista, y por el sur se extendía el océano sin límites.

En cuanto al resto, ni al este ni al oeste se dejaban ver ni la entrada ni la salida del canal; era, pues, imposible advertir los dos extremos del litoral a lo largo del cual se extendía el elevado y poderoso acantilado.

Hacia el norte se extendían interminables praderas y llanuras surcadas por algunos ríos que fluían a través de esas vastas soledades y que se tornaban torrentes tumultuosos, ya fuera al

penetrar por las brechas del arenal, ya fuera al caer estruendosamente desde las cimas. En la línea perimétrica del cielo se mostraban confusamente las diversas masas redondeadas de una cadena montañosa que su altitud permitía divisar a unos treinta o cuarenta kilómetros sobre un fondo todavía esplendente de luz. Aquí y allá, igualmente, en la superficie de esas inmensas pampas se destacaban islotes de verdor, bosques frondosos en medio de los cuales se hubiese buscado en vano una población. Las negruzcas copas de los árboles se teñían de púrpura con los rayos del sol que declinaba y que la pantalla que conformaban las montañas del oeste iba pronto a cegar.

Por el contrario, los relieves del paisaje se acentuaban en una proporción aún más considerable. Perpendicular al litoral, el acantilado se prolongaba indefinidamente en escalones sucesivos y, a una docena de leguas, se elevaba bruscamente formando picos agudos que se perdían en las zonas altas del cielo. Una de esas cumbres, en forma de globo, de punta redondeada, parecía ser la más próxima y, a través de esa atmósfera tan fina, tan tenue, tan transparente, semejaba hallarse a corta distancia. Pero ni por su volumen ni por su altura eran comparables a los montes que se destacaban de las masas laterales, apoyadas en el enorme esqueleto de ese sistema orográfico: montañas peinadas de nieve, con las clapas de glaciares destellantes, bastante elevadas como para destacar en las frías alturas del espacio y cuyas cimas horadaban los postreros vapores a más de mil ochocientos metros por encima del nivel del mar.

Por otro lado, de la impresión que este territorio ofrecía a la mirada, no se desprendía que tuviese que ser inhabitable. Desierto sí, pero de ningún modo abandonado. Sin duda alguna lo frecuentaban los indios de la misma raza que el herido, ora sedentarios, ora errantes a través de los bosques y las llanuras, que se nutrían de caza, peces, raíces, frutos, que habitaban chozas de ramas y tierra o tiendas de piel sujetas por estacas.

Igual soledad, asimismo, en la superficie del gran canal. Ninguna embarcación a la vista, ni bote de corteza ni piragua a vela. En toda la extensión que la vista alcanzaba, de ninguna isla o islote del sur, de ningún punto del litoral o de ningún saliente del acantilado surgía humo que delatase la presencia de criaturas humanas.

En suma, aparte del guanaco que había escapado al lazo del indio, aparte de jaguar muerto por la bala de Kaw-Djer, ningún cuadrúpedo, salvaje o rumiante, hubiese representado la vida animal de la región de no existir los anfibios del arenal, las parejas de zancudas que se podían ver picoteando las algas de las rocas o las bandadas de pájaros gritones que tenían sus nidos en los huecos del acantilado.

Sin embargo, por un instante se vio trotando por la pampa del norte una manada de ñandús, avestruces inferiores en talla a sus congéneres de Asia y África, pero no menos salvajes y rápidas. Luego, varios gemidos ahogados turbaron la mórbida soledad. Se trataba de parejas de focas de sorprendente agilidad que logran trepar por los más escarpados acantilados hasta alcanzar la cumbre en donde los cazadores se esconden para sorprenderlas.

En fin, en bandadas más numerosas en el cielo que en la superficie de las aguas o del suelo, silbando, piando, llenando el aire con el frufrú de sus largas alas, pasaban albatros con blancura de cisnes, skúas de largo pico cilíndrico —verdaderos tiranos de las especies acuáticas—, cormoranes de larga cola y otros palmípedos que retozaban con los últimos rayos de sol y que eran menos ruidosos al declinar el astro rey que cuando este reaparece por el horizonte…

No parecía, sin embargo, en ese instante anterior al crepúsculo, una hora siempre teñida de cierta tristeza, que Kaw-Djer, en pie sobre la roca más saliente, inmóvil como una estatua, participase de esa impresión. Su mirada no cesaba de recorrer la inmensidad marítima y terrestre. Sus pupilas apenas palpitaban y, habituado posiblemente al espectáculo de esas tranquilas soledades, miraba más hacia el interior de sí mismo que fuera de él. Pareciera como si se hallase en sus dominios particulares, unas tierras que ningún poder tuviese derecho a arrebatarle.

Permaneció así durante unos minutos, acariciado por la brisa desfalleciente, sin que ningún músculo de su rostro se alterase, sin que el menor gesto rompiese su pensativa inmovilidad.

Y entonces, sus brazos, que tenía cruzados sobre el pecho, se abrieron, sus ojos se dirigieron primero hacia el suelo, luego hacia

el cielo, y de sus labios se escaparon estas palabras que resumían sin duda su misteriosa existencia: «No: ¡ni Dios ni amo!».

2. A LO LARGO DEL CANAL

Kaw-Djer se volvió entonces hacia Karroly y le dijo en lengua indígena:

—Solo somos dos para transportar al indio a la chalupa sin provocar sacudidas. Deja el jaguar ahí; ya vendrás a buscarlo luego.

En efecto, ahora lo más difícil era seguir la fisura en el acantilado, fisura cuya inclinación exigía trepar para subirla y deslizarse después para bajarla. El herido todavía no había recobrado el conocimiento. Un hálito débil, irregular, agitaba su pecho. No obstante, incluso muerto, Kaw-Djer quería llevarlo al campamento de Wallah.

—Puede que llegue cadáver —dijo—, pero los suyos podrán verle por última vez.

A fin de evitar las caídas, el descenso comenzó con tanta prudencia como habilidad. Karroly desplegó un vigor extraordinario, arqueándose ante los salientes de las rocas, sosteniendo el cuerpo del herido, que Kaw-Djer dirigía. En determinado momento tuvo lugar un derrumbe de guijarros que estuvo a punto de hacerles caer a los dos. Diez minutos, ni uno menos, fueron precisos para alcanzar el estrechamiento de la falla y llegar así a la playa.

Allí hicieron un nuevo alto, que Karroly aprovechó para ir a buscar el cuerpo del jaguar, al que, no sin daño y esfuerzo, pudo bajar hasta el pie del acantilado, todo fuera por la valiosa piel.

Cuando puso el pie en la playa, Kaw-Djer auscultó el pecho del herido y luego se alzó sin pronunciar palabra.

Posteriormente, el indio malherido fue conducido a través de la playa sembrada de pequeñas rocas e innumerables conchas.

En el borde del agua, una chalupa amarrada se balanceaba ligeramente por la resaca de la marea ascendente. Se trataba de una embarcación de dos mástiles, muy diferente de las piraguas indígenas, sólidamente construida y que estaba recubierta por una tilla desde el estrave hasta la carlinga del mástil posterior. Su aparejo recordaba el de las barcas sardineras de Bretaña, cuyo trinquete bordeado de un botalón, rígido sobre su estay, puede servir de foque. Mejor que las lanchas del país, con sus velas de paja, sus balancines y sus pagayas, esa chalupa era capaz de aventurarse fuera del canal, a través de los pasos que lo comunicaban. En la chalupa había media docena de pieles de vicuñas y guanacos cazados en el curso de la navegación.

Embarcaron al indio, lo introdujeron bajo la tilla y; sin que todavía hubiera recobrado el conocimiento, lo tendieron sobre un lecho de hierbas secas.

Karroly regresó entonces al pie del acantilado, cargó el jaguar a su espalda y lo depositó en la parte posterior de la chalupa; después izaron a la vez las dos velas. Unas pocas ráfagas de viento alejaron la chalupa de la playa y, al bornear, pudo leerse sobre su parte posterior el nombre
Wel-Kiej
, «gaviota» en lengua indígena.

Eran casi las cinco; y durante seis horas todavía el reflujo llevaría hacia el este las aguas del canal. La chalupa, arrastrada por la corriente, se mantenía a unos doscientos metros de la ribera izquierda. Avanzaba con bastante rapidez gracias a la ligera brisa del noroeste, sobre unas aguas tranquilas, como de lago rodeado por las alturas ribereñas, A veces, al soplar el viento por alguna grieta del acantilado, las velas se hinchaban intermitentemente, a cada racha. La
Wel-Kiej
daba entonces un acentuado bandazo, y Karroly, que gobernaba la embarcación, se apresuraba a largar la escota de la vela mayor y a maniobrar, en caso de necesidad, el timón según el ángulo del viento. Pero, repetimos, la brisa fue amainando progresivamente al declinar el sol, y, media hora más tarde, la chalupa era arrastrada

enteramente por la corriente.

Poco a poco, al prolongarse hacia el este, el perfil del acantilado se reducía interrumpido por amplias escotaduras. A la aridez de las rocas sucedía el verdor de las llanuras de las extensas praderas y frondosos bosques. Las caletas, la mayoría regadas por ríos tributarios del canal, se alargaban multiplicando las escotaduras de la costa.

Kaw-Djer y Karroly no intercambiaban ni una palabra. De vez en cuando el primero bajaba a la tilla, observaba al indio herido, le palpaba el pecho, que apenas se agitaba con los últimos soplos de vida, y trataba de reanimarlo humedeciendo sus pálidos labios con algunas gotas de licor. Luego regresaba a su sitio en la parte posterior y permanecía allí en un ensimismamiento que su camarada no osaba romper. La *Wel-Kiej*, arrastrada por el reflujo, continuó descendiendo hasta que dieron las ocho de la tarde. La luna, tras ocultarse el sol, acababa de aparecer en su primer cuarto. La noche prometía ser oscura. Era necesario amarrar la chalupa al abrigo de las rocas, pues no tardaría en tener lugar la marea ascendente. Karroly se dirigió hacia una estrecha ensenada tras un promontorio cuyas últimas estribaciones humedecía el chapoteo de la resaca. La embarcación fue amarrada en la orilla de la ensenada con un garfio de hierro, y, una vez las velas arriadas, los dos hombres se dispusieron a preparar la cena.

Algo de lo más sencillo. Karroly amontonó entre dos piedras algunas brazadas de leña seca esparcida por la arena y encendió un fuego. El menú de esa noche se componía de pesca diversa efectuada al amanecer, entre la que destacaban unas lochas de pequeño tamaño, los restos de una pierna de guanaco, dos huevos de pato cocidos sobre la ceniza, algunas galletas que había en la embarcación y, de bebida, agua recogida de un arroyo cercano a la que se añadió un poco de tafia. Después, Karroly lavó los cubiertos y los utensilios de cocina que habían utilizado, los guardó en el cofre acondicionado a bordo y, tras desear afectuosamente las buenas noches a Kaw-Djer estrechándole la mano, fue a tumbarse en la parte delantera de la tilla, donde no tardó en quedarse dormido.

La noche era silenciosa y sombría, aunque el firmamento estaba punteado de estrellas, entre las que, a media distancia del horizonte y del cenit, brillaban los diamantes de la Cruz del Sur. No se oía ningún ruido, salvo las palpitaciones postreras de las olas sobre los guijarros. Los pájaros acuáticos habían regresado a su refugio y ningún destello aliviaba la oscuridad del territorio, ni en la superficie de las praderas ni en la profundidad de los bosques lejanos, Solo un ser permanecía despierto en medio de esa naturaleza sumida en el sueño.

Era Kaw-Djer, que permanecía sentado en la parte posterior de la chalupa, con un brazo apoyado en la borda y las piernas protegidas del frío nocturno por una manta. Permaneció así, pensativo, ensimismado, hasta el cambio de la marea que, dentro de seis horas, le permitiría reemprender su camino.

En varios momentos, sin embargo, fue arrancado de su ensoñación. Se levantaba entonces a escuchar y a observar a su alrededor, creyendo haber escuchado algún rumor procedente de tierra o del mar; luego, comprobada la falsa alarma, volvía a sentarse y a colocarse la manta sobre las rodillas y regresaba a su anterior inmovilidad meditativa.

Hacia las dos de la madrugada posiblemente se hallaba adormecido cuando, de golpe, se levantó a la vez que Karroly, Una sacudida de la chalupa al bornear les había bruscamente despertado.

—El reflujo… —dijo Karroly.

—En marcha —respondió Kaw-Djer.

Y enseguida se dirigió a la tilla.

El herido respiraba tan débilmente que fue preciso acercar el oído a sus labios para asegurarse de que la vida no se le había escapado.

El viento se había levantado a ras de mar, era una ligera brisa procedente de tierra muy favorable. A los primeros signos del alba, seguramente la *Wel-Kiej* podría alcanzar el campamento de Wallah, al que se dirigía descendiendo el canal.

La navegación fue silenciosa en la superficie de esas aguas

tachonadas de algunas reverberaciones y todavía dormidas. La chalupa seguía su ruta a unas decenas de metros de la orilla, una orilla cuyos primeros relieves se divisaban vagamente por el este, sobre el fondo cada vez menos sombrío del cielo. Dos o tres fuegos proyectaron su claridad indecisa en la sombra: eran campamentos que Kaw-Djer, siguiendo su costumbre, habría sin duda visitado si hubiese sido de día y no hubiese tenido tanta prisa por llegar a su destino. Bajo el abrigo de las tiendas dispuestas aquí y allá, reposaban las familias indias; los fuegos, encendidos toda la noche, servían para alejar a los animales salvajes.

Las horas fueron sucediéndose, y el viento, más fresco a medida que se acercaba el alba, imprimía una considerable velocidad a la embarcación, cuyas velas temblaban ligeramente a lo largo de las relingas.

Finalmente, una imperceptible luminosidad comenzó a teñir el este del horizonte marino. Primero se formaron ciertos vapores púrpura que enseguida se disiparon, como si los dispersase la boca de un horno. Pronto el cenit pareció llenarse de pequeñas manchas luminosas, y, por detrás de él, una gama de colores, del rojo al blanco, propagó sus matices imperceptibles. El sol apareció entonces, brutalmente podría decirse, y como sucede en esas horas matutinas, un haz tembloroso de rayos dorados invadió la superficie palpitante del mar.

Eran las seis. La *Wel-Kiej* había alcanzado el extremo del canal, señalado por un conjunto de islotes dispersos en los que los pingüinos agitaban el aire con sus cortas alas. A tres cuartos del perímetro meridional se extendía el océano infinito, enmarcado de luz por los rayos oblicuos del sol. Solo al norte se divisaba una costa baja, de arenas muy planas y gran extensión. Detrás de estos arenales, a unos cuatro o cinco kilómetros, se veían espesos bosques de hayas de un verde claro y cuyas ramas desplegaban horizontalmente su amplio parasol. La costa se perdía de vista, ascendiendo un poco hacia el noroeste y a unas veinte leguas de allí se dibujaba su punta extrema, afilada como un podón que se encorvaba hacia el océano Atlántico.

En este lugar, al borde de un riachuelo, cuya agua límpida se

deslizaba entre las winterias aromáticas y los agracejos, se alzaban sin ningún orden tiendas sujetas al suelo por medio de estacas. Numerosas parejas de perros se movían alrededor del campamento y sus vivos ladridos anunciaron la llegada de la chalupa. En los alrededores, en el mismo prado, pastaban algunos caballos de pequeña talla y aspecto mísero. Pequeños hilos de humo se escapaban aquí y allá de los conos de las tiendas y también de los techos de ramas de cinco o seis chozas que estaban sobre la orilla cercana, a la derecha de las tiendas, allí donde los primeros árboles humedecían sus raíces en el mar.

En cuanto la *Wel-Kiej* fue divisada se la reconoció enseguida y unos sesenta hombres y mujeres con atuendos indígenas y abrigados con mantas de piel de guanaco salieron de las tiendas y bajaron a toda prisa a la orilla. Una multitud de niños medio desnudos corría en torno a ellos, sin que pareciera que sintieran frío pese a la brisa bastante áspera.

Era indudable que Kaw-Djer iba a ser bien recibido en ese campamento de Wallah. No era su primera visita a familias indias, fueran tribus sedentarias o errantes, del interior del país o del borde del canal. Cuando la embarcación arribó al fondo de una estrecha caleta, en la embocadura del río, Karroly lanzó su anclote a tierra y un indígena se apresuró a clavarlo en la arena. Las velas fueron arriadas y Kaw-Djer puso enseguida pie en tierra.

En el acto, todos le rodearon y le estrecharon la mano. La acogida de estos indios expresaba una ardiente cordialidad mezclada de reconocimiento. Se notaba que habían recibido numerosos servicios por parte de Kaw-Djer. Eran ellos quienes habían otorgado ese nombre, «el benefactor», al extranjero venido sin duda de lejanas regiones de ultramar.

A unos y otros, Kaw-Djer se dirigió en su propia lengua nativa. Siguió a varios de ellos hasta el interior de sus tiendas y chozas, y una mujer le mostró a su pequeño enfermo, al que examinó e hizo tomar algunos sorbos de uno de los líquidos que llevaba en su botiquín. Lo mismo hizo con varias de las familias. Todas las madres se mostraban muy agradecidas, aliviadas y consoladas por

su presencia. Pronto ya no supo a quién atender. Todos le necesitaban, todos reclamaban sus cuidados. Le pedían que les siguiera, querían que visitase a todo el mundo, como si se le esperase desde hacía meses. Era como si esos indios, en este territorio en que se hallaban abandonados a sus propios recursos, quisiesen hacer acopio de la intervención curativa de
Kaw-Djer
para todo el tiempo que había de durar su nueva ausencia.

No parecía que ese campamento, que reunía a una treintena de familias, es decir, a casi una tribu, estuviese bajo la autoridad de un jefe. Al menos ninguna tienda se distinguía por una característica especial, aparte de que ninguno de los indígenas se había presentado a
Kaw-Djer
en esa condición. Esos indios, simplemente, vivían en común.

No fue pues con la intención de visitar al personaje más importante de la tribu —ya que parecía no haberlo— por lo que
Kaw-Djer
se dirigió hacia una de las chozas construidas cerca del bosque.

Ante un gesto que hizo, los indios le dejaron entrar sin acompañarle. Entró y, unos minutos más tarde, salió. Dos mujeres le seguían, una de unos cincuenta años, aunque, por la cara muy arrugada y el cuerpo encorvado, parecía más vieja, y la otra de talla media, de aproximadamente veinte años, de rasgos agradables y regulares, con un collar de semillas en el cuello y brazaletes de conchas en los brazos.

Esta última, arrastrándose más que caminando, llevaba a un pequeño de la mano. No tenía la cara sonriente o la fisonomía alegre de otras indias del campamento de Wallah. Abrumada por el pesar, parecía abandonada a un intenso dolor que los gritos y las lágrimas traicionaban.

Kaw-Djer regresó a la chalupa. Karroly todavía no había desembarcado. A una palabra que le dirigió, este se inclinó hacia la tilla y retiró el cuerpo del indio.

El herido no se iba a recuperar. Dos horas antes había exhalado su último suspiro pese a los cuidados de que había sido objeto. Sobre su rostro apagado, contraído por el postrer espasmo, se manifestaba la lividez de la muerte.

Una vez depositado el cadáver sobre la arena, las dos mujeres, una la madre y la otra la esposa del difunto, se arrodillaron y se inclinaron sobre él estallando en sollozos.

Alrededor de ellas se habían reunido todos los indígenas del campamento. Todos conocían bien al camarada que había partido la víspera con su arco, sus flechas y su lazo para cazar al guanaco en las llanuras del oeste; conocían bien al compañero a quien la *Wel-Kiej* acababa de devolver muerto a su madre, a su esposa y a su hijo.

Kaw-Djer tuvo que relatar lo que había sucedido, para lo cual se sirvió de la lengua indígena que hablaba con extrema facilidad. Indicó, así, de manera muy precisa, la parte del litoral en que el encuentro había tenido lugar, en qué condiciones se había producido su intervención y cómo el jaguar había sido abatido por una bala, aunque demasiado tarde, cuando ya sus zarpas, al desgarrar el pecho del indio, le habían infligido una herida mortal.

Cuando el animal fue desembarcado, tras haber recibido Karroly la orden, los camaradas del difunto lo arrastraron entre abucheos de furor, lo cubrieron de invectivas, le arrojaron decenas de piedras mientras las dos mujeres, de rodillas, se encontraban sumidas en su dolor.

Kaw-Djer dio vía libre a esos sentimientos de venganza, si bien Karroly manifestó su desaprobación al ver que aquello podía dañar la piel del animal.

Entretanto, la mujer joven, que se hallaba cerca del cuerpo de su marido, se inclinó sobre él. Con la mano entreabrió la boca de su esposo muerto, como si quisiera recoger un último soplo para expandirlo en el aire. Liberada así de su envoltorio humano, el alma podía volar hacia el cielo.

Kaw-Djer contemplaba la escena tras haber retrocedido unos pasos.

Después, la viuda, tras dotar al brazo de una suerte de movimiento rítmico, efectuó una especie de canto plañidero, entrecortado por los sollozos e imbuido de un inexpresable dolor.

Como se veía, esos indígenas tenían cierta intuición de la vida de ultratumba, un sentimiento de retorno, tras la muerte, a un mundo superior. Pero la divinidad que reconocían, ¿era uno de esos ídolos paganos que generalmente adoran las poblaciones salvajes?

¿No habrían, por el contrario, renunciado a sus supersticiones, a sus prácticas de antaño, para convertirse a las enseñanzas de la religión cristiana, cuya influencia no cesa de crecer gracias a los esfuerzos de los misioneros expandidos por las regiones más lejanas del Atlántico y el Pacífico?

En todo caso, si habían sido arrancados a las idolatrías atávicas, si la fe se había propagado entre ellos, no podía deberse a
Kaw-Djer.
Si bien era un bienhechor cuando les visitaba, no era, en cambio, un apóstol. El lector no habrá olvidado la manifestación de ateísmo y anarquía que había proferido la víspera en la cima del acantilado a la vez que recorría con la mirada el territorio circundante.

No sería, por tanto, ese blanco de origen europeo o americano quien fuese a recitar una última plegaria ante el cuerpo del indio y a plantar una cruz sobre su tumba.

Asimismo, en el momento en que, tras dejar a los indígenas al cuidado de las tareas fúnebres, su visita al campamento de Wallah concluía e iba a embarcar en la chalupa en dirección al mar, cierta agitación pareció producirse en los límites del bosque.

Una docena de indios había corrido a la orilla izquierda del riachuelo. Querían ver más de cerca a dos hombres que se habían detenido un instante en la primera fila de árboles.

Se trataba de hombres blancos que pertenecían a las misiones apostólicas; uno, pasada la cincuentena, cabello y barba grisáceos; el otro, unos años más joven. Ambos llevaban sombreros de ala amplia y la larga vestimenta eclesiástica.

Esos misioneros de origen canadiense formaban parte de un establecimiento católico en aquel territorio del confín del mundo. Allí luchaban con coraje y éxito contra el influjo de los *clergymen* de las diversas sectas protestantes, metodistas o wesleyanos, tan activos en sus campañas de propaganda.

De estos ardientes predicadores hay un buen número en las misiones de las islas vecinas propiedad de la Gran Bretaña. Esos establecimientos poseen pequeños barcos de vapor en los que hacen, puede decirse así, el cabotaje religioso y comercial. Exportan cereales, animales y también cargamentos de biblias, no solo en inglés sino también en lengua indígena. A la vez tienen cuidado en acomodar los textos del libro sagrado de acuerdo con las

circunstancias. Así, dadas las particularidades del riguroso clima durante la estación invernal, amenazan a los pescadores con una suerte de infierno por el que los réprobos, en lugar de ser quemados en el fuego eterno, son condenados al suplicio de un frío tan intenso que no puede ser registrado por el termómetro Fahrenheit.

En el mismo instante en que los misioneros habían aparecido, Kaw-Djer se disponía a entrar en la chalupa y Karroly se hallaba arrastrando la maltrecha piel del animal. Kaw-Djer se volvió a mirarlos, dispuesto a embarcar, cuando se detuvo tras cierta vacilación y permaneció sobre la arena.

Los indígenas iban a toda prisa al encuentro de los dos sacerdotes, acogiéndolos como habían hecho con Kaw-Djer: con el mismo reconocimiento y cordialidad.

No era la primera vez que los padres Athanase y Séverin visitaban el campamento de Wallah ni las otras poblaciones dispersas por el territorio. Sus recorridos evangélicos les conducían cada año de tribu en tribu, ya fuese por el interior del país o a lo largo del canal y las islas vecinas. Por su origen canadiense, estos padres tenían sangre francesa mezclada con sangre sajona y disputaban valerosamente a los *clergymen* la conquista de estas regiones.

En varias ocasiones los dos misioneros se habían encontrado con Kaw-Djer. Si bien obraban con las almas como este con los cuerpos y si bien ambos desempeñaban su tarea con el mismo ardor y caridad, en cambio habían fracasado en su intento de desentrañar el secreto del misterioso personaje. Y, por otra parte, este, cuando ellos se le acercaban, no mostraba la menor predisposición a tratarlos. Dadas sus opiniones de librepensador y el desdén que profesaba a toda práctica religiosa, no podía acoger favorablemente la intervención de esos misioneros.

Entretanto, los dos sacerdotes se habían acercado a las dos mujeres, todavía arrodilladas ante el cadáver. El de más edad se inclinó ante el cuerpo. En pocas palabras se le puso al corriente de lo que había contado Kaw-Djer

y también de la tarea que este se había impuesto al devolver el cuerpo a su madre, mujer e hijo. Le correspondía, pensó, agradecérselo.

El padre Athanase se levantó entonces, se dirigió hacia la chalupa, se detuvo ante Kaw-Djer y le habló en la lengua inglesa que ambos usaban normalmente.

—Ha hecho usted cuanto ha podido por ese desgraciado —le dijo—. Sabemos lo caritativo que es usted y la entrega de que es capaz hacia esos pobres indígenas.

Kaw-Djer dio a entender con un gesto que su conducta no merecía tantos elogios.

—Me he limitado a cumplir con mi deber —respondió solamente.

—Si usted ha cumplido con su deber, señor —respondió el sacerdote—, ¡comprenda que nosotros también queramos cumplir con el nuestro!

Y, volviendo junto al cadáver, se arrodilló ante él y rezó por el reposo de su alma antes de que se le diese cristiana sepultura a ese indio convertido a la religión de Cristo.

El cadáver fue levantado del suelo y transportado en brazos. La madre, la esposa y las otras mujeres de la tribu siguieron a la comitiva. Los dos misioneros iban a la cabeza del cortejo fúnebre, crucifijo en mano y recitando las últimas plegarias. El grupo se dirigió al bosque, donde se cavaría la tumba al abrigo de los árboles.

Entretanto, Kaw-Djer y Karroly habían ya embarcado, y la *Wel-Kiej*, con las velas desplegadas y movida por la leve brisa del noroeste, se dirigía hacia mar abierto.

3. En la Magallania

Es en la costa meridional de Tierra del Fuego donde sucedieron los hechos que acaban de narrarse.

Los geógrafos modernos incluyen bajo la denominación de Magallania el conjunto de islas e islotes agrupados entre el Atlántico y el Pacífico, en la punta sur del continente americano. Las tierras extremas de ese continente, es decir, las de la Patagonia, prolongadas por las dos vastas penínsulas de Tierra del Rey Guillermo y Brunswick, se terminan en uno de los cabos de esta última, el cabo Froward.

Todo lo que no está ligado al territorio patagón, todo lo que separa el estrecho de Magallanes, constituye ese territorio al cual ha sido reservado con justicia el nombre del ilustre navegante portugués del siglo XVI.

La Magallania está formada en concreto por el conjunto formado por Tierra del Fuego, la Tierra de la Desolación, las islas Clarence, Hoste y Navarino del archipiélago cabo de Hornos y las islas Grevy, Wollaston, Freycinet, Hermite, Herschel y Deceit, junto con los numerosos islotes y arrecifes que se aglomeran en ese confín del mundo habitado.

Tal dominio se extiende sobre un área de cincuenta mil kilómetros de superficie, de los que alrededor de veinte mil pertenecen a la Fueguia o Tierra del Fuego.

Es indispensable, si se quieren seguir con algún provecho las peripecias de esta historia, saber en qué condiciones la Magallania fue descubierta, conocer su constitución geográfica, conocer en fin qué lazos la unen a las repúblicas de Chile y Argentina.

Con cien años de diferencia, como es bien sabido, fueron descubiertos el estrecho de Magallanes, en 1520, y el cabo de

Hornos o Hoorn, en 1610. El navegante portugués había, pues, rodeado la punta extrema del continente americano antes de que Guillermo Schouten, el marino holandés, hubiese doblado ese cabo famoso, al que impuso el nombre de su villa natal.

De ello resultó que en la época en que Magallanes atravesó de este a oeste el estrecho entre América y la Magallania, se pudiese creer que un nuevo continente americano, no menos extenso que el primero, se extendía hasta los extremos del polo antártico.

Pero en realidad se reducía, simplemente, a Tierra del Fuego y a las grandes y pequeñas islas que de ella dependen, la última de las cuales acaba en el cabo de Hornos.

Y la consecuencia de tal disposición geográfica fue que, hasta el año 1881 en que empieza el presente relato, ningún país parecía tener derecho a reclamar esa parte del Nuevo Mundo, como justamente ha dicho uno de los compañeros de Dumont d'Urville en el viaje del *Astrolabe* y del *Zélée* por el estrecho de Magallanes. Ningún país, ni siquiera Chile ni la República Argentina, que entonces se disputaban los territorios de la Patagonia. La Magallania no era de nadie y podían fundarse allí colonias en una total independencia. La misma Inglaterra, pese a haber tomado en 1771 con mano rapaz las islas Falkland o Malvinas, a algunas leguas de allí, jamás se atrevió a posesionarse de una de las islas del archipiélago magallánico.

He aquí la situación que importa precisar antes de proseguir la narración de los acontecimientos con los que se encuentra íntimamente relacionado el héroe de esta historia.

El estrecho de Magallanes se abre al océano Atlántico entre los cabos Virgen y Espíritu Santo, para después alargarse formando dos extensas bahías, la Posesión al norte y la Lomas al sur, retrayéndose luego para formar el estrangulamiento que conforma la primera angostura.

Fue por ese mar interior por donde, el 21 de octubre de 1520, pasó la escuadra de Magallanes. De ella, el navegante portugués apartó tres navíos que envió en cabeza para el descubrimiento. El primero, tras haber sido irresistiblemente constreñido por las corrientes y tras haberse amotinado la tripulación, debió volver a Europa. El segundo, tras entrar en las bajas aguas de un canal más

al sudoeste y ante el riesgo de naufragar entre los arrecifes, abandonó la búsqueda.

Fue el tercer barco, conducido por Magallanes en persona, al que la fortuna le deparó franquear el estrecho. Durante veintidós días de navegación por la superficie de ese canal de gran profundidad, navegó entre las orillas de la Patagonia y Tierra del Fuego, A esa parte extrema del continente americano se le dio el nombre de Patagonia debido a que sus habitantes, los patagones, es decir, «los hombres de grandes pies», llevaban grandes mocasines de piel de guanaco. En cuanto a Tierra del Fuego, recibió esta denominación —y los indígenas la de «fueguinos»—, porque numerosas hogueras ardían en sus orillas. Desde las dos riberas del estrecho se percibían praderas verdeantes, bosques espesos, toda una red de ríos de agua dulce y, a medida que los navíos avanzaban hacia el oeste, altas montañas cubiertas de nieve. En fin, no sin grandes obstáculos valerosamente arrostrados y en lucha continua con un viento usualmente contrario, Magallanes desembocó en un océano desconocido y tan tranquilo que mereció que se le diese el nombre de «Pacífico».

El estrecho había, pues, sido franqueado. Y ahora no había más que seguir las huellas del ilustre marino. Era una navegación peligrosa y particularmente difícil para los navíos a vela, sobre todo cuando trataban de avanzar de este a oeste contra los vientos reinantes en el estrecho: como se evidencia en que, tres años más tarde, cuando el sucesor de Magallanes, el capitán Ladrillero, entró por el oeste a las órdenes de García de Mendoza, gobernador de Chile, debió volver sobre sus pasos ante el mal tiempo con que se encontró en el estrecho.

En 1525 el vicealmirante Sebastián Elcano no logró acceder al Pacífico sino tras tres meses de penosa navegación.

En 1540, de las tres naves de la escuadra de Alfonso de Camargo, solo una de ellas, y con grandes esfuerzos, pudo franquear el estrecho.

El mismo año, Francis Drake, enviado por la reina Isabel de Inglaterra con el fin de atacar las posesiones españolas, penetró el 20 de agosto en el estrecho y lo atravesó el 6 de diciembre tras una afortunada singladura.

Entretanto, el peruano Pedro Sarmiento, que había salido del

puerto de Callao del Perú con dos navíos y la misión de combatir contra la escuadra inglesa, penetró en el estrecho por el oeste, y fue gracias a este viaje —cuyo relato escrito resulta muy exagerado— que se obtuvieron los documentos más completos relativos a esa región. Sarmiento entró por el canal de San Isidoro, tomó posesión del país en nombre del rey de España, alcanzó el segundo paso, guerreó contra los indígenas, a los que erróneamente creyó gigantes, volvió después a Europa y recibió el mando de una flota de veintitrés navíos con la misión de fundar una colonia en un punto del estrecho: partió con cuatro mil hombres a sus órdenes y, tras la pérdida de varios de sus navíos, pronto los vio reducidos a cuatrocientos, con provisiones para tan solo ocho meses.

Tras haber construido un fuerte en la entrada del estrecho, fue hacia la mitad mismo donde iba a levantarse la población que más tarde recibiría el significativo nombre de Puerto del Hambre. A su regreso, Sarmiento fue capturado por los ingleses y conducido a Inglaterra. Había dejado la incipiente colonia en condiciones deplorables, con tan solo veintitrés hombres y dos mujeres. Estos desgraciados, al verse morir de hambre, trataron de llegar al Río de la Plata a través del territorio patagón y ya no se tuvo más noticias de ellos.

Uno solo sobrevivió, el colono Hernando, que fue recogido por Thomas Candish en 1587, cuando este inglés pasó por el establecimiento en dirección al Pacífico, tras una travesía de cincuenta y dos días en la que debió rechazar un ataque de antropófagos.

Cuatro años más tarde, Thomas Candish volvía a Puerto del Hambre, pero esta vez, tras dos infructuosas tentativas por desembocar en el mar del sur, rechazado por el viento y las corrientes, debió renunciar a franquear el estrecho y regresó a Europa.

No menos sufrida fue la expedición de John Childley en 1590: tras un descanso en Puerto del Hambre, efectuó inútilmente una decena de intentos de doblar el cabo Froward. Los vientos obligaron a sus navíos a retomar el camino de Europa y uno de ellos naufragó frente a las costas normandas.

Con mayor fortuna, Richard Hawkins, en 1593, tras haber descubierto las islas Falkland, se aventuró hacia el oeste, penetró en

el estrecho el 10 de enero de 1594, llegó a divisar el cabo Froward, en el que no pudo desembarcar, y alcanzó el mar Pacífico.

Llegaba ahora el turno de los holandeses, quienes, tras el reconocimiento del cabo de Hornos no habían reaparecido por esos parajes.

Con el fin de saquear las posesiones españolas, Simón de Cordes, con cinco navíos a sus órdenes, partió de Rotterdam el 27 de junio de 1598, llegó a la entrada del estrecho el 6 de abril del año siguiente y permaneció a la espera, hasta el 23 de agosto, en la bahía que lleva su nombre. Las privaciones, que costaron la vida a un centenar de sus hombres, y la lucha feroz contra los salvajes empañaron su viaje por esas costas. Finalmente, tras salir por el este del estrecho el 3 de septiembre y tras haber estado a punto de extraviarse en los archipiélagos cercanos, debió entrar de nuevo y volver hacia Europa, a la que llegó en enero de 1600.

Más tarde fue Olivier van Noort quien, tras cinco peligrosas tentativas, atracó en el cabo Foreland y en Puerto del Hambre, del que no quedaban ni las ruinas. Tras fondear en la bahía Maurice tuvo la buena fortuna de poder franquear el estrecho.

Después, fue Georges Spilberg quien llevó a cabo la más afortunada de todas las expediciones emprendidas. Tras partir el 16 de mayo de 1614 con seis navíos, el 25 de mayo entraba en el estrecho, llegaba a Puerto del Hambre, atracaba en la bahía de Cordes y, pocos días más tarde, navegaba por las aguas del Pacífico.

Dos años más tarde, Le Maire y Schouten descubrían otra ruta por el sur y pasaban entre Tierra del Fuego y la isla de los Estados, en la extremidad de la Magallania, dando a ese estrecho el nombre de Le Maire.

Enviado por el rey de España con la misión de reconocer el referido estrecho, García de Nodal, tras haberlo cuidadosamente explorado en 1618, descubrió las islas que forman hoy el archipiélago de cabo de Hornos, subió luego por el oeste hacia el océano Pacífico, tomó la dirección del estrecho de Magallanes, penetró en él sin problema y regresó a Sevilla el 9 de julio de 1619, concluyendo así un maravilloso periplo que no le costó ningún hombre.

En 1669, la isla Elisabeth, la bahía de Freshwater y Puerto del Hambre recibieron la visita de John Narborough, que fue hasta el

canal de Saint Jerome, salió del estrecho, subió hasta Valdivia y volvió a entrar en el estrecho para regresar a Europa, adonde llegó tras dos años de una navegación que le permitió pergeñar el mapa de esos parajes.

Cierto es que el saqueo de las colonias españolas de América del Sur era muy frecuente en la época. No es por ello de extrañar que los franceses no quisiesen ir a la zaga de las demás naciones europeas. El capitán De Gennes partió así de La Rochelle con seis navíos el 3 de junio de 1695, dobló el cabo Vírgenes el 11 de febrero, atracó en la bahía de Boucault, en la isla Saint Georges, en Puerto del Hambre y en la bahía de San Nicolás, que fue denominada «bahía Francesa», luego trató en vano de ir más allá y finalmente regresó a Europa en abril de 1697.

Beauchesne Gouin se volcó sobre las huellas de su compatriota en 1698, tardó seis meses en doblar el cabo Vírgenes y con solo uno de sus cuatro navíos permaneció en Port Gallant. Pese a la contrariedad persistente de vientos y corrientes, logró finalmente, a base de tenacidad, alcanzar las aguas del Pacífico.

Sesenta años más tarde, el 21 de junio de 1764, el comodoro Byron condujo el *Dolphin* y el *Tamar* al cabo Vírgenes, trató amigablemente con los patagones, atracó en Puerto del Hambre, volvió al este para visitar las Falkland, regresó al estrecho el 18 de febrero, el 21 a Puerto del Hambre, y retornó al Atlántico el 9 de abril de 1765.

Hacia la misma época, el capitán francés Bougainville, en el navío *Aigle*, alcanzó del cabo Vírgenes el 16 de febrero de 1765, lo rodeó, hizo escala el 21 en una pequeña bahía a la que dio su nombre y, tras recoger un cargamento de madera para la construcción, regresó en marzo a su colonia de las Malvinas.

El año siguiente, los capitanes Duclos-Guyot y La Giraudais, con el *Aigle* y el *Etoile*, se hallan atracados en Puerto del Hambre, donde deben enfrentarse al ataque de los indígenas de esta parte de la península de Brunswick a la vez que logran establecer un tratado de alianza con los patagones de cabo Gregory.

Mientras tanto, Bougainville, tras ceder su colonia a los españoles, siguiendo instrucciones recibidas en 1767, quiso llegar a los mares del sur franqueando el estrecho de Magallanes. Penetró en el estrecho el 5 de diciembre de ese año, atracó en el cabo Posesión,

no pudiendo sino felicitarse de su pacto con los patagones, el 16 alcanzó Puerto del Hambre y el 18 la bahía de Bougainville. Luego permaneció veintiséis días en Port Gallant, y, ayudado por una brisa favorable, salió del estrecho el 16 de enero de 1766.

Finalmente, Samuel Wallis, capitán inglés, tras zarpar de Plymouth el 22 de junio de 1766 con tres navíos, un barco de tres puentes, una urca y una balandra, penetró en el estrecho el 16 de noviembre, comerció con los patagones, se aprovisionó de agua y madera en Puerto del Hambre y, a costa de extremos peligros sorteados valerosamente, desembocó en el Pacífico la noche del 10 al 11 de abril.

El famoso estrecho fue a partir de aquí olvidado hasta 1826, época en la que el capitán King recibió del gobierno de la Gran Bretaña la misión de establecer la hidrografía de esos parajes magallánicos, operación muy eficiente que sería terminada por el capitán Fitz-Roy en 1834.

A este estudio sucedió una nueva exploración científica muy exacta, efectuada en la parte oriental del estrecho, entre el cabo Vírgenes y Port Gallant. Fue el capitán Dumont d'Urville quien la condujo a buen término con las corbetas *Astrolabe* y *Zélée* en el curso de los años 1837, 1838, 1839 y 1840.

Serán de interés para el lector los detalles que daremos de esa memorable campaña, tan honrosa para Francia.

Las instrucciones del ministro de Marina, del 26 de agosto de 1837, hablaban de llevar a cabo una nueva expedición con objeto de completar el volumen de informaciones ya recogidas por el capitán Dumont d'Urville y otros navegantes en esos parajes aún imperfectamente descritos de los mares del sur y de los que sin embargo interesaba mucho conocer de manera más exacta, comercial y científicamente, la hidrografía.

La *Astrolabe* y la *Zélée*, el 7 de septiembre de 1837, partieron de Toulon hacia Tenerife, permanecieron en esta isla desde el 30 de septiembre hasta el 12 de octubre, atravesaron el Atlántico para

llegar a Río de Janeiro, volvieron a surcar los mares el 14 de noviembre, llegaron al cabo Vírgenes la mañana del 12 de diciembre y, ese mismo día, tras pasar por la punta de Dungeness, con la ayuda de una fresca brisa del norte, alcanzaron la entrada del primer estrecho.

Desde allí las corbetas penetraron en la bahía de San Felipe donde estuvieron a punto de naufragar por la marea creciente, Por la noche, unos fuegos les indicaron la presencia de patagones en las tierras del norte y de pecherais en las del sur. Durante los quince días siguientes reconocieron el cabo Negro, la isla Elisabeth, la isla Santa Magdalena, los cabos Mammoth, Valentín e Isidro, y descansaron en Puerto del Hambre.

La escala de Dumont d'Urville en este lugar duró del 16 al 28 de diciembre, El emplazamiento de la colonia de Sarmiento fue estudiado con gran cuidado. Se constató que había una aguada excelente y que el río Sedger proporcionaba un agua salutífera. Se emprendieron útiles expediciones por los alrededores, por bosques en que los botanistas de la expedición encontraron hayas antárticas, árboles de Winter y espinos denominados «berberís». Por doquier, una vegetación magnífica indicaba que la elección del navegante peruano había sido de lo más feliz, si bien de su establecimiento no restaba más que el nombre de tan funesto augurio, La hidrografía no resultó de ningún modo desestimada. Los oficiales recogieron numerosas observaciones sobre ángulos horarios, meteorológicas, físicas, de mareas, La caza proporcionó numerosas perdices, tordos, ocas, patos y otros animales acuáticos; y la pesca, gobios, mújoles, eperlanos, lampreas, mejillones en extremo abundantes, lapas, múrices, narvales, fissurellas. Incluso se encontraron con una especie de estafeta de correos, un barril suspendido de las ramas de un árbol que contenía facturas de los precedentes viajes. Dumont d'Urville clavó un poste en la cima de la punta de Santa Ana con un buzón para cartas con un forro interior de zinc y cuya solidez quedó asegurada por mucho tiempo.

El mayor deseo del comandante y sus oficiales hubiera sido entrar en comunicación con los indígenas de la Patagonia, todavía

legendarios por esa época. Pero aunque con esa finalidad se efectuaron expediciones al sur de Puerto del Hambre y aunque con frecuencia toparon con restos de chozas, esqueletos de caballos y otros desechos, fue imposible tomar contacto con esos pretendidos gigantes de la especie humana. La *Astrolabe* y la *Zélée* partieron de nuevo el alba del 28 de diciembre, tras haber depositado el comandante su informe en el buzón referido. Las corbetas desfilaron sucesivamente ante las bahías Eagle, Geese Indian, Dubouchage, Bournand, Bougainville y San Nicolás, admirando esas costas boscosas dispuestas en anfiteatro, en armonía con las cimas blancas de los montes Tarn, Nodales y la cadena del cabo Froward. Hacia el sur, el litoral fueguino parecía más atormentado: rocas extrañas, un sistema orográfico en el que aparecían pirámides, bóvedas, dentellones profundos dominando sombríos barrancos. Pero la vegetación era escasa y tendía a enrarecerse después de que los navíos hubieran doblado el cabo Froward.

El día 29, el capitán d'Urville se halló ante la bahía Fortescue, excelente lugar para atracar, a la entrada de Port Gallant. En esta época la temperatura era singularmente elevada para parajes de esa distante latitud: el termómetro no marcaba menos de catorce grados a la sombra.

Port Gallant iba a ser el punto extremo al que se llegaría en este reconocimiento del estrecho de Magallanes, es decir, a casi medio camino de su fin, El mapa fue determinado con precisión. El lugar era muy pintoresco: una dársena con el marco de hermosas montañas de cimas nevadas.

Debido a que la estación estaba demasiado avanzada y deseaba encontrar a los patagones, el comandante abandonó su proyecto de alcanzar el Pacífico por el oeste. El 31 de diciembre, las corbetas abandonaron Port Gallant y se dirigieron a la costa opuesta, Una vez doblado el cabo, se hizo aguada en el río Gennes; siguieron numerosas y fructuosas expediciones de caza y herborización, llegando, los oficiales, a los alrededores de la bahía de San Nicolás, a la que Bougainville había dado el nombre de «bahía Francesa».

El 2 de enero de 1838, la *Astrolabe* y la *Zélée* levaron anclas y navegaron hacia Nassau y luego hacia el cabo San Isidoro. Cuando Dumont

d’Urville
llegó ante Puerto del Hambre, cerca de la punta de Santa Ana, envío una canoa para que depositara un segundo informe en el buzón en cuestión, permaneciendo anclado toda la noche, En la mañana del 3 de enero, con un mar calmo y una excelente brisa del sur, bordeó Tierra del Fuego, baja y sembrada de grandes rocas. Y si no se halló ningún patagón en la península de Brunswick, tampoco se vio a un solo pecherai en la tierra fueguina: solamente se toparon con algunos guanacos y con cuervos marinos a millares.

Tras haber verificado la posición de Puerto del Hambre según los mapas de King; el comandante Dumont
d’Urville,
al bordear la extensa tierra advirtió un campamento de patagones, con una bandera americana ondeando. Las tiendas se hallaban instaladas en la ribera. Era la ocasión tan esperada de entrar en contacto con ellos, por lo que las corbetas, no sin haber rozado un poco el fondo marino con sus quillas, echaron el ancla en la ensenada Peckett.

Se dio, entonces, autorización a todos los oficiales para bajar a tierra, donde los patagones los acogieron con grandes muestras de amistad. La canoa trajo a bordo a tres de esos patagones cuya talla media estaba comprendida entre un metro setenta y dos y un metro setenta y seis. Eran individuos bien proporcionados la tez olivácea, los cabellos negros y largos, la frente baja y huidiza, los ojos pequeños y estrechos, los pómulos salientes, sin barba ni pelo corporal, de actitud indolente y convenientemente ataviados con la vestimenta habitual de piel de guanaco. Entre esos patagones vivían un suizo y un inglés, quienes, cansados de estar con esa gente, obtuvieron permiso para embarcar en las corbetas.

Tras haber trabado conocimiento con los patagones, los oficiales, algunos días más tarde, pudieron observar a los pecherais, que son evidentemente de la misma raza pero más mezquinos y miserables y cuya infancia la pasan generalmente en esclavitud.

La campaña había terminado; y el 8 de enero, tras veintisiete días dedicados a visitar el estrecho de Magallanes, la *Astrolabe* y la *Zélée* se reencontraron en las aguas del Atlántico, dispuestas a continuar el venturoso viaje hacia la misteriosa región de los parajes circumpolares.

Tal fue el principio del viaje al polo Sur en la *Astrolabe* y la *Zélée* bajo el mando del capitán de navío Dumont d’Urville.

La extensión del estrecho entre la Patagonia y Tierra del Fuego, islas Dawson, islas Clarence y Desolación, es de quinientos sesenta kilómetros y evita una larga navegación de rodeo. Los navegantes franceses pues, habían recorrido los dos tercios de su longitud tras pergeñar una decena de planos de bahías y puertos, así como el relato del viaje, y de haber recogido una multitud de documentos y materiales de todo tipo y de gran interés para la ciencia, De manera general, fueron favorecidos por las condiciones climáticas salvo en la época en que furiosas rachas de viento los acogieron en la ensenada Peckett. No hay que olvidar que las dos corbetas tan solo eran navíos a vela y que si bien el estrecho, en razón de los dominantes vientos del oeste, es fácilmente practicable si se atraviesa de oeste a este, la navegación es muy difícil para los navíos que quieren pasar del Atlántico al Pacífico.

En nuestros días, es cierto, los vapores, con sus potentes máquinas, pueden afrontar con mayor facilidad esas dificultades, y la travesía se opera en condiciones infinitamente menos desfavorables, Además, el estrecho ofrece un puerto para fondear, espléndidamente situado, y al que le aguarda un prometedor futuro marítimo y comercial, No es en absoluto como el antiguo puerto de Sarmiento, sino que ofrece excelentes fondeaderos y en vano se buscarían los restos de aquel. Un poco más al norte, sobre el mismo litoral de la península de Brunswick, se encuentra la colonia Punta Arenas, que cada año gana en extensión.

Conviene también, para apoyar nuestra historia sobre una base sólida, exponer aquí la disposición geográfica del estrecho de Magallanes, Toda su parte meridional pertenece a la Magallania; un archipiélago de islas e islotes que completa el continente americano entre los dos océanos, La atención del mundo científico y comercial iba a verse atraída precisamente debido a los acontecimientos que conforman la materia de este relato.

Respecto al cabo de Hornos, ese hermano del cabo de Buena Esperanza en la punta de África, hubiera realmente merecido, con mucho mayor motivo, el nombre de cabo de las Tempestades.

4. Misteriosa existencia

Tierra del Fuego es la parte más considerable del dominio magallánico. Al norte y al oeste tiene por límite un litoral muy recortado, con los salientes de los cabos Orange, Catherine, Nombre, San Diego y con las bahías San Sebastián, Aguirre, extendiéndose desde el promontorio Espíritu Santo hasta el canal Magdalena. Tras proyectar hacia el oeste la deshilachada península que domina el monte Sarmiento, se prolonga hacia el sudeste por la punta de San Diego, una suerte de esfinge encogida cuya cola mojan las aguas del estrecho de Le Maire.

Es a lo largo de su costa meridional que se extiende el canal de Beagle, bordeado en su orilla opuesta por las islas Gordon, Hoste, Navarino y Picton, Más al sur se encuentra la caprichosa diseminación del archipiélago del cabo de Hornos.

El canal por el que acababa de pasar la chalupa que había traído el cuerpo del indio al campamento de Wallah era precisamente el de Beagle. Una vez se despidieron de las familias fueguinas establecidas en ese litoral, Kaw-Djer y su compañero se dirigieron hacia una de las islas situadas a la entrada del estrecho. Allí, sin duda, era donde residía ese misterioso personaje, un lugar apartado fuera del alcance del mundo habitado.

En cualquier caso, parecía ser que Kaw-Djer no tenía más relación con esos indígenas de Tierra del Fuego, esos pecherais (así llamados porque hacen de la pesca su principal actividad). En efecto, jamás se veía a Kaw-Djer aventurarse por esa porción del continente americano que

constituyen los territorios de la Patagonia, ni más al norte, en las posesiones de la República Argentina, ni más al oeste, en las posesiones de la República de Chile. Incluso podía ser que la *Wel-Kiej* no navegase nunca entre las riberas del estrecho de Magallanes ni hubiese nunca atracado en ningún punto de la península de Brunswick.

En esa época, por otra parte, si Argentina por un lado y Chile por el otro manifestaban pretensiones sobre la Patagonia, dado que la partición entre las dos repúblicas no se había aún establecido y esas pretensiones se reducían estrictamente al estrecho, podía considerarse a toda la Magallania como un dominio independiente en donde vivían, errantes o sedentarias, las diversas tribus de indios yámanas. La Magallania era una tierra absolutamente libre, que ninguna potencia había podido acaparar todavía, ni siquiera Inglaterra, su vecina en las islas Falkland, Un territorio en gran parte desierto y del que ni siquiera los indígenas habrían podido reivindicar la propiedad.

¿Era esta la razón por la que ese extranjero había elegido ese lejano territorio para expatriarse? ¿Qué motivo —y de qué gravedad, podía uno preguntarse— le había obligado a abandonar su país de origen, voluntaria o involuntariamente? En cualquier caso, ninguno de entre esos indígenas apenas civilizados, al trato con los cuales parecía reducirse su sociedad, esos fueguinos con los que compartía la existencia, ninguno de ellos hubiera osado preguntarle, Y de hacerlo era probable que la pregunta hubiese quedado sin respuesta.

Cinco o seis años antes, aquel a quien los indios llamarían más tarde Kaw-Djer, había aparecido en el litoral de Tierra del Fuego. ¿Cómo había llegado ahí? Sin duda a bordo de uno de esos navíos ingleses que hacen el cabotaje entre las islas Falkland y las islas de la Magallania. Entre estas y aquellas existen servicios marítimos frecuentes, por no decir regulares, veleros o vapores que comercian con los extranjeros en diversos puntos del vasto archipiélago. Por otro lado, ese comercio no está limitado al dominio magallánico. Se extiende más allá, por el océano Pacífico, en las grandes islas

Hanover, Wellington, Chiloé, el archipiélago de Chonos, vecinos de la República de Chile, donde se habían fundado colonias inglesas, francesas y alemanas. Y, además, con los fueguinos, tiene lugar un importante comercio de intercambio en cuanto a las pieles de guanaco, de vicuña, de ñandús y focas. Y en fin, la pesca de la ballena, que tiene lugar en los parajes magallánicos o en las latitudes del mar polar, atrae a cierto número de navíos habituados a los vericuetos de ese laberinto marítimo.

Seguramente la llegada de ese extranjero podría explicarse de acuerdo con esto, pero, repetimos, no podía remontarse a más de cinco o seis años, época en que había comenzado su vida errante a través de las tribus yámanas y otras de origen fueguino.

En cuanto a las otras cuestiones, ¿quién era ese hombre?, ¿cuál era su nacionalidad?, ¿dónde había nacido?, ¿pertenecía al Nuevo o al Viejo mundo?, eran preguntas que siempre se planteaban ante su presencia.

Se ignoraba todo de él, no solo su situación y su origen, sino incluso su nombre. Por otro lado, en esos territorios sobre los cuales no existía ninguna autoridad, en esa Magallania independiente, ¿quién hubiese podido exigirle una respuesta? No se hallaba en uno de esos estados de América o Europa en donde la policía se inquieta por el pasado de la gente y en donde es imposible permanecer mucho tiempo sin ser conocido. Aquí, ni en la gran isla fueguina, ni en los archipiélagos vecinos, no se encontraba el representante de ninguna potencia extranjera, y el poder administrativo del gobernador de Punta Arenas no se extendía más allá del estrecho de Magallanes. Así pues, en lo que concernía a ese extranjero, nadie hubiese podido obligarle a revelar su identidad, Y son raros, y esperemos que lleguen a desaparecer por entero, los países en los que se pueda vivir fuera de toda costumbre, de toda ley, en la más absoluta independencia, sin ser molestado por ningún vínculo social.

Durante los dos primeros años después de su llegada a Tierra del Fuego,
Kaw-Djer
no se preocupó en absoluto por asentarse en uno u otro lugar. Tan solo establecía constantes relaciones con los indígenas y no se acercaba jamás a las factorías explotadas por colonos, fuesen de la

nacionalidad que fuesen. Se limitaba a ir de tribu en tribu, de campamento en campamento, siempre bien acogido por doquier, ya que se le sabía servicial y bondadoso. Vivía de lo que vivían esos indígenas, de los productos de su caza y pesca, tanto entre las familias del litoral como de las poblaciones del interior, compartiendo sus chozas y sus tiendas, Vigoroso, de salud de hierro, dotado de una extraordinaria resistencia, hubiera podido realizar grandes cosas: ser de la estirpe de los Livingstone, de los Stanley, de los Nansen, de haberle poseído la pasión de los descubrimientos. Pero para ello hubiese precisado de otro escenario que no fuera el dominio magallánico, cuyo reconocimiento estaba concluido tras los trabajos de
Fitz-Roy
y de King.

Que Kaw-Djer fuese un hombre instruido no cabía la menor duda, sobre todo en cuanto a ciencias experimentales. Debía de haber efectuado estudios muy completos de medicina, además de ser un naturalista muy entendido en clasificaciones y en las virtudes de las plantas. Hablaba, asimismo, varias lenguas, y de haber tenido tratos con comerciantes ingleses, franceses, alemanes, noruegos o españoles, ninguno hubiera dejado de pensar que se trataba de un compatriota. Por lo demás, tras algunas preguntas que le fueron formuladas en los primeros tiempos en relación a su nacionalidad y que él eludió, ya nadie intentó de nuevo tratar de desvelar su incógnito.

Conviene añadir que este enigmático personaje se había apresurado en aprender el yaghon. Hablaba habitualmente este idioma, que es el más empleado en la Magallania y del que los misioneros se han servido para traducir algunos pasajes de la Biblia, Por otro lado, no entablaba jamás relación con los navíos que fondeaban en puntos del estrecho de Magallanes, el canal de Beagle u otros brazos de mar del archipiélago del cabo de Hornos, si no era para adquirir municiones o substancias farmacéuticas. Estas compras las pagaba tanto en moneda española como inglesa, monedas de las cuales parecía estar bien provisto. Muy hábil, por otra parte, en la caza y la pesca, estas actividades hubieran podido bastarle para sus necesidades, pues estas se reducían a lo más indispensable.

Cabía preguntarse si lo que le había llevado a refugiarse en estos territorios, huyendo de sus semejantes, era el disgusto por la humanidad o una irrefrenable misantropía, ¿a qué venía esa bondad, esa generosidad, esa dedicación que manifestaba hacia los indígenas de la Magallania? Todo cuanto podía deducirse de su fisonomía grave y triste era que la existencia debía de haberle deparado buen número de decepciones, quizá sueños de ambición que no habían podido ser realizados, quizá el de haber podido reformar una situación social que le era inadmisible. Y quién sabe si esa misantropía no se doblaba con un odio a la humanidad entera, a excepción de esos pobres indios de la tierra fueguina.

Durante los primeros tiempos de su estancia allí —alrededor de dieciocho meses—, Kaw-Djer no abandonó la gran isla en la que había desembarcado. La confianza que inspiraba a los indígenas, su influencia sobre las tribus, no tardó en acrecentarse. Venían a consultarle del resto de islas: Hoste, Navarino, Wollaston. Estas islas están habitadas por indios un poco diferentes de los yámanas y los canoés o indios de las piraguas, quienes, como sus congéneres, vivían de la caza y la pesca. Esos indios se acercaban al «bienhechor» cuando este se hallaba en algún campamento a orillas del canal de Beagle; Kaw-Djer no le negaba a nadie ni sus consejos ni sus cuidados. A menudo, bajo ciertas circunstancias, cuando alguna epidemia se abatía sobre uno u otro de los establecimientos, y los indígenas se aglomeraban alrededor de los misioneros, él se apresuraba a combatir la plaga, guardando una extrema reserva en lo que le concernía, Pronto, pues, su renombre se expandió por todo ese territorio, incluso más allá del estrecho de Magallanes. Se supo así que un extranjero instalado en Tierra del Fuego había recibido de esos pecherais agradecidos el título de «Kaw-Djer». Pero cuando se le pidió que acudiera a Punta Arenas, es decir; que tratase con la gente de Chile, él respondió con un rechazo terminante que ninguna súplica pudo amortiguar. Parecía que no quisiera poner el pie allí donde no hubiese suelo libre.

Fue entonces —tras dieciocho meses— cuando se produjo un

incidente cuyas consecuencias iban a cambiar, en cierta medida, la existencia de ese extranjero.

Si bien Kaw-Djer ponía cierta obstinación en no pisar la península de Brunswick, que pertenece al territorio de la Patagonia, en cambio, a los patagones no les importaba invadir a veces el territorio fueguino. Sus embarcaciones les transportaban en pocas horas a la orilla opuesta del estrecho de Magallanes.

Y no solamente venían en persona, sino también con material para acampar. Montados en sus caballos efectuaban profundas incursiones por el interior —lo que en América se llaman «raids»—, de un extremo al otro de Tierra del Fuego.

Esos infatigables jinetes aparecían de pronto, ya en los alrededores del cabo Orange, en el inicio de la segunda angostura, ya en el cabo Espíritu Santo, en la entrada misma del estrecho, tras haber recorrido la vasta región montañosa que conforma el relieve orográfico septentrional de la isla, Se les veía igualmente en el litoral Atlántico, yendo de bahía en bahía, perturbando a los fueguinos, atacándolos si se resistían, saqueándolos a continuación, despojándolos de lo que habían cazado y pescado, llevándose a los niños a sus tribus, sometiéndolos a esclavitud hasta la edad adulta. A veces penetraban hasta el cabo San Diego o hasta el estrecho de Le Maire, en el que se dibujan los últimos perfiles de la tierra fueguina. En varias ocasiones,
Kaw-Djer
se los había encontrado cuando remontaban el canal de Beagle en dirección a esa península extrañamente surcada por las ramificaciones del monte Darwin y el monte Sarmiento. Pero los evitaba, huía de ellos, avisaba a los otros indios para que estuviesen alerta si detectaban alguna señal suya en la cercanía de algún campamento; de hecho hasta ese momento jamás había establecido contacto con esos feroces depredadores que Chile y Argentina se ven impotentes de detener.

Entre los patagones y los fueguinos existen diferencias étnicas bastante sensibles, tanto en lo que respecta al tipo físico como a las costumbres, siendo los primeros infinitamente más temibles que los segundos.

Los patagones son tehuelches y los fueguinos son yámanas. Puede que el hábitat originario de ambos fuese la Patagonia, es

decir, el territorio comprendido entre Chile, Argentina y el Atlántico. Pero los fuertes acabaron dominando a los débiles, y los fueguinos, rechazados y perseguidos, debieron abandonar el continente y refugiarse en las islas.

Los patagones han decrecido en talla: ha habido que abandonar la leyenda de Sarmiento y de otros navegantes. Con una media de un metro setenta y tres, bien proporcionados, de piel olivácea, cabellos negros sujetos en la frente por una cinta y que por detrás cuelgan de la espalda, no tienen barba, tienen el cuerpo lampiño. El rostro es más ancho en las mandíbulas que en las sienes, la nariz es chata, los ojos son alargados, según el tipo mongol, y les brillan en el fondo de unas cuencas bastante reducidas.

Si alguna familia de pecherais queda en el continente americano, al otro lado del estrecho de Magallanes, permanece tan solo en la costa, probablemente en la parte occidental, la de los bosques y las montañas. Porque el centro, con sus llanuras extensísimas y sus praderas interminables, es por excelencia el territorio de los patagones. Intrépidos e infatigables caballistas, necesitan grandes espacios que recorrer con sus no menos infatigables monturas, inmensos pastos para alimentar a sus caballos y terrenos de caza en donde perseguir al guanaco, la vicuña y el avestruz.

Existe, además, entre las dos razas de indios, una diferencia que conviene señalar.

Mientras los patagones constituyen tribus compactas bajo la autoridad de un jefe, tal como ese soberbio Kongre, ese cacique citado por Dumont d’Urville, los pecherais están prácticamente desprovistos de organización social y forman agrupaciones de familias en un mismo campamento. No son cazadores sino pescadores, No es a lomos del caballo como pasan gran parte de su existencia sino a bordo de sus piraguas, a través de las múltiples sinuosidades de la Magallania.

Los fueguinos son de talla algo inferior a los patagones. Se les reconoce por su gran cabeza cuadrada, su rostro de pómulos salientes, sus cejas poco pobladas, la depresión del cráneo más acentuada. En suma, se les tiene por seres bastante miserables, y su estirpe no parece cercana a la extinción por cuanto el número de

hijos es considerable, y lo mismo podría decirse del número de perros que pululan alrededor de los campamentos.

Cierto es que, incluso en la época actual, así como en los tiempos en que la *Astrolabe* y la Zélée llevaban a cabo su viaje, los pecharais han debido sufrir mucho por la vecindad de los patagones. Estos invaden con frecuencia Tierra del Fuego, como ya hemos dicho, y persiguen a esos desdichados yámanas, que no pueden defenderse, y les roban los hijos, conviertiéndolos en esclavos hasta los dieciocho o veinte años.

Fue precisamente en noviembre de 1874, a raíz de un viaje que le había llevado a la costa oeste de la Fueguia, a lo largo del estrecho de Magallanes, cuando
Kaw-Djer
se vio obligado a intervenir en un ataque contra los pecherais de la bahía Inútil.

Esta bahía, limitada al norte por ciénagas, conforma un profundo corte muy cerca del lugar en que Sarmiento había establecido su colonia de Puerto del Hambre.

Una partida de tehuelches, tras haber desembarcado con sus canoas en la ribera meridional de la bahía Inútil, se había lanzado contra un campamento de yámanas que no contaba más que con una veintena de familias, La superioridad numérica se encontraba del lado de los asaltantes, unos cien, además de que se trataba de gentes fornidas y mejor armadas que los indígenas, incapaces de resistir el ataque, Aún así, trataron de resistirse con coraje, gracias a la presencia de un indio canoé que acababa de llegar al campamento con su piragua.

Este hombre se llamaba Karroly, el indio del que ya hemos hablado, Tenía el oficio de práctico y pilotaba los navíos de cabotaje que se aventuraban por las orillas del canal de Beagle y las islas del archipiélago de cabo de Hornos.

Karroly había fondeado en la bahía Inútil inmediatamente después de su regreso de Punta Arenas conduciendo un navío noruego entrado por el canal Darwin, antes de dirigirse al canal de Beagle.

Karroly organizó la resistencia y, ayudado de los yámanas, trató de rechazar a los invasores. Pero las fuerzas eran muy desiguales. Los pecherais no podían ofrecer una resistencia seria. El

campamento fue invadido, las tiendas derribadas, corrió la sangre. Nada pudo impedir el pillaje y la dispersión de esas familias, obligadas a huir hacia el interior de la isla.

En la piragua de Karroly se encontraba su hijo Halg, un muchacho de diez años que le ayudaba en su oficio de piloto y del que no se separaba jamás tras la muerte de su madre, una fueguina, fallecida unos años atrás.

Durante la lucha, mientras el niño aguardaba en la piragua a que su padre regresase, sucedió que dos patagones corrieron hacia él. El muchacho no quiso empujar la embarcación al agua, lo que hubiera podido salvarle, pero, al hacerlo, hubiera privado a su padre del conveniente refugio.

Uno de los tehuelches saltó a la embarcación y tomó al niño en sus brazos, En ese instante, Karroly, que huía del campamento, que ya estaba en manos de los agresores, vio que un tehuelche se llevaba a su hijo en brazos. Corrió hacia él. Una flecha lanzada por el otro patagón silbó junto a su oído sin tocarle.

Entonces resonó la detonación de un arma de fuego. El secuestrador, mortalmente herido, rodó por el suelo, y el chico, libre, corrió hacia su padre. En cuanto al otro patagón, se escapó corriendo por la otra parte del campamento.

El disparo había sido hecho por un hombre que acababa de llegar al lugar del combate. Se trataba de
Kaw-Djer.

No se podía perder ni un instante. La piragua fue vigorosamente arrastrada al agua, y
Kaw-Djer,
Karroly y el niño saltaron a bordo, Se hallaban a unos doscientos metros de la orilla cuando los patagones les lanzaron una nube de flechas, una de las cuales alcanzó al muchacho.

En cuanto al campamento, fue enteramente destruido, y los yámanas, muchos de los cuales habían muerto en el ataque, se dispersaron a través del campo.

Tales son las circunstancias en las que
Kaw-Djer
y el indio canoé entablaron amistad. Se conocían anteriormente por haberse tratado en alguno de los incesantes recorridos del «bienhechor» por Tierra del Fuego, cuando este se había detenido

en algún campamento del litoral.

La herida que el niño había recibido presentaba cierta gravedad, así que Kaw-Djer no quiso abandonarlo mientras sus cuidados fuesen necesarios. El padre se había arrojado a sus pies suplicándole:

—¡Cúralo, cúralo, por favor!

—Lo curaré, no te preocupes —respondió Kaw-Djer, tras haberse asegurado de que la herida no era mortal.

Una vez izada la vela, la piragua salió de la bahía tras bordear la orilla meridional, luego descendió por el estrecho tras haber doblado el cabo Valentín por el extremo de la isla Dawson. A través del canal Clarence, bordeando la isla del mismo nombre, y a través del canal Cockburn, llegó al canal de Beagle. Cuarenta y ocho horas más tarde se detenía en una pequeña y bien abrigada caleta de la isla Nueva, situada a la entrada este del canal.

En ese instante ya no había que temer por la vida del niño. La herida estaba cicatrizando y Karroly no sabía cómo expresar su reconocimiento hacia Kaw-Djer, que había salvado dos veces la vida a su hijo.

Cuando la piragua estuvo amarrada al fondo de la caleta y el indio hubo desembarcado, este rogó a Kaw-Djer que le siguiera.

—Mi casa está allí —le dijo—. Ahí vivo con mi hijo. ¿Quieres venir?

—Sí, Karroly.

—Si quieres quedarte unos días, serás bienvenido. Luego, mi piragua te llevará a la otra orilla del canal, Si quieres quedarte para siempre, mi casa será tuya y yo tu compañero. Estarás en tu propia casa.

—Posiblemente —respondió Kaw-Djer, profundamente conmovido por el afecto que el indio le testimoniaba.

Por esa época, el niño no tenía todavía diez años. Era fuerte para

su edad, muy endurecido en el duro oficio de su padre. De ordinario le acompañaba en los barcos durante los cabotajes. Pero, al cabo de unos años, dejó de hacerlo para quedarse en la isla Nueva. Ya hemos visto que no estaba con su padre cuando Kaw-Djer y Karroly; como hemos referido al inicio de esta historia, habían trasladado al campamento de Wallah al indio herido por el jaguar.

A partir de ese día, pues, Kaw-Djer ya no abandonó la isla Nueva ni el indio a su hijo. La casa se había convertido en la morada habitual de los tres, que llevaban una existencia común que ellos mejoraron para que las condiciones de vida fuesen más aceptables.

Entre otras mejoras, y gracias a los recursos de Kaw-Djer, se construyó una vivienda más confortable. Aunque, por supuesto, esta nueva existencia no apartó al «bienhechor» de su obra caritativa. Sus visitas a las tribus indígenas no disminuyeron, y cuando se le venía a buscar, Karroly le acompañaba a menudo.

Igualmente debe saberse que Karroly volvió a ejercer su Oficio de piloto con más provecho y menos peligro. La frágil piragua había sido sustituida por una sólida chalupa, la *Wel-Kiej*, comprada a resultas del naufragio de un navío noruego en los pasos de la isla Wollaston. Karroly, excelente marino, dispuso, pues, de una embarcación que le permitía largas travesías y pudo extender sus pilotajes por toda la parte este del estrecho de Magallanes.

Varios años transcurrieron de ese modo; y no parecía que la existencia de Kaw-Djer, voluntariamente establecida en esas condiciones de independencia en una tierra libre, pudiese verse jamás Inquietada, hasta que un acontecimiento imprevisto e improbable alteró su curso.

5. La isla Nueva

La isla Nueva forma un puesto avanzado que domina la entrada del canal de Beagle por el este. Con dos leguas de largo por una de ancho, se presenta como un pentágono irregular. Los árboles no faltan, en particular las hayas antárticas, los canelos, los mirtáceos y algunos cipreses de talla media. En la superficie de las praderas crecen ciertas especies de arbustos espinosos, acebos, berberís, helechos poco desarrollados. En ciertos lugares abrigados se destaca un suelo feraz, tierra vegetal propia para el cultivo de verduras. Por otra parte, allá donde el humus aparece en capas insuficientes, especialmente en el límite de los arenales, la naturaleza borda su tapicería de líquenes, de musgos, de licopodios.

Era en esta isla, en la parte opuesta a un alto acantilado, frente al mar, donde el indio Karroly se había establecido desde hacía una decena de años, sin que allí hubiera más habitante que él; al menos ningún habitante sedentario, pues durante la estación favorable algunos fueguinos venían a cazar focas y anfibios, huéspedes habituales de esos parajes. Estos fueguinos alzaban sus tiendas en el fondo de una caleta, sin que Karroly tuviera nunca que lamentarse de su presencia. Desaparecían con el primer mal tiempo y la isla Nueva volvía entonces a su anterior tranquilidad.

Desde hacía seis años la isla contaba con un habitante más, Kaw-Djer, cuya vida errante había concluido tras su encuentro con Karroly. Convertida la vivienda del indio canoé en la suya propia, Kaw-Djer pasaba allí el tiempo que no consagraba a sus giras por la Magallania.

Por otro lado, en su calidad de piloto, Karroly no hubiese podido

escoger un lugar más favorable y bien situado. Todos los navíos, al salir del estrecho de Le Maire pasaban por delante de la isla Nueva. Si deseaban llegar al océano Pacífico doblando el cabo de Hornos, no necesitaban reclamar los servicios de un práctico; pero si, querían traficar a través del archipiélago y pretendían franquear los diversos pasos, ir de Deceit a Hermite, de Freycinet a Grevy, de Herschel a Wollaston, e incluso a Hoste o a Navarino, o remontar en toda su longitud el canal de Beagle, les era entonces indispensable un piloto, y no hubieran podido encontrar ninguno más inteligente, más entendido y que conociera mejor los canales y pasos de ese laberinto que el indio Karroly de la isla Nueva.

De todos modos, no son numerosos los navíos que frecuentan los parajes magallánicos y ese oficio no hubiese podido asegurar la existencia de Karroly y su hijo, si no fuera porque se entregaban, asimismo, a la caza y a la pesca a fin de procurarse objetos de cambio. Huelga decir que esos objetos, pieles de rumiantes, de anfibios o plumas de avestruz, las trocaban por cosas de primera necesidad, ropa o alimentos, y también aparejos para la piragua. Además, si le pagaran sus pilotajes en piastras, hubiera podido hacer uso de esta moneda en Punta Arenas, la única colonia chilena que en esa época existía en la Magallania. La colonia Ushuaia todavía no había sido fundada y aún habrían de pasar muchos años antes de que el gobierno de la República Argentina empezara a construir esa población en el litoral del canal de Beagle.

Así pues, a su oficio de piloto, Karroly añadía los de cazador y pescador que, por otro lado, eran los más ejercidos en la región y que requieren el cabotaje continuo entre las islas del archipiélago.

Sin embargo, si bien la pesca no dejaba de ser siempre provechosa, no fue hasta que se instaló Kaw-Djer que la caza resultó realmente productiva, Sin duda esa isla, con sus dimensiones reducidas, no podía contener sino un número reducido de guanacos y vicuñas, muy buscados por sus pieles. Por otra parte, los animales con plumas, entre otros el ñandú, no abundaban ni en las arenas ni en las praderas del interior. La isla Nueva, en sí misma, no ofrecía ningún vasto campo cinegético; pero en la vecindad había otras islas de extensión mucho mayor, como Navarino, Hoste, Wollaston, Dawson, por no hablar de Tierra del

Fuego, con sus inmensas llanuras, sus bosques profundos, donde los rumiantes y las bestias salvajes abundan.

En pocas horas la piragua podía transportar a Kaw-Djer y a Karroly de una isla a otra, atravesando el canal de Beagle, para depositarlos en la orilla fueguina, desde donde llevarían a la isla Nueva los despojos de los animales caídos por sus balas o flechas. Más tarde, cuando adquirieron la chalupa, pudieron aventurarse hasta los pasos de la isla Clarence y la Tierra de la Desolación, en la parte oriental del estrecho de Magallanes. Muchas veces los habitantes de Punta Arenas gozaron de la visita de la *Wel-Kiej*, ya fuera para vender pieles o para procurarse objetos y aprovisionarse de municiones. Pero lo que es digno de destacar es que Kaw-Djer jamás estaba a bordo durante estas escalas, jamás desembarcaba en ningún punto de la península de Brunswick, jamás el gobernador de la colonia chilena, a pesar de que a menudo había oído hablar del «bienhechor», influencia del cual no cesaba de crecer entre las tribus fueguinas, había sido honrado con su visita. Su excelencia quiso, sin embargo, conocerle y le hizo llegar una invitación para que viniera a Punta Arenas; pero Kaw-Djer no acudió, rechazando toda relación con la colonia chilena. Por otro lado, cuando el gobernador quiso informarse, su acción no dio resultado y no pudo obtener ninguna noticia sobre el pasado del misterioso personaje.

Es probable que si la Magallania hubiese sido posesión chilena o argentina, Kaw-Djer se hubiese visto obligado a declarar su nacionalidad y a explicar la razón por la que se había instalado en esas lejanas regiones del cabo de Hornos.

El clima de la Magallania es mucho menos áspero de lo que pueda creerse. La poderosa vegetación del suelo basta para testimoniar su suavidad. Si los veranos son cálidos, los inviernos no sufren el frío de otros lugares de latitudes semejantes, como por

ejemplo los territorios de la América septentrional, en Canadá, la Columbia Británica, que padecen un extremo rigor. Durante el invierno, cuando los hielos todavía no dominan estos parajes y no impiden a la chalupa navegar, al menos por el canal de Beagle, los recorridos de Kaw-Djer rara vez se veían interrumpidos, y a menos que el mar no fuese impracticable, los campamentos fueguinos podían contar con su visita habitual. A veces, durante esas ausencias, el muchacho permanecía en la isla Nueva, Por otro lado, no eran ausencias largas, una semana a lo sumo; algunas veces Kaw-Djer se quedaba solo, cuando Karroly y su hijo se veían obligados a efectuar algún pilotaje por el estrecho.

La isla Nueva, así como la mayor parte de las otras islas, resultado de algún violento movimiento telúrico que había troceado la extremidad del continente americano, está constituida por una tierra arenosa surcada de masas graníticas.

La vivienda en que los tres hombres vivían se elevaba al pie de un grueso cerro al abrigo de los fuertes vientos. Durante mucho tiempo la morada de Karroly había sido una gruta natural abierta en el granito del cerro, vivienda preferible a las tiendas o chozas de los yámanas. Se abría en el fondo de una pequeña bahía a la que no alcanzaba el movido oleaje, de modo que no había que temer por la piragua, La instalación era suficiente para el indio y su hijo; pero, tras la llegada de Kaw-Djer, disponían ahora, a la izquierda de la gruta, de una casa compuesta de planta baja construida con madera del bosque, piedras de las rocas y cemento hecho con los miles de conchas, terebrátulas, mactras, tritones y narvales, Una casa con tres habitaciones, cada una iluminada por una ventana de sólidos postigos, y una sala común con una gran chimenea. A la izquierda de la sala estaba la habitación de Kaw-Djer, con un mobiliario muy rudimentario, una cama, sillas, mesas y algunas estanterías, y a la derecha, la habitación de Karroly y su hijo, aún más modestamente amueblada. En cambio, la cocina

estaba bien provista y disponía de un horno de hierro colado. Habían sido obreros llegados de las Malvinas quienes habían construido la casa, que
Kaw-Djer
había pagado con sus recursos personales.

El material de navegación y el de la pesca y la caza, además de las provisiones y el combustible que, traído en la embarcación, proporcionaba en abundancia la madera de los bosques de la isla, lo tenían depositado en la gruta, en donde guardaban asimismo las pieles para los intercambios.

En cuanto la chalupa apareció ante la isla, Halg, seguido de su fiel perro *Zol*, que ladraba alegremente, se lanzó a la arena a recibir a
Kaw-Djer
y a su padre, que lo abrazaron uno tras otro. Tras amarrar la
Wel-Kiej
al fondo de la caleta, Karroly y su hijo se ocuparon en transportar hasta la gruta los aparejos y las pieles, entre las que se hallaba la del jaguar.

Kaw-Djer se dirigió a la vivienda, penetró en su habitación, abrió los postigos, y la luz y el aire entraron a oleadas. Todo estaba en orden, Halg había velado por ello, podía uno fiarse de ese muchacho, inteligente, vivo, podía dejársele el cuidado de la casa sin temor alguno. Por otro lado, nadie desembarcaba en la isla Nueva durante la estación invernal y, durante la veraniega, no recibía más visitas que la de los fueguinos que venían por alguna urgencia.

Kaw-Djer pareció entrar en su habitación bastante satisfecho. Ahí estaban sus papeles, sus libros alineados en un estante, en su mayoría obras de medicina y de economía política o social. Un armario contenía diversos frascos y material quirúrgico, Allí depositó el estuche con los instrumentos que sacó de su morral y dejó su fusil en un ángulo. Luego, sentado ante su mesa, sacó su diario y anotó, con esa fecha, los incidentes que le habían marcado durante su último recorrido por la tierra fueguina.

Una vez efectuado, y tras haberse cambiado de atuendo, salió de la casa en el instante en que Karroly y Halg finalizaban su trabajo.

El muchacho les dejó entonces para entrar en la cocina, donde se

ocupó de encender el horno y aguardó el retorno de su padre.

Kaw-Djer y Karroly, una vez juntos, fueron hacia la izquierda, a una cerca instalada al pie del cerro. La empalizada de madera que rodeaba el recinto lo protegía de la invasión de roedores, abundantes en la isla.

Allí, en una extensión de una hectárea, se dibujaban cuadrados de buena tierra, apropiados para el cultivo de verduras, de coles, de patatas, de apio en particular, cuyas propiedades antiescorbúticas son tan apreciadas en las latitudes extremas, ensaladas de perdicium, y también una planta de flores amarillas, el acerolo, que se parece al gomero de las Malvinas. Las raíces de este acerolo, de un gusto azucarado bastante agradable y que sirven de pan a los indígenas, son en realidad poco nutritivas.

Algunos árboles, entre otros el loranthus, adornaban ese recinto con sus flores escarlata, y aquí y allá, se agrupaban diversas plantas, asteres marítimos, con matices azules y violetas, acónitos amarillentos, calceolarias y citisos trepadores.

El cercado, como la casa, estaba en buen estado gracias a los cuidados de Halg. Por lo demás, la ausencia solo había durado quince días. A menos que se dieran circunstancias imprevistas, Kaw-Djer no debía abandonar ya la isla si no era para ir de caza o a pescar. El mes de mayo principiaba. El mes de mayo corresponde al de noviembre en el hemisferio septentrional.

El invierno no tardaría en cubrir la Magallania con sus nieves y sus escarchas. Los trabajos no iban a faltar, pues se acercaba la época en que la pesca, o mejor dicho la caza de focas, era más provechosa.

Cuando Kaw-Djer y Karroly acabaron su visita, se dirigieron hacia la gruta. Allí tenían el depósito de las mercancías. En el interior de esa vasta excavación tapizada de una fina arena y con unos muros secos que no dejaban jamás penetrar la humedad, se amontonaban las pieles de pumas, jaguares, guanacos, vicuñas y ñandús.

Estas pieles, preparadas según el método anglosajón, eran muy suaves, sobre todo las de guanaco, y en ese estado pueden servir para abrigos, como los que llevan los caciques cuando visten el atuendo nacional. También con ellas se hacen tapices tan

requeridos como los fabricados con piel de avestruz Estos artículos, producto de la industria fueguina, son objeto de un importante comercio con los traficantes.

Pero era sobre todo pieles de focas lo que la cueva contenía en mayor cantidad. La caza de estos mamíferos, tan numerosos en los pasos del archipiélago, podrá asegurar enormes beneficios a la Magallania cuando exista la conveniente reglamentación de pesca. Se trata de una caza muy difícil, incluso muy peligrosa, pues la foca gusta de las costas escarpadas, las cimas inaccesibles, y se ha de bloquear su camino al mar, adonde huye a refugiarse cuando se siente perseguida. Por tanto, los cazadores deben desplegar tanta fuerza como habilidad y se exponen a caídas terribles. Pero sus esfuerzos son ampliamente compensados. Por desgracia, los cazadores de focas son aventureros de la peor especie, gentes sin fe ni ley, a los que les importan poco las convenciones sociales y no son mejores que los buscadores de oro. Frecuentarán durante mucho tiempo los parajes magallánicos pues, por mucho que se agoten las minas auríferas, siempre contarán con los millares de focas que proporcionarán a los barcos ricos cargamentos.

Tal era el establecimiento de isla Nueva desde que
Kaw-Djer
fijara allí su residencia junto a Karroly y su hijo. No faltaba de nada. Por sí solo el guanaco hubiera servido para una alimentación suficientemente nutritiva. Su carne, tan sabrosa al asarla, no es menos excelente cuando, tras ser cortada en tajadas, machacada entre dos piedras, trabajada, ahumada y dejada al aire libre durante unas semanas, se sirve en forma de conserva.

Y, además, las bahías de la isla abundan en peces: mújoles, eperlanos, lochas; sobre la arena proliferan los moluscos comestibles, como los sobreabundantes mejillones, y en el litoral la pesca de todo tipo.

El agua dulce la proporcionaba un río que descendía del sudoeste, un torrente mejor dicho, cuyo curso no podía remontar ninguna piragua, Tenía su manantial en las estribaciones de una colina de unos ochenta metros de altura, bajo el abrigo de grandes hayas, y desembocaba en el mar por la izquierda del cerro, Su embocadura, estrecha y profunda, cerrada entre dos puntas, procuraba un excelente amarre a la chalupa.

Con la estación invernal aproximándose, se reemprendía la vida habitual en la vivienda de la isla Nueva. Recibía la visita de algunos barcos de las Falkland, que venían a comprar pieles antes de que las tormentas de nieve hiciesen esos parajes impracticables, Las pieles eran provechosamente vendidas o cambiadas por provisiones o municiones, necesarias durante el riguroso período que va de junio a septiembre, aunque la temperatura no sobrepasa nunca los diez grados bajo cero.

En la última semana de mayo, Kaw-Djer permaneció solo en la isla Nueva con el hijo de Karroly. Este había sido solicitado para un pilotaje, y tuvo que embarcar en una goleta danesa que, para evitar el agitado mar del cabo de Hornos, iba a pasar del Atlántico al Pacífico por el canal de Beagle. Con los vientos reinantes, la chalupa podía reganar sin problema su pequeño fondeadero.

El muchacho, a sus diecisiete años, era muy querido por Kaw-Djer, a quien testimoniaba un reconocimiento enteramente filial. Y quién sabe si su afecto por Karroly y su hijo eran, en ese instante, el único lazo que le ligaba a la humanidad tras tantas decepciones de las que nadie conocía la causa.

Fuera como fuese, Kaw-Djer se había esforzado por desarrollar la inteligencia de ese chico, instruyéndolo sobre cuanto podía comprender, Y, seguramente, padre e hijo, sacados, por así decirlo, del estado salvaje, eran bien diferentes de los indígenas de esa Magallania tan alejada de toda civilización.

Sobra decir que Kaw-Djer no había inspirado al muchacho más que ideas de independencia y libertad, las más queridas para él. No era un amo lo que Karroly y su hijo debían ver en él, sino un igual. No hay amos, no puede haberlos para todo hombre digno de ese nombre. No era de extrañar, pues, que fiel a su triste divisa, hubiese querido aniquilar en ellos todo espíritu de religiosidad, espíritu que se encuentra incluso en las poblaciones de más bajo nivel. No quería sufrir la imposición de un amo del mismo modo que no admitía la existencia de un Dios.

Varias veces, los misioneros, en sus recorridos evangélicos, se habían encontrado —lo hemos dicho antes— con

Kaw-Djer, cuya inagotable caridad e infatigable dedicación hacia esos pobres pecherais no hacía sino excitar su admiración. Habían intentado entrar en relación con el «bienhechor». Uno de ellos, perteneciente a una misión, había querido conocerlo, por lo que había pedido ser conducido a la isla Nueva. Pero en presencia de un hombre tan radical en sus convicciones, tan refractario a cualquier cuestionamiento social o religioso de las mismas, no tuvo más remedio que desistir. No hay que olvidar, por otro lado, lo que había sucedido en el campamento de Wallah, cuando los padres Athanase y Séverin vinieron a rezar las últimas plegarias ante el cuerpo del indio fallecido. A los agradecimientos de los misioneros, Kaw-Djer se había limitado a responder: «Me he limitado a cumplir con mi deber». Acto seguido se había marchado.

Con el mes de junio, el invierno se precipitó brutalmente sobre la Magallania. El frío no era excesivo, pero todo el territorio fue barrido por grandes vientos. La isla Nueva, como las demás del archipiélago, desapareció bajo la masa de nubes. Terribles tormentas asolaron esos parajes, y Punta Arenas, perdida en su aislamiento en la península de Brunswick, ya no recibió la visita de más barcos. Los navíos no se arriesgaban a cruzar el estrecho en esta época.

Así transcurrió junio, julio y agosto; pero, hacia mediados de noviembre, la temperatura se dulcificó notablemente y los barcos de las Falkland aparecieron de nuevo por el estrecho.

El 19 de septiembre, un vapor americano apareció a la entrada del canal, con el pabellón del piloto en el mástil de trinquete. Karroly, que había dejado a Kaw-Djer y a Halg en la isla Nueva, se embarcó en ese vapor, que iba a Chonos, a lo largo de la costa chilena.

Su ausencia duró ocho días, y cuando la chalupa lo hubo devuelto, Kaw-Djer, según su costumbre, le interrogó sobre los diversos incidentes de su viaje.

—No ha habido ninguno —respondió Karroly—. La mar estaba

en calma en el canal, la brisa favorable, una brisa del nordeste.

—¿Ha soplado todo el tiempo?

—Sí.

—¿Dónde has abandonado el barco?

—En el canal Cockburn, en el extremo de la isla Clarence, tras cruzarnos con un aviso que iba a Tierra del Fuego.

—¿Y qué tal en alta mar?

—En alta mar ha habido fuerte oleaje.

Como puede verse, las preguntas se referían únicamente a incidentes marítimos que pudieran producirse entre la isla Nueva y la isla Clarence. Respecto a noticias que Karroly pudiese haber recogido a bordo del navío americano, relativas al Viejo y al Nuevo Mundo del que procedía Kaw-Djer, no parecía en absoluto interesado. Ya no le interesaba lo que pudiese suceder fuera de las regiones magallánicas. De los ruidos exteriores no quería escuchar ni el eco. Sin duda se había impuesto cerrar los oídos a todo cuanto pudiera hacerle revivir recuerdos del pasado.

Sin embargo, Kaw-Djer sí que interrogó a Karroly sobre el barco americano.

—¿De dónde procedía?

—De Boston —respondió Karroly.

—Y, ¿hacia dónde se dirige?

—A las islas Chonos.

Eso fue todo.

Pero Karroly creyó necesario seguir hablando del aviso con que se había cruzado en el canal Cockburn. Al abandonar el navío, su chalupa había retomado la ruta del canal de Beagle y había atracado durante algunas horas en la orilla meridional, dominada por el monte Sarmiento, de Tierra del Fuego.

Allí, en una ensenada de la costa, se hallaba el aviso en cuestión, que había desembarcado un destacamento de soldados.

—¿Quiénes eran esos soldados? —preguntó Kaw-Djer.

—Chilenos y argentinos.

—¿Y qué hacían?

—Acompañaban a dos comisarios en misión de reconocimiento

de Tierra del Fuego y de islas vecinas, tras haber visitado la península de Brunswick.

—¿De dónde venían?

—De Punta Arenas, donde el gobernador había puesto ese aviso a su disposición.

—¿Y hasta cuándo debían quedarse fondeados?

—Hasta que el trabajo se terminase —respondió Karroly.

Kaw-Djer no hizo más preguntas al indio. Se quedó pensativo. ¿Qué significaba la presencia de esos comisamos? ¿A qué operación responderían en esa parte de la Magallania? ¿Se trataría de una expedición geográfica o hidrográfica? Pero ¿qué más se podía hacer tras los trabajos de King y Fitz-Roy, seguidos de los del capitán Dumont d'Urville? ¿Se trataría de una verificación más rigurosa de los datos aportados por esos comisarios o por puro interés marítimo?

Kaw-Djer se sumió en esas reflexiones. Parecía que una nube de inquietud oscurecía su frente. ¿Acaso ese reconocimiento hecho por dos comisarios iba a extenderse a todo el archipiélago magallánico? ¿Vendría el aviso a fondear en aguas de la isla Nueva? En realidad, lo que producía inquietud de ese asunto era el que la expedición fuese enviada por los gobiernos de Argentina y Chile, que hubiese un acuerdo entre ambas repúblicas a propósito de una región sobre la que ambas pretendían tener derechos, pretensión injustificable por lo demás. Hasta entonces, ciertamente, los dos países no habían logrado ponerse de acuerdo.

Tras algunas preguntas y respuestas intercambiadas con Karroly, Kaw-Djer había llegado al extremo del cerro.

Desde allí su mirada abarcaba una más vasta extensión de mar y se dirigía instintivamente hacia el sur, en dirección a esas últimas tierras en las que el continente americano se hunde en las aguas del cabo de Hornos. Las miraba, y su imaginación iba más allá: en su pensamiento franqueaba el círculo polar, se perdía en esas misteriosas y desiertas regiones del Antártico que escapaban aún a la exploración de los más intrépidos descubridores.

Mientras, parecía que Karroly tenía alguna comunicación que

hacerle, pues, tras haber acabado de descargar la *Wel-Kiej*, se dirigió hacia el cerro. Parecía que vacilaba al aproximarse, y Kaw-Djer, todavía sumido en sus reflexiones, no advirtió que se aproximaba y volvió a bajar al arenal para regresar a la vivienda adonde iba a encerrarse según su costumbre.

Karroly fue hacia él.

—Kaw-Djer —le dijo.

Este lo miró, se detuvo y lo interrogó con la mirada.

—Tengo una cosa más que decirte —declaró el indio.

—Habla, Karroly.

—Cuando me encontraba allí, en el campamento de los comisarios, uno de ellos, el chileno, me ha dicho: «¿Quién eres?». «El piloto», le he respondido. «¿El piloto Karroly, de la isla Nueva?». «¡Sí!». «Ah, es allí donde reside ese Kaw-Djer, ese "bienhechor" del que tanto se habla». Yo no he respondido nada, pero el otro comisario se ha unido a nosotros y ha añadido: «Bien, creo que acabaremos quizá por encontrarnos con ese hombre, y cuando le preguntemos quién es, ¡será preciso que nos responda!».

6. Punta Arenas

En la mañana del 17 de diciembre de 1880, un aviso de bandera chilena, el *Gracias a Dios*, maniobraba a lo largo de la costa oeste del estrecho de Magallanes aprovechando la marea creciente para llegar al puerto de Punta Arenas.

Este aviso venía de la bahía Gente Grande, en la parte opuesta del litoral de Tierra del Fuego, y pocas horas le habían bastado para franquear las doce leguas que mide el estrecho a esa latitud.

El *Gracias a Dios* estaba comandado por un teniente de la marina de guerra con veinte hombres a sus Órdenes, comprendiendo el mecánico y los fogoneros. Además, iban en él treinta soldados de las milicias argentina y chilena como compañía de desembarco.

Dos pasajeros se encontraban a bordo del aviso, el comisario Idiarte, por parte de Chile, y el comisario Herrera por las provincias de La Plata o República Argentina.

Esos dos personajes habían recibido de sus gobiernos respectivos la misión de fijar en la Magallania el límite de los dos Estados que reclamaban su posesión. Este conflicto, que llevaba años arrastrándose, no había podido ser resuelto satisfactoriamente para ambas partes.

No parecía que en el curso de sus expediciones los dos comisarios fueran a ponerse de acuerdo. Igualmente, a medida que el aviso se aproximaba a Punta Arenas, se lanzaban miradas poco conciliadoras y evitaban coincidir en la toldilla. Idiarte, muy impaciente, se paseaba a babor, mientras que Herrera, presa de una viva agitación, daba grandes zancadas sobre el puente a estribor. Yendo y viniendo sobre la pasarela, el teniente, habituado sin duda a esas maneras, no le prestaba mayor atención y no se ocupaba más

que de las maniobras para fondear cuando la marea se lo permitiera.

Hacia las diez y cuarto, el *Gracias a Dios* lanzó al fondo su áncora cerca de la orilla, frente a las primeras casas de Punta Arenas. En realidad el lugar no es de primera y los barcos no quedan bien protegidos. En este sentido, el establecimiento de Puerto del Hambre, situado al sur, en la misma orilla del estrecho, ofrecía ventajas más reales, Los navíos estaban mejor protegidos de los vientos del norte y del este y había mucho sitio para las evoluciones. Aparte de eso, las aguadas proporcionaban agua excelente en abundancia, recogida del río Gennes y los cargamentos se podían desembarcar sin dificultad.

En consideración a esas ventajas fue por lo que el gobierno chileno pensó en restaurar la colonia en ruinas, la antigua Ciudad del Rey Felipe. Puerto del Hambre se convirtió en una población y sirvió de lugar de destierro. Pero esto no podía durar. A consecuencia de una revolución que estalló en la población de Valparaíso en 1850, unos colonos se declararon a favor de las antiguas autoridades y otros a favor de las nuevas, ambos competidores se disputaban la presidencia de Chile. Todo acabó con la muerte del gobernador de Puerto del Hambre. El gobierno chileno acabó por sofocar la rebelión de la colonia, pero a partir de ese día esta no dejó de agostarse, Así, cuando se trató de reconstruirla por tercera vez, se prefirió otro emplazamiento, el que actualmente ocupa Punta Arenas.

Por lo demás, lo que más interesaba a Chile era que su bandera ondease en la orilla occidental del estrecho de Magallanes, y el puerto, al que quería otorgar todo el privilegio, el único puerto de amarre entre el Atlántico y el Pacífico, iba a tomar una importancia aún más considerable en cuanto que la navegación a vapor iba a reemplazar a la navegación a vela. La ruta del estrecho se volvía fácilmente practicable a los *steamers*, pese a los vientos dominantes del oeste. En fin, fue una toma de posesión definitiva en oposición a las pretensiones de la República Argentina, al menos en lo que concernía a la península de Brunswick, prolongamiento natural del territorio patagón.

Cuando la maniobra de atraque hubo concluido, la canoa del aviso recibió a los dos comisarios, que entraron en ella sin dirigirse

la palabra. Ambos desembarcaron sobre un estrecho terraplén que formaba un espigón. Después, los señores Herrera e Idiarte, cada uno por su lado, ascendieron por una bella carretera muy bien cuidada que conducía a la población cuyo campanario apuntaba por encima de los árboles.

Población que sería ciudad en el futuro, siendo en ese instante un mero villorrio. Su calle principal estaba bordeada de casas contiguas con un mirador que se extendía de un extremo a otro. Solo tenía dos edificios públicos: la iglesia, con una aguja que emergía sobre el verdor y se perfilaba sobre un horizonte de montaña y después la residencia del gobernador, un edificio bastante confortable. Unos años más tarde, la feliz rival de Puerto del Hambre se enriquecería con otros monumentos; su población se incrementaría, su comercio se intensificaría a raíz de sus relaciones con Europa y América.

La población goza a su alrededor de campos con excelente pasto para alimentar a los animales, cuya explotación era causa de notables beneficios. El gobierno chileno lo había comprendido bien. Haciendo de Punta Arenas un puerto franco iba a poder ofrecer a los comerciantes mercancías mejores y menos caras que Buenos Aires. Sería allí, en consecuencia, donde los navíos vendrían preferentemente a recoger y descargar sus mercancías, en vez de hacerlo en los puertos de la República Argentina. Sin hablar de otras facilidades de Punta Arenas, estas mercancías economizaban los gastos del transporte y de aduana, a la vez que ahorraban una travesía cuya extensión sobrepasaba los dos mil cuatrocientos kilómetros.

Como se ve, un excelente porvenir comercial está asegurado a los habitantes de la colonia. Pero en esa época estaba aún en vías de prosperar gracias a las factorías fundadas por empresas inglesas y chilenas, gracias a las relaciones habituales con las islas Falkland, próximas a la Magallania. Se encuentra ahí, además, una penitenciaría de excelentes condiciones y de la que el Estado saca un gran provecho.

Desde hacía mucho tiempo, los gobiernos chileno y argentino hacían valer sus derechos sobre la posesión de los territorios de la Patagonia y de la Magallania, territorios indivisos, como se sabe, entre los dos países. El asunto no había podido ser jamás resuelto y

daba lugar a discusiones interminables, por lo que Tierra del Fuego y los diversos archipiélagos que la rodean podían con razón ser considerados como independientes.

Tal situación, de prolongarse, ofrecía el riesgo de engendrar algún grave conflicto; no solo desde el punto de vista político, sino del comercial, y en lo que respecta a las demás naciones, importaba mucho que tocase a su fin. Parecía, por otra parte, que la colonia de Punta Arenas asignase a Chile cierta preponderancia sobre el dominio magallánico.

Con vistas a obtener una solución definitiva, las dos repúblicas eligieron a dos comisarios encargados de lograr ese objetivo. No convenía perder el tiempo. A esas regiones afluían emigrantes atraídos por sus riquezas naturales. Y, además, la absorbente Inglaterra no estaba lejos. Desde su archipiélago de las Falkland podía extender la mano hasta la Magallania y rápidamente franquear el brazo de mar que la separaba del continente americano. Ya sus barcos frecuentaban asiduamente los pasos del archipiélago. Por otro lado, sus misioneros no cesaban de ejercer su influencia sobre la población fueguina. Era tiempo de actuar.

De ahí que el *Gracias a Dios*, puesto a disposición por las autoridades chilenas, recibiese a bordo a los comisarios Herrera e Idiarte. Dos meses antes había abandonado Punta Arenas y visitado con esa intención el vasto conjunto de islas e islotes desde el cabo Pilares de la Tierra de la Desolación, a la entrada oeste del estrecho, hasta la punta de Vancouver en la extremidad de la Tierra de los Estados, más allá del canal Le Maire, y finalmente hasta el último islote sobre el que el cabo de Hornos se alza entre el Atlántico y el Pacífico. El aviso se hallaba bajo las órdenes de un oficial que conocía perfectamente todos los pasos, todos los canales de esos parajes. Los dos comisarios exploraron en primer lugar la Patagonia y Tierra del Fuego a fin de trazar la línea convencional que separase los dos Estados. Después visitaron las otras grandes islas, Clarence, Desolación, Dawson, luego las islas medianas, Stewart, Londonderry, Navarino, Hoste, Gordon, Wollaston, y después las pequeñas, Gilbert, Hermite, Grevy, Freycinet, Deceit, Hornos, sin olvidar la isla Nueva. Pero en la época en que pusieron pie en la isla Nueva,

Kaw-Djer,

Karroly y su hijo se hallaban en su recorrido habitual y ni Herrera ni Idiarte pudieron tomar contacto con su huésped misterioso. En suma, cuando el aviso volvió a Punta Arenas, los comisarios no habían logrado ponerse de acuerdo respecto a la fijación de los límites, ni en la Patagonia ni en la Magallania. Representaban bien las ideas de las dos repúblicas, muy celosas de sus derechos y con mucha animadversión la una hacia la otra. En el curso de la expedición se habían producido unas cuantas veces discusiones violentas y escenas desagradables, En varias ocasiones el comandante había debido imponer su autoridad para impedir una pelea. Una vez en tierra, ¿no iba a acabar todo en un duelo entre esos dos intratables campeones de los dos países? ¿Se vería entonces a Chile y a Argentina tomando partido, una por el comisario Idiarte, la otra por Herrera, en una guerra declarada por la cuestión de la Magallania, con Santiago y Buenos Aires apelando al Dios de las batallas y quién sabe si Europa y el resto de América acabarían interviniendo en la lucha?

Muy felizmente, Aguirre, el gobernador de Punta Arenas, era un hombre de gran inteligencia, de espíritu muy recto y que sabía examinar las cosas con cerebro y sangre fría. Conocía a fondo los territorios a debate y, al margen de los dos comisarios, había puesto al corriente de la situación a los presidentes de Argentina y Chile.

Habiéndose informado del grado de hostilidad en que Idiarte y Herrera habían regresado de su cometido y deseoso de evitar un enfrentamiento, los convidó al día siguiente de su llegada a venir a verle a su despacho en la residencia.

Los dos comisarios acudieron a la invitación del gobernador.

A este le costó mantener su seriedad ante la actitud de los dos personajes: las miradas furibundas que se dirigían, el anhelo feroz de agredirse que manifestaban sus semblantes, la resolución de llevar las cosas al extremo… No hay que olvidar que se trataba de individuos de origen hispano y quizá la sangre de don Diego y don Gómez [1] circulaba por sus venas…

—Señores —dijo en primer lugar Aguirre—, he recibido de los gobiernos de Chile y Argentina la orden de acabar lo más rápido posible con este asunto de la delimitación. Sírvanse informarme de los resultados de su misión. Sé que lo han desempeñado con celo y no dudo que llegaremos a un…

—No es posible entenderse con el señor Herrera —declaró Idiarte con tono seco.

—Por mi parte —añadió Herrera—, renuncio a toda relación con el señor Idiarte.

—¿Quieren dejarme acabar, señores? —continuó el gobernador con voz conciliadora—. ¿A qué reanudar discusiones que no llevan a ningún fin? No debemos consentir que degenere en cuestiones personales algo que solo debe tratarse pensando en el interés general. Que el señor Herrera manifieste una mortal aversión al señor Idiarte y que este le tenga al señor Herrera un odio eterno es algo extremadamente desagradable y que solo puede retrasar la solución del problema pendiente entre Chile y la República Argentina.

Los dos comisarios no respondieron nada, y Aguirre prosiguió en estos términos:

—Olvídense por un instante, pues, señores, el uno y del otro, de modo que podamos discutir con sangre fría, y presenten los argumentos sobre los que reposan sus opiniones. Según la mía, tenemos que tratar dos temas: primero el de la Patagonia, segundo el de la Magallania.

—¿El de la Patagonia? —exclamó Idiarte—. Para un representante de los intereses de Chile, ¿puede existir alguna duda? La cuestión se resuelve por sí misma, por la fuerza de las cosas.

—En efecto —replicó Herrera, que no quería quedarse atrás—, la cuestión está resuelta: ¡pero a favor de Argentina!

—Señores… —prosiguió el gobernador, que pretendía dirigir la discusión y que veía iba a costarle trabajo.

—¡Pero si basta arrojar una mirada al mapa —interrumpió con vehemencia Herrera— para percatarse de que la Patagonia es la natural prolongación geográfica de Argentina: el mismo clima, el mismo tipo de suelo, su límite natural es el del continente americano, es evidente! ¡Por el contrario, Chile es una simple franja litoral separada del territorio patagón por la barrera de los Andes, una barrera que desde el punto de vista geográfico Chile no tiene derecho a traspasar!

—¡Cómo! —exclamó Idiarte—. ¡Usted, señor, afirma una pretensión injustificable, contraria tanto al sentido común como al derecho! ¡Y el gobernador de Punta Arenas, de nacionalidad

chilena, no puede permitirlo!

—Olvidemos, señores, que yo sea chileno —declaró con energía Aguirre—. Y, según me ha sido ordenado, debo ser neutral, Sé que el gobierno argentino ha considerado siempre la Patagonia como un territorio que le corresponde de modo exclusivo. Pero debo observar que la posesión chilena de la colonia de Punta Arenas destruye esa pretensión. Así, pues, sin detenernos en argumentos que ambos países pueden alegar con igual justicia, mi opinión es que hay que establecer una línea de demarcación sobre el territorio patagón que dé a cada uno lo que tiene derecho a conservar legítimamente.

—Ninguna concesión es admisible respecto a la Patagonia —afirmo Idiarte.

—Ninguna —añadió Herrera.

Y ambos hablaron con una firmeza sin contradicción alguna.

—Es preciso, por tanto, que la cuestión sea resuelta sin demora —declaró el gobernador—, y lo será aun sin ustedes si persisten en su cerrazón.

Los dos comisarios, ante esta declaración tan contundente, se quedaron mudos. Y puesto que no tenían respuesta, ¿para qué había servido su misión de dos meses sobre los territorios en litigio?

El gobernador prosiguió.

—Ahora, insisto, es preciso llegar a una resolución con la mayor brevedad, menos sobre la primera cuestión que sobre la segunda, la que concierne al reparto de la Magallania. Que haya habido siempre una influencia de los dos países sobre los territorios de la Patagonia, ¡de acuerdo!; pero en Tierra del Fuego, así como en los archipiélagos que la rodean, los indios han gozado siempre de una independencia absoluta y puede decirse que la Fueguia no es ni de Chile ni de Argentina, Sin duda Inglaterra codicia ese dominio, pues es vecina desde que las Falkland forman parte de su imperio colonial. Sus navíos frecuentan las aguas magallánicas; sus traficantes han establecido relaciones comerciales con los pecharais; sus misioneros actúan con una increíble tenacidad sobre la población indígena; no tardarán en crearse factorías en el estrecho de Magallanes y el canal de Beagle. Si no se solventa rápidamente esta cuestión, si ambas repúblicas no fijan de una vez sus derechos sobre esos territorios si estos continúan indivisos, implicará que la

Magallania siga disponible, que se la pueda posesionar, ¡y que sea el Reino Unido quien finalmente lo haga! Por tanto, impidamos a cualquier precio que la Gran Bretaña ponga su Pie en América del Sur; ya basta con que lo haya puesto en el Caribe y en América del Norte.

Sabio razonamiento este, sobre todo teniendo en cuenta el punto de vista americano, la imperiosa doctrina Monroe. Había ahí un peligro que solo se podía salvar tomando posesión, con una división regular de la Patagonia y la Magallania entre los dos países limítrofes. Pero para obtener este resultado era necesaria una entente de la que los dos comisarios parecían muy alejados.

—Señor gobernador —dijo entonces Herrera, torciendo los labios—, su excelencia tiene un medio muy sencillo de zanjar la cuestión, un medio muy natural, muy lógico, pero al que el señor Idiarte siempre se ha negado.

—¿Cuál es? —preguntó Aguirre.

—Pues ceder todos los territorios de la Patagonia a la República Argentina y los de la Magallania a la República de Chile.

—¡Habrase visto! —exclamó Idiarte con los ojos inflamados por la cólera—. ¡Quinientos veinte mil kilómetros cuadrados a Argentina y la restante pequeñez para Chile!

—Los dos ámbitos son equivalentes.

—¡En verdad, señor mío! —replicó con acritud Idiarte—. ¡Francamente, el profesor que le ha enseñado aritmética le ha robado el dinero!

—No me afecta —respondió Herrera— su pretensión de que yo aprenda a calcular.

—Señores —dijo el gobernador, interponiéndose entre los dos comisarios que parecía que iban a llegar a las manos.

—Y además —prosiguió Idiarte furioso—, hay, ante todo, una circunstancia que hace inaceptable la proposición.

—¡Ninguna! —exclamó Herrera.

—La siguiente —declaró Idiarte—: si la Patagonia es cedida a Argentina, la península aneja de Brunswick le pertenecerá igualmente. Chile verá, pues, escapársele Punta Arenas, esa colonia camino de la prosperidad, esa colonia que cuenta ya con dos mil habitantes, esa colonia destinada a un magnífico porvenir, esa colonia chilena, archichilena…

—¡Eh! —gritó Herrera, que no quería aceptar en absoluto tal argumento, muy justo en definitiva, y que quería tener respuesta para todo—, ustedes pueden quedársela, esa península tan suya, e incluso pueden convertirla en isla cortándole el istmo…

—¡Señores, señores —dijo el gobernador— se lo ruego, dejemos las cosas tal como la naturaleza las ha hecho, y los istmos en su lugar! ¡Bastante hemos tenido con los asuntos de Suez y Panamá! Por otro lado, en mi opinión, la proposición del señor Herrera es inaceptable, ¡incluso concediendo la península de Brunswick a Chile! Lo que es justo, lógico, es que Chile y Argentina obtengan a partes iguales los territorios patagones y magallánicos de modo que se satisfagan todos los intereses.

La sensatez hablaba por boca de su excelencia, ninguna duda a este respecto. Cualquier otra solución sería espuria y amenazaría con conflictos en el futuro. Era pues a ese resultado al que debían tender todos los esfuerzos.

Aguirre trató de reconciliar a esos irreconciliables comisarios, pero fue en vano. Ninguno de ellos quiso ceder lo más mínimo en sus pretensiones. Al salir de la entrevista, ambos parecían aún más irritados el uno contra el otro y se podía creer que la querella finalizaría mal.

Lo que era cierto es que, dadas las pretensiones que los dos países tenían sobre esos territorios independientes, la Patagonia por un lado y la Magallania por el otro, ambas tenían que pesar lo mismo en la balanza. No se trataba, como puede imaginarse, de consultar a los tehuelches y a los pecherais sobre la cuestión de saber si iban a convertirse en chilenos o en argentinos, No, ningún referéndum a este respecto. La cuestión debían resolverla únicamente las dos repúblicas. ¿Franquearía una de ellas el río Negro, cuya ribera izquierda era ya argentina? ¿Franquearía la otra los Andes, cuya vertiente opuesta era ya chilena? ¿Y sobre qué línea se efectuaría la delimitación?

Por desgracia no se podía contar con Herrera ni con Idiarte para determinar la línea que señalaría la frontera. Las informaciones que iban a enviar a sus gobiernos no posibilitarían que estos pudiesen decidir con conocimiento de causa. Pero sin duda esos gobiernos sabrían informarse en fuentes más seguras y sobre todo menos alteradas.

En cuanto a Aguirre, no pudo ni siquiera saber a qué atenerse respecto a ese

Kaw-Djer

que tanto influía en fueguinos, yámanas y demás tribus. Los comisarios no le habían visto ni en Tierra del Fuego ni en ninguna isla del archipiélago magallánico. Y sin embargo, si la isla Nueva donde residía el personaje correspondía a Chile, el gobierno sabía qué hacer al respecto y emprendería una investigación sobre la situación e identidad del misterioso «bienhechor».

En fin, de las siguientes entrevistas que Aguirre mantuvo con los comisarios, a los que interrogó separadamente, nada pudo sacar que facilitase un acuerdo común. ¿Cómo, en estas condiciones, podían sentarse las bases de un tratado internacional sobre las que los dos Parlamentos pudiesen pronunciarse? En suma, la situación de Herrera e Idiarte no cesó de empeorar. En vano el gobernador trató de conciliar a los comisarios, Su furia no hizo más que acrecentarse. Finalmente, tuvo lugar un duelo en el que Idiarte recibió una bala en el costado derecho y Herrera una bala en el hombro izquierdo, Resultó más fácil extraer las balas a esos feroces enemigos que reconciliarlos.

Pero ese duelo no hizo nada por solventar la cuestión y debería ser en Santiago y en Buenos Aires donde se tomara la decisión. Decisión urgentísima. El Reino Unido había tomado algunas iniciativas inquietantes. El pabellón de la Gran Bretaña se paseaba con más frecuencia que nunca a través de los canales y pasos de la Magallania. Era de temer que algún día lo plantaran en algún sitio, y, si eso ocurría, ¡iba a ser difícil arrancar esa enseña británica!

Finalmente, el 17 de enero de 1881, el tratado fue firmado en Buenos Aires por otros comisarios que no eran —¡no podían serlo! — ni Herrera ni Idiarte. Conviene saber que hasta entonces existía una línea de demarcación entre Chile y Argentina sobre los territorios patagones. Esta línea seguía la vertiente de los Andes, entre la que daba al Pacífico y la del Atlántico, deteniéndose en la latitud 52º.

Esto es lo que fue aceptado por ambos gobiernos.

A partir de la latitud 52º, se trazaría una línea hacia el este, a lo largo de ese paralelo, cruzándose con el meridiano 70 (72º 20' 21" al oeste del meridiano de París). Desde ese punto, un trazado

natural tomaría la cima de las colinas de la Patagonia a lo largo del estrecho de Magallanes hasta la punta Dungeness del cabo Vírgenes.

Así estaba dividida la Patagonia y así lo fue la Magallania.

A través del territorio de Tierra del Fuego, la línea fronteriza seguía a la altura del cabo Espíritu Santo y descendía a lo largo del meridiano 8 (70º 34' 21" al oeste de París) hasta el canal de Beagle.

Establecida esta demarcación, todos los territorios al oeste pertenecerían a Chile y todos los del este a Argentina.

En cuanto al archipiélago situado al sur del canal y cuyo último islote constituye el cabo de Hornos, sería chileno en su totalidad, salvo la isla de los Estados, que el estrecho de Le Maire separa de la extremidad de Tierra del Fuego, que seguía bajo dominio argentino.

En lo que concierne al estrecho de Magallanes, ninguna discusión a este respecto. Seguiría siendo absolutamente neutral, abierto a los navíos de los dos mundos.

Tal fue el tratado adoptado y aprobado por los dos Parlamentos y firmado por los presidentes de las dos repúblicas americanas. Pero si bien esto terminaba con la indivisión, si fijaba los derechos de los dos países, la Patagonia de una parte y la Magallania por la otra, ambas perdían su independencia.

¿Qué iba a ser de Kaw-Djer en esa pequeña isla Nueva si su pie no podía ahora hollar suelo libre, puesto que ya era chileno?

7. El Cabo de Hornos

Hasta el 29 de enero no se tuvo conocimiento en la isla Nueva del reciente tratado. Quince días antes, un navío ruso con destino a Punta Arenas había aparecido en el canal de Beagle, solicitando un piloto. Si el barco se dirigía por esa ruta a la colonia chilena era porque había topado con vientos contrarios de una gran violencia a la entrada del estrecho de Magallanes, entre el cabo Vírgenes y el cabo Espíritu Santo. Impedido por las corrientes había debido descender hasta el estrecho de Le Maire para luego obtener abrigo en Tierra del Fuego.

Fue a la altura de la isla Nueva que Karroly subió a bordo; luego, tras una travesía venturosa, volvió aportando la noticia de que a raíz de la partición acordada entre los dos países, todas las islas al sur del canal de Beagle correspondían ahora al gobierno chileno.

Cuando Karroly le hizo saber esta noticia tan inesperada, Kaw-Djer no pudo contener un gesto de cólera. Sus ojos se impregnaron de odio, y, con un terrible gesto de amenazar tendió la mano hacia el norte. Ni una palabra se le escapó, pero no pudo dominar su agitación y dio algunos pasos desordenados. Se hubiera dicho que el suelo cedía a sus pies, que estos no encontraban el conveniente apoyo.

Karroly y su hijo trataron de no intervenir.

Finalmente, Kaw-Djer volvió a tomar posesión de sí mismo. Su cara, por un instante convulsa, recobró la calma y frialdad habituales. Tras acercarse a Karroly, cruzó los brazos sobre el pecho y le interrogó de modo firme en estos términos:

—¿Es cierta esa noticia?

—Por entero —respondió el indio—. Lo he sabido en Punta Arenas, a bordo de un ballenero que llegaba. Dos banderas han sido izadas a la entrada del estrecho sobre Tierra del Fuego, una, chilena, en cabo Orange, y la otra, argentina, en cabo Espíritu Santo.

—¿Y —preguntó Kaw-Djer— todas las islas al sur del canal de Beagle pertenecen ahora a Chile?

—Todas.

—¿Incluso la isla Nueva?

—Incluso ella.

—¡Esto tenía que suceder! —murmuró Kaw-Djer, cuya voz se veía alterada por una violenta emoción.

Luego, fue a la vivienda y se encerró en su habitación.

Aquí, y más perentoriamente que nunca, se plantea esta cuestión: ¿quién era ese hombre?, ¿qué nacionalidad tenía?, ¿qué razones, sin duda muy graves, le habían llevado a abandonar uno u otro de los continentes para enterrar su existencia en las soledades de la Magallania?, ¿por qué la humanidad parecía restringirse para él a algunas tribus fueguinas, esos miserables pecherais en los que volcaba toda su inteligencia y su dedicación?

Lo que resultaba indudable era que, gracias al tratado del 17 de enero de 1881, la situación de Kaw-Djer quedaba modificada, incluso gravemente modificada. Su actitud al enterarse de la noticia por Karroly era bien elocuente. ¿No iría, bajo el influjo de temores muy justificados, a abandonar la isla Nueva e incluso los parajes magallánicos que ya no le ofrecían una completa seguridad?, o bien, si no abandonaba la isla donde había esperado finalizar su existencia sin tener que dar explicaciones, ¿corría el riesgo de que su incógnito se desvelase?

He aquí lo que el porvenir podía más o menos deparar al huésped de la isla Nueva. Lo que no satisfará sino a medias la curiosidad inspirada por ese *modus vivendi* de un hombre que quería vivir al margen de la humanidad, por así decirlo, y que por ello había buscado refugio en los límites del mundo habitable. De su nombre, de su identidad, de su origen, hay que resignarse a no saber nada, puesto que las circunstancias que tuvieron lugar no le

obligaron a revelarlos, Pero en lo que respecta a sus ideas básicas, al menos puede alzarse un extremo del velo que cubre su vida.

Kaw-Djer pertenecía a esa categoría social de anarquistas intransigentes que llevan sus doctrinas hasta las más extremas consecuencias. Hombre de gran calidad, habiendo profundizado igualmente en las ciencias políticas como en las ciencias naturales, hombre de coraje y acción, resuelto a llevar a la práctica sus subversivas teorías, no era el primer sabio en volcarse en las profundidades del socialismo: el nombre de algún temible reformador permanece en todas las memorias.

El socialismo ha sido justamente definido: «Esa doctrina humana cuya pretensión aspira nada menos que a cambiar de arriba abajo el estado actual de la sociedad de acuerdo con un plan cuya novedad no excluye o excusa la violencia».

Tal era el objetivo que
Kaw-Djer
entreveía y que quería conseguir por las buenas o por las malas, aunque debiera gastar toda su fortuna o incluso entregar su vida para asegurar el triunfo de sus ideas.

No se ignoran las teorías de los socialistas que han dejado una huella indeleble en la historia de su tiempo: Saint-Simon quería abolir el privilegio de nacimiento, la supresión de la herencia y que cada cual, de acuerdo con sus capacidades, fuese retribuido según sus obras; Fourier, en sus obras, pregonaba un sistema de asociación según el cual todas las aptitudes serían utilizadas en pro del bien general…, Proudhon, siguiendo una fórmula célebre, negaba con audacia el derecho a la propiedad, imaginando un orden social fundado sobre el mutualismo y por el que cada persona, adoptando los principios de un individualismo extremo, jamás estipulase nada si no era de acuerdo con sus estrictos intereses.

Otras ideologías más modernas no han hecho sino retomar estas ideas colectivistas apoyándolas en la socialización de los medios de producción, la supresión del capital, la eliminación de la competencia, la sustitución de la propiedad individual por la propiedad social. Y ninguna de esas ideologías quiere tener en cuenta las contingencias de la vida: su doctrina reclama una aplicación inmediata y drástica; exigen la expropiación en masa; imponen el comunismo universal. Tal es el estandarte de los

Lassalle y los Marx, que las manos alemanas no son las únicas en izar. Tal es el de Guesde, jefe del comunismo anarquista, que exige la expropiación en masa. Y estos peligrosos soñadores las exhiben ante las poblaciones agitadas en nombre de esta fórmula que lo resume todo: la expropiación de la burguesía capitalista.

¿Pueden entonces fingir ignorar que lo que llaman injustamente «robo» merece el justo nombre de «ahorro» y que este ahorro es el fundamento de toda sociedad?

Conviene reconocer que algunos de estos utopistas, los que no buscan asentar su ambición en el terreno de la política, pueden haber sido o son gente de buena fe. Han publicitado sus ideas mediante la pluma o la palabra; no han sustituido el libro por la bomba, no han hecho propaganda mediante hechos; solo han sido anarquistas en la teoría, jamás en la práctica.

Es entre estos últimos que se contaba Kaw-Djer. Jamás había estado implicado en las violencias anarquistas que han marcado el final del siglo XIX. Un alma indómita, indomable, intransigente, que no toleraba ninguna autoridad, incapaz para la obediencia, refractario a todas las leyes, de las que algunas son sin duda imperfectas pero necesarias entre los hombres llamados a vivir en común.

Es esta la necesidad que los anarquistas no han querido nunca reconocer, porque ansían la destrucción de toda ley, porque preconizan las teorías del individualismo absoluto, porque luchan por la supresión del vínculo social.

Tales eran las doctrinas de ese extranjero venido de no se sabe dónde, exiliado voluntario en esas regiones lejanas, que, en una inmensa necesidad de caridad, había consagrado su vida a esos indios que le saludaban con el nombre del «bienhechor». Imagínese un San Vicente de Paul doblado de un Lassalle, pues Kaw-Djer era un ser bondadoso, extraviado en los sistemas del colectivismo más avanzado, pero de ese tipo de personas a las que les parecen justificados todos los medios en aras del perfeccionamiento del estado social.

Y, al igual que rechazaba toda autoridad humana, rechazaba toda autoridad divina, era ateo como era anarquista, lo que es de

una indiscutible lógica. Como se ha visto, tenía ese lema, que había exclamado desde lo alto de la roca fueguina, como si quisiera abrazar el mar y la tierra: «¡Ni Dios ni amo!».

Ante tal convicción, que nunca había desmentido, se podía aguardar que llegaría un día en que tendría lugar un vuelco en el alma de este hombre y reconocería la falsedad y, al mismo tiempo, el peligro de esas doctrinas en contradicción absoluta con las necesidades del orden público, que reconocería que la sociedad no puede sino reposar sobre las desigualdades humanas y que hay una ley natural a la que la humanidad no puede sustraerse y que, en fin, si la justicia y la igualdad absolutas no son de este mundo, al menos existen en el otro.

Puede ser que en la época en que quiso expatriarse —y pudo ser una de las razones que le decidieron a hacerlo— viera con profundo descorazonamiento cómo el partido socialista se deslizaba hacia la desorganización, estallaban las violencias entre esos fraternos enemigos… puede que viera como imposibles las ideas en las que se concentraba su vida. Puede que desesperara de alcanzar el objetivo hacia el que siempre había caminado sin retroceder un paso…

Y entonces, disgustado por el contacto con sus semejantes, horrorizado por estos, no expulsado de Francia, Alemania, Inglaterra o los Estados Unidos, pero sí disgustado de su pretendida civilización, con prisa por quitarse de encima el peso de una autoridad, la que fuese, había buscado un rincón de tierra en donde un hombre pudiese todavía vivir en completa independencia. Creyó haberlo encontrado en medio de ese archipiélago, en los confines del mundo habitado y del que ninguna potencia se enseñoreaba. Algo que no hubiese encontrado ni en Europa, ni en Asia, ni en África, ni en las islas del dominio oceánico, iba a ofrecérselo la Magallania, con sus tribus dispersas, sin vínculos entre ellas, en el extremo de la América meridional.

Entonces reunió todo cuanto poseía, una modesta fortuna, abandonó secretamente Irlanda, su última residencia, tomó discretamente un pasaje en un barco con destino a las Falkland y, aguardando la ocasión de acceder a una de las islas magallánicas, desembarcó en el lado sur de Tierra del Fuego para llevar la vida que se sabe en medio de los indios yámanas, una vida errante que le llevaba de campamento en campamento, cazando, pescando y,

sobre todo, en su infatigable caridad, sembrando el bien entre esos pobres indígenas.

Se conocen igualmente las condiciones que le habían llevado a establecerse en la isla Nueva, donde desde hacía seis años vivía con el piloto Karroly y su hijo Halg, Todo su deseo consistía —y también su esperanza— en que nada turbase la existencia de ese refugio solitario y tranquilo, en el umbral del cual hubiera podido escribir el lema: *Solicitae jucunda oblivia vitae*[2].

¡Y he aquí que ahora acababa de firmarse el tratado entre Chile y Argentina!

¡He aquí que la partición de la Patagonia y la Magallania le hacía perder la independencia de la que hasta ahora había gozado en estas regiones! ¡He aquí que, según ese tratado, toda la porción de los territorios magallánicos situados al sur del canal de Beagle pasaban a estar bajo jurisdicción chilena! ¡Nada en ese archipiélago iba a escapar a la autoridad del gobernador de Punta Arenas, ni siquiera esta isla Nueva en que Kaw-Djer había encontrado tan cálido asilo!

Retirado en su habitación, sentado a su pequeña mesa, la cabeza apoyada sobre la mano, Kaw-Djer aún no se había repuesto del golpe que acababa de recibir, al igual que un árbol vigoroso se conmueve hasta sus raíces cuando es alcanzado por el rayo.

Finalmente se levantó, dio algunos pasos hacia la ventana, la abrió, vio a Karroly y a su hijo inmóviles al pie del cerro. Ambos se volvieron hacia él, esperando que los llamara, pero no lo hizo.

No, su pensamiento le llevaba hacia el porvenir, un porvenir que no le ofrecía ninguna seguridad. Vendrían agentes a la isla. Era bien sabido que había establecido allí su residencia, Varias veces, él lo sabía bien, se había experimentado inquietud por la presencia de ese extranjero en la Magallania, por su situación en el archipiélago, sus relaciones con los indígenas, la influencia que ejercía en ellos… El gobierno chileno desearía interrogarle, saber quién era, investigaría su vida, le obligaría a romper ese incógnito al cual se aferraba por encima de cualquier cosa.

Transcurrieron varios días. Kaw-Djer no había vuelto a hablar

del cambio aportado por el tratado de partición; pero estaba más sombrío que nunca. ¿Qué debía meditar? ¿Pensaría en abandonar la isla Nueva, separarse de su fiel indio y de ese niño por el que experimentaba tan hondo afecto? Y si era así, ¿adónde iría? ¿En qué otro rincón del mundo encontraría esa independencia sin la que parecía no saber vivir? Y aunque se refugiara en las últimas rocas magallánicas, como el islote del cabo de Hornos, ¿escaparía de las autoridades chilenas? ¿Le sería preciso ir más allá todavía, a las inhabitadas regiones antárticas?

Era, por entonces, principios de febrero. La estación suave aún duraría dos meses,
Kaw-Djer
tendría tiempo para visitar los campamentos fueguinos antes de que el invierno volviese impracticable el canal de Beagle y los otros del archipiélago. Mientras, no se apresuraba a subir a la chalupa. La
Wel-Kiej
, desaparejada, permanecía anclada en la caleta. No había ningún navío a vista de la isla y Karroly no tenía que desempeñar ningún pilotaje. No fue sin aprensión, sin embargo, que el indio se alejó. Imaginaba lo que pasaba por los adentros de
Kaw-Djer,
el combate en que se debatía. Karroly no quiso dejarlo solo, presa de tan terrible descorazonamiento. Temió no encontrarlo a su regreso.

Finalmente, el 7 de febrero por la tarde,
Kaw-Djer
subió a la cima del cerro y de ahí sus miradas se dirigieron al oeste. Permaneció inmóvil, tratando quizá de divisar algún navío chileno, el aviso de Punta Arenas tal vez, que llegase por el canal rumbo a la isla Nueva. Pero nada vio que justificara tu temor, aunque, cuando volvió a la playa, le dijo a Karroly:

—Ten preparada la chalupa para mañana a primera hora.

—¿Será un viaje de varios días? —preguntó el indio.

—Sí —contestó Kaw-Djer.

Karroly llamó a su hijo y enseguida se pusieron a la tarea. Solo disponían del final de la jornada para armar la
Wel-Kiej
, disponer la vela y los aparejos y embarcar el material y las

provisiones necesarias para una travesía que sin duda duraría una semana. ¿Se había, pues, decidido
Kaw-Djer
a volver a visitar las tribus fueguinas antes del invierno? ¿Iría a poner los pies en esa Tierra del Fuego que era ahora argentina? ¿Querría ver una última vez a sus pecherais antes de abandonarlos para siempre? Karroly no se atrevió a preguntárselo.

—¿Ha de acompañarnos Halg? —se limitó a preguntar.

—Sí.

—¿Y el perro?

—*Zol* también.

Esa fue la única respuesta de
Kaw-Djer.

Hacia el anochecer, todos los preparativos estaban terminados. Como de costumbre, habían sido embarcadas algunas provisiones en la chalupa junto a los utensilios de caza y pesca.

Al día siguiente, al alba, la
Wel-Kiej
se echó a la mar. El viento soplaba fuerte del este. Una resaca bastante considerable batía las rocas al pie del cerro. En dirección norte, en alta mar, se elevaban grandes olas. Si la intención de
Kaw-Djer
hubiese sido la de alcanzar Tierra del Fuego por el lado del estrecho de Le Maire, la chalupa lo hubiera tenido difícil pues la brisa aumentaba a medida que el sol se elevaba en el horizonte. Pero no fue así porque, a sus órdenes y tras haber rodeado la punta extrema de la isla Nueva, la chalupa tomó la dirección de la isla Navarino, cuya doble cima se difuminaba vagamente entre las brumas matinales del oeste.

Fue en la punta meridional de esa isla, una de las medianas del archipiélago magallánico, donde la
Wel-Kiej
vino a atracar ese mismo día antes de la puesta del sol, en el fondo de una pequeña ensenada de orilla muy escarpada, un lugar en donde la tranquilidad nocturna estaba asegurada.

Durante una hora, Karroly y su hijo pescaron con sus cañas algunas buenas piezas y recogieron numerosos moluscos de las rocas, A esta pesca hubiesen podido añadir la de focas y algunos

anfibios que retozaban en la arena. Pero ¿qué hubiesen hecho con los despojos si la chalupa tardaba en regresar a la isla Nueva? Ignoraban las intenciones de Kaw-Djer. Este, siempre inmerso en sus reflexiones, guardaba un mutismo absoluto, como si se hallase presa de la obsesión por una idea fija. Inmóvil al pie del mástil delantero, no se decidía a desembarcar, ni siquiera a tenderse en la quilla, sino que se quedó en el mismo sitio hasta la mañana.

La siguiente jornada transcurrió por entero en esa parte de la isla. Mientras Karroly y Halg se ocupaban de diversas tareas, entre ellas la limpieza de la chalupa y renovar luego las provisiones de pescado y moluscos, Kaw-Djer bajó al arenal. Pero no tenía ninguna intención de cazar, puesto que no se llevó a *Zol* y dejó su fusil a bordo, aunque la caza marina pululaba por el litoral. Lo que sin duda quería era volver a ver, quizá por última vez, algunos lugares de esta isla Navarino que había visitado varias veces, así como a su vecina, la isla Hoste. En esta época se hallaba desierta, o mejor dicho, como los indios no tenían viviendas fijas, no se veía ningún campamento y no parecía que los cazadores de focas la hubiesen frecuentado desde hacía tiempo.

Fue, pues, a través de la soledad de sus praderas y bajo la silenciosa profundidad de sus bosques que Kaw-Djer deambuló durante gran parte del día. Cuando llegaba a la cima de una colina que sobresalía entre los árboles, se detenía y su mirada se dirigía a la extensión del mar, Desde ahí, mirando hacia el sur, veía confusamente otras islas, hacia el sudeste la de Lennox y los islotes que la rodean y la vasta bahía de Nassau, que corta al sesgo en profundidad la isla Hoste. Y podía ser, se decía a sí mismo, que más allá los pasos se alargasen, el archipiélago se dividiese más y más, que las olas solo batiesen sobre arrecifes y que la tierra le faltase después del cabo de Hornos, a él hombre errante y fugitivo.

Llegada la noche, de vuelta a bordo, Kaw-Djer participó en la cena. Todavía absorto, respondía apenas a las pocas

preguntas que le hacían el indio y su hijo, esos seres que le eran tan próximos y por los que experimentaba un afecto tan profundo. De vez en cuando les miraba y parecía iba a explicarles el por qué de abandonar la isla Nueva y venir a estos parajes en donde se mezclan las aguas del Atlántico y el Pacífico.

Al día siguiente, tras una noche que nada había turbado, la chalupa siguió su navegación y, cortando oblicuamente la bahía de Nassau, se dirigió a la isla Wollaston, que limita por el sur con dicha bahía. La mar estaba muy agitada. Si bien la bahía está protegida por el oeste por los altos acantilados de la isla Hoste y por los islotes Evout que emergen al sudeste, en cambio está espantosamente batida por las olas procedentes de mar abierto en toda la parte comprendida entre esos islotes y los de Lennox. Kaw-Djer debió, pues, de tomar el timón mientras Karroly y Halg estaban pendientes del trinquete y la vela mayor, ya que se tuvo que maniobrar contra una brisa bastante fuerte que necesitaba tomar rizos [3] .

Por la noche, la *Wel-Kiej* amarró en la punta septentrional que la isla Wollaston proyecta sobre la bahía de Nassau.

Esta isla, muy recortada en sus bordes, formada por grandes llanuras en el interior, no presenta el acusado relieve de Hoste y Navarino. Por otra parte, es dos o tres veces menos extensa y los ríos que la riegan transcurren plácidamente por su superficie. Pese a todo, sus praderas rodeadas de esencias antárticas, su herbaje copioso, la rinden propicia para la cría de animales y ciertamente que el gobierno chileno sabrá servirse de ella como el gobierno británico ha hecho con las Falkland, fundando ahí establecimientos agrícolas. Gracias al abrigo proporcionado por el anverso del promontorio contra la violenta resaca que la batía por el este, la chalupa no se vio demasiado sacudida. Esa noche, Kaw-Djer quiso pasarla en el fondo de una anfractuosidad donde se amontonaba una capa de algas secas. Es posible que encontrase allí el sueño que quizá no hubiese podido alcanzar en la tilla de la *Wel-Kiej*. En cualquier caso, Karroly, quizá sintiendo la inminencia de un desenlace fatal, no durmió lo más mínimo. En diversas ocasiones, cuando el chapoteo del mar disimulaba el ruido de sus pasos, bajó a

la arena para asegurarse de que Kaw-Djer seguía tendido en la gruta.

Sin embargo, hacia las tres de la madrugada, el indio advirtió que Kaw-Djer se hallaba sobre el arenal y se acercó a él.

—Déjame, amigo mío —le dijo Kaw-Djer con voz dulce y triste—. Déjame y vete a dormir hasta el amanecer.

Karroly tuvo que volver a bordo, mientras Kaw-Djer subió a la cima, dirigiéndose hacia el interior de la isla. Luego, reapareció hacia las once para la comida y hacia las cinco para la cena.

Pero el tiempo empeoraba. La brisa aumentaba por el noroeste. Espesas nubes se acumularon en el horizonte. Había amenaza de tempestad. Ahora bien, como la chalupa continuaba navegando hacia el sur, importaba elegir los pasos por donde la mar estuviese menos agitada; así lo hizo abandonando la isla Wollaston. Karroly dirigió la embarcación por el paso que hay entre esta y la isla Bayly, hacia el oeste, contornando la parte occidental hasta llegar al estrecho que separa la isla Hermite de la isla Herschel. Todo este conjunto constituye, hablando propiamente, el archipiélago del cabo de Hornos, del que Wollaston es la principal isla en medio de las de Grevy, Bayly, Freycinet, Hermite, Herschel, Deceit, los islotes Wood, Waterman, Hope, Henderson, Ildefonso, Barnevelt, la más alejada de las cuales tiene a su espalda de granito el formidable cabo de Hornos.

Examinando el mapa de esta región tan atormentada, troceada como si se hubiese roto en mil pedazos en una caída, cómo no experimentar el mismo sentimiento que Dumont d’Urville cuando dice: «Cuando se contemplan estos maravillosos accidentes del suelo, la imaginación vuela involuntariamente a una de las revoluciones del planeta cuyos potentes esfuerzos debieron trocear la punta meridional de América y darle la forma de este archipiélago que ha recibido el nombre de Tierra del Fuego. Pero

¿cuál fue el agente de que se sirvió la naturaleza para obtener este resultado?, ¿el fuego, el agua, o un simple desplazamiento de los polos?».

La cuestión sigue estando en el punto en que la dejó el ilustre navegante francés, y ni los geógrafos ni los geólogos han podido todavía responder a ella. Pero no era en obtener la solución del problema en lo que pensaba Kaw-Djer mientras descendía hasta los últimos islotes del archipiélago convertido ahora en una dependencia de la República Chilena. ¡No! Era más que evidente que quería huir de estos paisajes, que se negaba a hollar por más tiempo una tierra que ya no era libre. Pero cuando hubiera alcanzado los extremos límites de esta tierra, cuando llegase al cabo de Hornos, cuando no tuviese delante más que el inmenso océano, ¿qué iba a hacer?

A esa extremidad del archipiélago, la chalupa vino a arribar en la tarde del 15 de febrero, no sin haber corrido los más graves peligros en medio de una mar agitada por las violencias del huracán.

Había sido precisa toda la habilidad de Karroly, toda su inteligencia a la hora de elegir los pasos más abrigados, para no haber zozobrado veinte veces o no haberse estrellado contra los arrecifes, Y es que apenas Kaw-Djer se había dado cuenta de los peligros que corría la *Wel-Kiej* y, quién sabe si, en medio de los embates de esa tormenta, no había anhelado ser engullido en el torbellino del choque de los dos océanos al pie del cabo de Hornos.

La chalupa había encontrado refugio en el fondo de una estrecha ensenada en la punta meridional de la isla. Karroly y su hijo procuraron amarrarla sólidamente tras haber anclado el garfio en tierra. Después las velas fueron arriadas. Sin duda el amarre sería breve.

Es cierto que cuando Kaw-Djer desembarcó nada dijo de sus intenciones y alejó al perro que quería seguirle. Dejando, pues, a Karroly y Halg en el arenal, se dirigió al

cabo.

Esta isla Hornos apenas está formada más que por rocas enormes, una aglomeración caótica, en donde las maderas flotantes y las laminarias gigantescas traídas por las corrientes inundan la base. Más allá, puntas de arrecifes por centenares emergen en medio del centelleo de la resaca.

El cabo solo supera el nivel del mar en cerca de seiscientos metros. Es una enorme roca de cima redonda a la que se accede fácilmente por su reverso septentrional en vertientes muy alargadas, como las que, mediante amplias sinuosidades, presenta el peñón de Gibraltar. Aunque aquí es un Gibraltar por la parte con el flanco vertical encarado al mar.

Kaw-Djer, tras haber caminado sobre la arena unos ochocientos pasos, ascendió por uno de los senderos hasta acceder a la parte más elevada del cabo. A veces, durante la dura ascensión, pues la pendiente era muy áspera, se debía ayudar agarrándose a los matorrales que crecían en los intersticios terrosos de la roca. A veces se producían algunos derrumbes y las piedras rodaban rebotando por la pendiente.

¿Qué iba a hacer allá arriba
Kaw-Djer?
¿Quería contemplar los límites extremos del horizonte en dirección sur? Pero ¿qué iba a ver allí que no fuera la inmensa extensión marina que se prolongaba, a más de once grados, hasta más allá del círculo antártico?

A medida que ascendía,
Kaw-Djer
se veía más violentamente asaltado por la borrasca. El aire cargado de moléculas húmedas, le rodeaba y le penetraba como si procediera de un potente ventilador. Si su atuendo no hubiera estado ceñido por la cintura se hubiera hecho jirones. Pero nada le detenía y seguía subiendo.

Desde abajo, Karroly y su hijo observaban su silueta, que poco a poco iba empequeñeciéndose. Veían la lucha que mantenía contra las ráfagas, preguntándose si no debían acudir en su ayuda, acompañarle hasta esa cima que quizá ningún pie humano había hollado hasta el momento. Pero
Kaw-Djer

no les había pedido que subiesen, por lo que se quedaron en la orilla.

La penosa ascensión exigió unas dos horas y media. Eran casi las siete cuando Kaw-Djer llegó a la cima. Una vez arriba, avanzó hasta la arista más delantera y allí, en medio de la tormenta, se quedó inmóvil mirando hacia el sur.

Ya comenzaba a anochecer por el este, pero el horizonte opuesto todavía manifestaba la claridad de los últimos rayos de sol que afloraban a través de la línea del cielo con el agua. Grandes nubes despeinadas por el viento, hilachos de vapor que arrastraban las olas, pasaban con velocidad de huracán.

Ante los ojos no había nada más que la inmensa extensión del mar, de la que no emergía ningún arrecife, puesto que desde lo alto del cabo no podían percibirse los islotes Diego Ramírez, a tantas leguas se hallaban.

Pero, en fin, ¿qué había venido a hacer ahí ese hombre con el alma tan hondamente turbada? ¿Llevaría tiempo asediándole la idea de terminar con su vida? ¿Pensaría marchar sin rumbo mientras hubiese tierra bajo sus pies, esta tierra que ya no amaba, con la voluntad de buscar la muerte entre las olas que golpeaban su punta más extrema? Solo necesitaba lanzarse desde lo alto del cabo. Su cuerpo no chocaría contra ninguna roca submarina, dada la profundidad del mar en esa zona, y se vería presa del choque de los dos océanos.

Sí, esto era lo que había decidido ahora que le habían desposeído de su último refugio en tierra magallánica.

—¡Ni Dios ni amo! —exclamó en ese momento supremo.

Se disponía a precipitarse al vacío cuando un relámpago lejano, acompañado de una detonación, atravesó el espacio. Era el cañonazo que disparaba un navío en peligro en las aguas que rodeaban el cabo de Hornos.

8. EL NAUFRAGIO

Eran las siete y media de la tarde. En la superficie de ese mar aplastado bajo el peso de las nubes, la noche se disponía a caer pesadamente, casi sin crepúsculo, como si el sol se hubiera apagado de pronto. En ese momento no se le veía ya por donde declinaba, y uno podía preguntarse cómo las láminas de luz, al expandirse, podían producir esos destellos en la cima.

El viento que soplaba del sudeste, al no encontrar ningún obstáculo en esa inmensidad descubierta, barría la costa con una prodigiosa violencia. Todo barco que esa noche hubiese intentado doblar esa punta extrema de América se habría ciertamente arriesgado a perder vidas y bienes.

La detonación había avisado del peligro que corría el navío a la deriva. Seguramente no era imposible que pudiese pasar por entre el cabo de Hornos y los islotes Diego Ramírez, puesto que solo un brazo de mar los separa. Solo se precisaba un velamen suficiente como para resistir al viento. Ahora bien, en medio de esas ráfagas crecientes, de estas cegadoras turbonadas durante las que las nubes parecían caer en avalancha, ¿podría el navío conservar bastante velamen como para capear el temporal?, ¿cómo iba a resistir tales andanadas atmosféricas? Y, por tratarse de un velero, ¿no habría perdido ya su arboladura?

Un segundo cañonazo resonó. Pareció como si el violento relámpago surgido de la boca del cañón le golpease el ojo como un proyectil.

Kaw-Djer ya no se hallaba, en ese instante, solo en la cima del islote. Al oír las detonaciones, el indio y su hijo, tras dejar la chalupa bien amarrada, habían subido a la cima lo más rápido posible, agarrándose a matorrales y rocas del camino. Con tanto

vigor como destreza, llegaron a la llanura en donde se hallaba Kaw-Djer.

No caía lluvia y, si a esa altura un polvo líquido impregnaba el aire, era porque las salpicaduras de la resaca llegaban hasta allí.

A intervalos, el navío se mostraba a través de la gasa de vapores, ya que la borrasca lo arrastraba hacia la costa. Era un gran barco de cuatro mástiles, cuyo casco negro, oscilando pesadamente, se recortaba entre la blancura de las olas. El navío venía del oeste y luchaba contra el viento contrario.

—No logrará doblar el cabo… —dijo Karroly.

—No —respondió Kaw-Djer—, la mar está muy movida y la corriente le arrastra por debajo.

—¿Sabrá que está cerca de la costa? ¿La verá a esa distancia? —continuó el indio.

No podrá verla con esta oscuridad —afirmó Kaw-Djer —, de haberla visto, sabiendo que el viento le arrastra hacia ahí, viraría hacia alta mar.

—¿Le sería posible hacerlo? —preguntó Karroly—. ¡Ha perdido las velas y no parece tener más que las gavias, y completamente dobladas! ¡Si no se aprovecha de algún salto de viento, se estrellará contra las rocas del cabo!

¿Pero cómo iba el navío a servirse de los saltos de viento si este apenas variaba, empujaba siempre hacia el sur? Seguramente nadie, ni oficiales ni tripulación sabían que la tierra estaba tan próxima y que la tempestad les empujaba hacia ella. Hubiese sido preciso huir hacia el sudoeste.

En ese momento, en medio de una de esas intermitencias silenciosas que separan las ráfagas, se oyeron varios crujidos, y, si el navío hubiera estado más cerca, se hubiese creído que se estrellaba contra las rocas.

—Está perdido —exclamó Karroly.

En efecto, los dos mástiles de mesana acababan de romperse por su implante en cubierta, arrastrando los aparejos en su caída. Ante la imposibilidad de la tripulación de instalar tormentines, el barco se quedaba sin vela posterior, no podría capear el temporal, ni separarse de la costa. Como el viento soplaba fuerte del sur, el naufragio estaba asegurado a menos que el barco pudiese meterse

en uno de los pasos a derecha o a izquierda del cabo.

Otros dos cañonazos resonaron en medio del fragor de la tormenta, con el navío hallándose ahora a tan solo una milla y media de tierra. ¿Qué socorro esperaría en medio de estos parajes? Sin duda no ignoraba que se hallaba en las aguas del cabo de Hornos. Era necesario que lo supiese en medio de las tinieblas de la noche. Ese cabo que el barco no veía ¡había que hacérselo ver!, había que indicarle la posición real a fin de que pudiese evitar los escollos y quizá hallar refugio en los canales de la Magallania, sea del lado de la isla Herschel, sea del lado de la isla Hermite, donde el mar era menos hostil.

—¡Encendamos una hoguera! —gritó Kaw-Djer.

—¡Ven! —le dijo el indio a su hijo.

Y los dos fueron enseguida a recoger, en los flancos del cabo, cuantas ramas secas encontraron arrancadas de los arbustos o todas las hierbas largas amontonadas en los resquicios por los vientos y también las algas que colgaban de las rocas. Luego, a toda prisa, acumularon el combustible en la cima de la enorme loma y prepararon la hoguera.

Mientras, nuevos cañonazos resonaron, triplicados por el eco de la isla. El fogonazo hizo que Kaw-Djer advirtiera que el navío se había acercado a una milla de la punta.

Eran las ocho de la tarde. El mar desaparecía en una oscuridad profunda, barrido por las ráfagas de viento.

Kaw-Djer encendió su mechero. La yesca prendió enseguida. Las ramas se inflamaron de pronto, el fuego, avivado por el viento, no tardó en extenderse a toda la yesca amontonada, que ardió como sometida a un potente ventilador. En menos de un minuto una columna de fuego se elevó sobre la cima del cabo proyectando una intensa luminosidad a la vez que una humareda se elevaba en espeso torbellino. A los rugidos de la tempestad se unía ahora el crepitar de la madera cuyos nudos estallaban como cartuchos tocados por una llama. Y una vez más, en medio de las tinieblas desgarradas por esa deflagración, los parajes magallánicos justificaron de nuevo su nombre de Tierra del Fuego.

El cabo de Hornos es de lo más indicado para poseer un faro que

ilumine sus peligrosos alrededores en el límite de los dos océanos. Con toda seguridad que un día gozará de ese faro. La seguridad de la navegación lo exige. En este momento la isla de los Estados, por ejemplo, proyecta su luz nocturna en la punta de Vancouver; pero está muy alejado y no sirve más que para los navíos que vienen del este a través del Atlántico.

Sin duda alguna que la hoguera encendida por Kaw-Djer debió ser vista. A bordo del navío en peligro no podían ignorar que la tierra debía estar a poco más de una milla y que la tempestad empujaba el barco hacia allí. El capitán debía saber que se encontraba en las proximidades del cabo de Hornos, si es que había determinado su posición durante el día. Sin duda habría tratado de doblarlo, pero rechazado por el viento, arrastrado por las corrientes, el navío no había podido maniobrar hacia mar abierto. Y ahora, semidesamparado, no le quedaba otra salvación que lanzarse a través de los pasos de cada lado de la isla Hornos.

¡Pero qué espantosos peligros comportaba maniobrar así en medio de una oscuridad tan profunda! ¡Kaw-Djer y Karroly solo veían el navío cuando este soltaba un cañonazo! Si los acantilados no obturan el paso, en cambio los arrecifes abundan una vez pasada la punta. Solo alguien que conociese a fondo esos parajes podría maniobrar por ellos, encontrar un abrigo tras la isla. Pero aún así, ¿hubiera sido capaz, con esa oscuridad profunda que no se disiparía hasta el amanecer?

Entretanto, la hoguera, que expandía su luminosidad a través de la noche, no cesaba de ser alimentada por Karroly y Halg. No iba a faltar el combustible hasta el amanecer, si era preciso.

Kaw-Djer, delante de la hoguera, con las llamas retorciéndose a su espalda, trataba de determinar la posición del barco. Se preguntaba ansiosamente qué podía hacer para prestarle socorro, para evitar que chocase con los escollos, para guiarlo a través de los pasos. Ahora ya no pensaba en acabar con su vida, sino en salvar a esos desgraciados amenazados de muerte. A la luz del fuego, cuando se volvió hacia el indio y su hijo, los vio prestos a obedecerle.

—¡A bordo! —gritó, finalmente.

Y así, bajando los tres, no sin riesgo, por la pendiente alcanzaron

la arena en unos minutos y, con el perro siguiéndoles, embarcaron en la chalupa. Tras soltar el áncora, salieron de la ensenada. Halg llevaba el timón y Kaw-Djer y Karroly iban a los remos, pues no era posible elevar ni un pedazo de vela ya que el viento hubiese llevado la *Wel-Kiej* hacia el norte. Fue preciso salir de los arrecifes que cubrían lateralmente la base del cabo y contra los que las olas golpeaban con increíble furia. Todo el tiempo se oían los gritos agudos de los pájaros salpicados por las olas.

Gracias a que los remos los movían brazos poderosos, la chalupa pudo sobrepasar, con gran dificultad, las numerosas rocas. Alrededor, el mar se agitaba de modo terrible. Las olas se estrellaban con estrépito furioso, como si golpeasen el fondo, aunque la sonda detectaba que este se hallaba a varias decenas de metros. La *Wel-Kiej*, sacudida hasta casi ser desmembrada, brincaba, oscilaba fuertemente de un lado a otro, se «arbolaba» a veces, como dicen los marinos, elevando todo su casco fuera del agua para luego volver a caer pesadamente. Densos paquetes de agua se embarquillaban, se estrellaban sobre la tilla como una ducha y luego rodaban hasta el extremo. Abrumada por estas cargas de agua, la chalupa amenazaba con naufragar. De vez en cuando era necesario que Halg abandonase el timón y fuese, achicador en mano, a vaciar el agua que, finalmente, invadió el casco. El valeroso muchacho se entregaba eficazmente a la tarea, rectificando el timón de cuando en cuando. Estaba bregado en el duro oficio del pilotaje por los pasos magallánicos.

En ese instante, la chalupa avanzaba bastante recta hacia el barco, ya se distinguían las luces de posición y, arrastrado por las ráfagas de viento, se acercaba poco a poco a la barca. En pocos minutos, Kaw-Djer y sus compañeros se hallarían frente al navío.

Se veía ya la masa oscilante, como una boya gigantesca aún más negra que el mar, más negra que el cielo. Los dos mástiles

posteriores, retenidos por sus brandales, flotaban arrastrados por el casco, mientras que el mástil de trinquete y el mástil mayor describían un arco de un cuarto de círculo, desgarrando la neblina. El peligro principal era que los mástiles fuesen derribados por el oleaje y cayesen sobre el casco precipitando quizá su hundimiento.

—Pero ¿qué estará haciendo el capitán —exclamó Karroly—, y por qué no suelta todo ese arrastre que le impedirá atravesar los pasos?

Kaw-Djer no respondió. Lo que le vino al pensamiento fue que los oficiales y la tripulación del navío habían perdido la razón y que incluso pudiera ser que no hubiese capitán a bordo.

En efecto, hubiera sido de la máxima urgencia cortar los amarres que retenían los mástiles que arrastraban, pero sin duda el barco estaba sumido en el caos y a nadie se le ocurría. Nadie debía dirigir el navío, nadie parecía decidir las maniobras. No se veía ni un alma corriendo por el puente ni ascendiendo por los flechastes.

Y sin embargo, la tripulación no podía ignorar que el barco se dirigía a tierra, que solo un par de millas les separaban de la costa y que no iba a tardar en embarrancar. El fuego encendido en la cima del cabo de Hornos elevaba todavía sus llamas, que se extendían desmesuradamente cuando las ráfagas de viento barrían la hoguera.

—¿Es que no hay nadie a bordo? —dijo el indio, como respondiendo a la pregunta que se hacía Kaw-Djer.

Sí, podía ser que el navío hubiese sido abandonado por sus pasajeros, sus oficiales, su tripulación; pudiera ser que esos desgraciados, tras haberse arrojado a las barcas, ya hubiesen perecido en los remolinos formados en el encuentro de los dos océanos, con su flujo y reflujo tan peligroso y que hacen a veces impracticables los alrededores del cabo de Hornos. Durante las breves pausas de calma, ¡ni un grito, ni una llamada desesperada podía oírse! Y quién sabe si ese navío, convertido en un enorme ataúd, no albergaba sino cadáveres o moribundos cuyos cuerpos iban a ser pronto despedazados entre los arrecifes.

La *Wel-Kiej* llegó finalmente al costado del navío en el mismo instante en que hacía una guiñada sobre estribor que casi provocaba el naufragio. Pero un vuelco de timón de Karroly le permitió deslizarse a lo largo del casco del que pendían cabos de calabrotes y

guindalezas. El indio pudo, con habilidad, alcanzar uno y, con un rápido gesto de la mano, logró amarrarlo en la delantera de la chalupa.

Después, su hijo y él, así como enseguida Kaw-Djer, subiendo por esa guindaleza, franquearon los empalletados y accedieron al puente.

¡No!, el navío no estaba en absoluto abandonado, Una exacerbada multitud de pasajeros, hombres, mujeres, niños, lo abarrotaban. La mayor parte se hallaban extendidos sobre las camaretas a lo largo de las crujías: ¡varios cientos de desgraciados en el paroxismo del miedo y que no hubieran podido mantenerse en pie en tan insostenible balanceo!

Por otro lado, en medio de esa oscuridad nadie había notado la presencia de los dos hombres y del muchacho que acababan de subir al casco y franquear la empavesada a través del palo trinquete.

Karroly se precipitó a la parte posterior, esperando encontrar al timonel en su puesto; pero el timón estaba abandonado. El navío, desprovisto de velamen, iba a donde le llevaban las olas y el viento. Pero ¿dónde estaban el capitán y los oficiales? ¿Acaso, desatendiendo su deber, habían abandonado cobardemente el barco?

Kaw-Djer agarró a un marinero por el brazo y le preguntó en inglés:

—¿Y el comandante?

El hombre pareció no advertir que quien le interpelaba era un extranjero, aunque el rostro de Kaw-Djer aparecía en ese instante iluminado por el fuego del cabo de Hornos. El hombre se limitó a encoger los hombros.

—¿Y el comandante? —insistió Kaw-Djer.

—Ha sido arrastrado, junto a otros diez, al caer la arboladura.

¡Así que el navío no tenía capitán y le faltaba parte de la tripulación!

—¿Y el segundo de a bordo? —reclamó Kaw-Djer.

El marino alzó de nuevo los hombros con indiferencia evidente, sin duda por resignación, a todo lo que sucedía.

—¿El segundo? —respondió—. Con las dos piernas rotas, caído sobre el entrepuente.

—Y el teniente, los que dirigen esto, ¿dónde están?

Mediante un gesto el marino dio a entender que no sabía nada.

—En fin, ¿quién manda a bordo? —exclamó Kaw-Djer.

—¡Usted! —respondió Karroly, que se había puesto a su lado.

—¡Al timón, pues! —ordenó Kaw-Djer—. ¡Entremos en el paso!

Karroly y él corrieron a toda prisa hacia la parte posterior y, las manos en el timón, trataron de dirigir el navío hacia el oeste del cabo de Hornos.

¿Qué barco era este? ¿Adónde se dirigía? Todo esto se sabría más tarde. En cuanto a su nombre y su puerto de amarre, aparecían consignados en el timón. Un fanal que acercó Halg permitió leerlos: *Jonathan*-san Francisco.

Las violentas sacudidas hacían que maniobrar resultase muy difícil. Por desgracia, tratar de maniobrar resultaba escasamente eficaz pues el navío no tenía velocidad propia y derivaba según el oleaje. Aun así, Kaw-Djer y Karroly trataron de mantenerlo en dirección al paso. El fuego de la cumbre todavía lanzaba algunos destellos, pero no tardaría en extinguirse.

Ahora bien, algunos minutos eran más tiempo del necesario para llegar a la entrada del canal que, a babor, se abre entre la isla Hermite y la isla Hornos. Si el barco conseguía esquivar los arrecifes que se elevaban en la parte media, también podía ser que lograra atracar en un fondeadero protegido del viento y el mar. Allí podría aguardar en seguridad hasta que se hiciese de día.

Ante todo, una precaución indispensable había sido tomada. Karroly, ayudado por algunos marineros, había ido a la parte trasera. Apenas advirtieron que era un indio quien les dirigía. Todos se pusieron deprisa a cortar los obenques de estribor que sujetan los mástiles que se arrastraban. Importaba evitar los choques violentos.

El casco, aunque era de hierro, hubiese podido resultar desfondado.

Una vez que hubieron cortado a hachazos los aparejos, Karroly vio cómo los mástiles iban a la deriva, por lo que ya no le preocuparon. En cuanto a la chalupa, la *Wel-Kiej* llevaba hacia atrás su boza para evitar una colisión. Después, Karroly volvió al timón.

El furor de las olas se acrecentaba con la vecindad de los arrecifes. Algunas enormes barrían los empalletados, nueva razón de espanto y azoramiento para los pasajeros. Sería mejor que todo el mundo se hubiese refugiado bajo las camaretas o en el entrepuente. Pero ¿cómo hacerse entender y comprender por esos desgraciados? Mejor no pensar, aunque alguna ola arrojase a algunos al suelo y los hiciese rodar de un sitio a otro.

En fin, no sin haber dado antes unos bandazos que exponían sus flancos a los asaltos del mar, el barco dobló el cabo, rozó los arrecifes que se erizaban al oeste y bordeó la isla Hornos, cuyas alturas, dominando sus accidentadas ensenadas, le protegieron en parte de las violencias de la borrasca. No se fue a pique por los pelos. Se izó un pedazo de vela en la parte delantera a modo de foque; Karroly, al timón, con algunos hombres a su alrededor, entre otros el jefe de la tripulación, se esforzaba en dirigir el rumbo. Le había dicho simplemente: «¡Piloto!», y aquel se había puesto a sus órdenes instintivamente.

El peligro no había desaparecido por completo: cuando el navío llegase a la punta septentrional de la isla, se vería de nuevo expuesto, por los flancos, a la brutalidad de las olas y del viento que barrían el brazo de mar entre la isla Hornos y la isla Herschel. Por otro lado, era imposible evitar ese paso, puesto que la costa del cabo no ofrecía ningún refugio; no había ninguna ensenada en la que el *Jonathan* pudiese echar el ancla. Además, el viento, que soplaba del sur cada vez con más fuerza, no iba tardar en hacer que resultara imposible el avance de un navío por esa parte del archipiélago.

Sin embargo, lo que Kaw-Djer aguardaba, lo que quizá podía hacer Karroly, gracias a su instinto y habilidad de piloto —siempre y cuando el timón conservase cierto

dominio—, era derivar hacia el oeste, resguardándose en los islotes Hall, alcanzando la parte meridional de la isla Hermite. Esa costa, bastante despejada, de unos veinte kilómetros de extensión, no está desprovista de refugios. En el reverso de una de sus puntas, en el interior de una ensenada al abrigo de las olas, el *Jonathan* podría estar seguro hasta que terminara la tempestad, ya durase esta veinticuatro o cuarenta y ocho horas. Más tarde, con el mar ya calmado y con el viento favorable, Karroly trataría de ascender hasta el canal de Beagle, entre las islas Hoste y Navarino, para después, aunque la nave estuviese muy dañada, conducirla hasta Punta Arenas por el estrecho de Magallanes.

Pero ¡cuántos peligros acecharían la navegación hasta la isla Hermite! ¿Cómo evitar los numerosos arrecifes de los que están sembrados esos pasos? Con el velamen reducido a una punta de foque que parecía que iba a ser arrebatada a cada instante, ¿cómo asegurar la marcha del navío en medio de esas tinieblas profundas?

Finalmente, tras una hora terrible, se dejaron atrás las últimas rocas de la isla Hornos y el mar se abatió sobre el navío. Lo hacía con tal ímpetu, ora en un flanco, ora en el otro, que el foque no podía soportarlo. El jefe de la tripulación, con ayuda de una docena de marineros, trató de izar una vela de capa en el trinquete. Era un foque de tela gruesa, bordeado con sólidas relingas, puesto a prueba en pasadas tempestades. Lo difícil iba a ser izar la vela hasta la punta del trinquete, donde los obenques aún resistían, y después amurarla y cazarla viento en popa.

Se precisó al menos media hora para conseguirlo. Tras mil dificultades, con la tela dando sacudidas que resonaban como disparos, la vela fue izada y tensada por medio de poleas, no sin que los hombres tuvieran que desplegar todo su vigor. Seguramente, para un navío de ese tonelaje, la acción de ese pedazo de tela sería apenas sensible; pero lo fue debido a la fuerza del viento, y las seis o siete millas que separaban la isla Hornos de la isla Hermite fueron recorridas en menos de una hora.

Kaw-Djer y Karroly esperaban que el *Jonathan* pudiese alcanzar el anverso de la punta que se proyecta hacia el sur, encontrando ahí el anhelado abrigo, cuando, un poco antes de las diez, un crujido espantoso se dejó oír en medio de los aullidos de la tormenta.

El mástil de trinquete acababa de romperse a unos tres metros

por encima del puente. Cayó arrastrando parte del mástil mayor, cuyos aparejos cedieron, y mástiles de gavia, mastelerillos y vergas desaparecieron aplastando los empalletados de babor.

El accidente debió producir varias víctimas entre los pasajeros y marineros, pues se oyeron gritos desgarradores. En el mismo instante, el *Jonathan* dio tal bandazo que amenazó con zozobrar tras haber acogido una enorme masa de agua.

Con todo, recobró el equilibrio, y el torrente de agua corrió de delante a atrás, entre las crujías, cayendo en cascada por los imbornales y a través de las fisuras de los enpalletados. Por fortuna, los aparejos se habían roto y los restos, llevados por el oleaje, ya no amenazaban el casco.

Ahora el *Jonathan* ya no obedecía al timón. Iba a la deriva totalmente.

—¡Estamos perdidos! —gritó uno de los marineros.

—¡Y no tenemos barcas! —gritó otro.

En efecto, el mar las había arrebatado hacía tiempo.

—¡Está la chalupa del piloto! —exclamó un tercero.

Todos se dispusieron a precipitarse a la parte posterior, en donde estaba atada la *Wel-Kiej*.

—¡No os mováis! —ordenó Kaw-Djer con una voz tan imperiosa que el jefe de tripulación y sus hombres obedecieron de inmediato.

No quedaba sino esperar el desenlace, es decir, la catástrofe final. Si el *Jonathan* no lograba fondear en la isla Hermite, quizá las corrientes marinas lo arrastrarían hacia el oeste e iría a estrellarse contra los islotes San Ildefonso. Por otro lado, desprovisto de su arboladura, ¿qué iba a ser de él en ese terrible mar Pacífico?

Una hora más tarde, Karroly entrevió a lo lejos una enorme masa. Era la isla Wollaston, cuyas alturas de difuminaban hacia el norte. Pero la marea se hacía sentir entonces en esos pasos donde remolineaban las olas que venían del este, y la isla Wollaston se alejó enseguida por estribor.

Sin lugar a dudas el *Jonathan* iba a pasar entre la isla Hermite y

la punta de la isla Hoste, cuando, poco antes de medianoche, un choque formidable sacudió toda la estructura. El navío se detuvo de pronto, inclinado hacia babor. El navío americano acababa de embarrancar en la costa de esa parte extrema de la isla Hoste que lleva el nombre de «falso cabo de Hornos».

9. El Jonathan

Quince días antes de esa noche del 15 al 16 de febrero, el clíper americano *Jonathan* había partido de San Francisco, California, con destino al África meridional. Un navío en buena singladura puede efectuar la travesía en cinco semanas si se ve favorecido por el viento y el mar.

El velero, de dos mil quinientas toneladas de capacidad, estaba provisto de cuatro mástiles, el palo de trinquete, el mástil mayor de velas cuadradas y otros dos de velas latinas, cangrejas y galopes. Procedía del astillero

Sherry & Forster:

Con estructura de primera, esbelto casco de hierro, buen calado, velamen perfecto, maquinaria apta para los diversos servicios de a bordo, ofrecía las máximas garantías de seguridad para un viaje rápido.

Lo dirigía el capitán Leccar, un excelente marino en lo mejor de la edad, y tenía a sus órdenes al segundo Musgrave, a los tenientes Furner y Maddison, al contramaestre Tom Land y a una tripulación de veintisiete hombres, todos americanos.

El *Jonathan* había atravesado dos veces el Pacífico, con carga para Australia y las Indias inglesas. Sus retornos de Calcuta y de Sidney se habían efectuado en condiciones favorables, si bien los mares del sur no le habían escatimado violencias. Desde el doble punto de vista marítimo y comercial, sus armadores M. M. Blount y Frary no habían podido sino felicitarse del resultado de esas dos campañas.

En vista de este último viaje que acababa de culminarse con una catástrofe, el *Jonathan* no había, esta vez, sido fletado para un transporte de mercancías: novecientos emigrantes habían sido

embarcados hacia una colonia de África meridional. Se trataba de la bahía Delagoa, una posesión portuguesa en Sudáfrica, donde la colonia iba a establecerse en una concesión hecha por el gobierno portugués.

La mayoría de esos emigrantes pertenecían a los estados del norte. Entre ellos, sin embargo, se encontraban algunas familias irlandesas y alemanas, esos europeos americanizados que abundan en Illinois y California. La Sociedad de Colonización ubicada en esa ciudad había hecho un llamamiento a los emigrantes de cualquier origen para poblar vastas concesiones de tierras en la bahía Delagoa, un país fértil, con la esperanza de contrapesar el influjo inglés en el cabo.

Esta población híbrida, compuesta de elementos diversos, tal vez fuese difícil de mantener unida si no se le imponía la disciplina a la que había estado ya sometida en el *Jonathan*. Además, el navío de cuatro mástiles había sido acondicionado para el transporte de los colonos. En el interior de las camaretas y en el entrepuente, hombres, mujeres, niños, hablan podido ser ubicados convenientemente. Por otro lado, la travesía no iba a ser larga. En esta época del año, tras haber vuelto a descender por la costa americana, el viaje del *Jonathan* sería en plena estación cálida y no debía encontrar ni en febrero ni en marzo, ni en el Pacífico ni en el Atlántico, las grandes perturbaciones del período invernal.

La carga del clíper, fuera de las provisiones necesarias para el viaje, comprendía todo lo necesario para asentar una colonia. La alimentación de esos nuevos cientos de emigrantes estaba asegurada durante algunos meses en cuanto a harinas, conservas y bebidas alcohólicas. El *Jonathan* llevaba también el material para la primera instalación: tiendas, viviendas desmontables, mobiliario sumario y utensilios necesarios para las necesidades de los hogares. La Sociedad se había preocupado de proveer a los colonos del material agrícola que iba a permitir que rindieran de inmediato las tierras concedidas: plantas de diversas naturalezas, granos para simiente, cereales y verduras, algunas especies animales, como bueyes, cerdos y ovejas y los elementos característicos del corral. Por otro lado, no faltaban las armas y municiones, a fin de rechazar los posibles ataques de los namacuas y bosquimanos, siempre en guerra con las otras tribus hotentotes. La suerte de la nueva colonia

estaba así garantizada durante un período suficiente de tiempo. Por otra parte, no era cuestión de dejarla abandonada a sí misma. El *Jonathan*, a su vuelta a San Francisco, tomaría una nueva carga que complementaría la primera y, de tener éxito la empresa, transportaría un segundo envío de colonos a la bahía Delagoa. No escasean esas pobres gentes para las que la existencia es demasiado dura, hasta imposible, incluso en su misma patria, y cuyos esfuerzos se concentran en crearse otra en tierra extranjera.

El principio del viaje no fue feliz. Nada más salir de la bahía de San Francisco, antes de haber alcanzado la latitud de San Diego (Baja California), el *Jonathan* debió luchar contra vientos contrarios que soplaban del sudoeste. El capitán Leccar, temiendo ser atraído hacia tierra, tomó la decisión de ganar alta mar. Debió sufrir, asimismo, unos días más tarde, unos vientos de extrema violencia, que debió capear a través del cabo Corrientes, a la altura de México.

Los emigrantes, que se hallaban bastante estrechamente instalados en ese clíper, se veían obligados a sufrir el mal tiempo, ya que no podían permanecer en el puente. Pero, en fin, el Jonathan no sufrió averías graves, y el capitán, tras derivar durante varios días hacia el oeste, pudo retomar su camino hacia las Galápagos, en el mismo ecuador.

La navegación continuó, contrariada a la vez por las calmas y las tempestades. La moral de los pasajeros se resintió: hubo quejas y amenazas. El capitán Leccar, bien secundado por su segundo, Musgrave, debió tomar medidas severas para sofocar las tentativas de rebelión. Entre esos emigrantes había gentes de desorden, aventureros prestos a los peores excesos, poco tranquilizadores para el porvenir de la futura colonia.

No era de extrañar que entre esa futura población tan mezclada se encontrasen algunos de estos revolucionarios de oficio, siempre en lucha con las leyes, enemigos de todo estado social, agentes de la desorganización, de los que ningún país con orden policial tolera la presencia. Entre ellos, como los más temibles, hay que citar a los hermanos John y Jack Merritt, irlandeses de origen, pertenecientes a la secta feniana, contra la que Inglaterra debió tomar las más rigurosas medidas. Expulsados del Reino Unido, que sin embargo se muestra imprudentemente tolerante con los agitadores de cualquier

nacionalidad, esos dos hermanos, de cuarenta y cuarenta y cinco años en ese momento, formaban ahora parte del grupo de emigrantes que el barco transportaba con destino al África meridional. ¿Cuál era su objetivo? ¿Qué pensaban hacer en bahía Delagoa? Puede que provocar disturbios de los que aprovecharse, quizá imponer sus ideas. Propagandistas consumados, eran muy diferentes a
Kaw-Djer,
cuya doctrina abominaba de la violencia.

Estos anarquistas no aguardaron siquiera a que el *Jonathan* llegase a destino. Entre los cientos de pasajeros, encontraron algunos dispuestos a secundarles, ese tipo de infelices a los que la miseria empuja a las peores acciones. Seguramente la mayoría de emigrantes se resistió a sus tentativas cuando quisieron rebelarse ante la disciplina de a bordo. El capitán Leccar, a este respecto, debió intervenir varias veces enérgicamente y reducir a la impotencia a esos provocadores.

Mientras, el *Jonathan* continuaba descendiendo por los mares del Pacífico, muy castigado por la frecuencia de las borrascas en alta mar. Por fortuna, los vientos alisios soplaron en los parajes comprendidos a cada lado del ecuador entre los paralelos 30 norte y sur. Sin duda, como consecuencia del movimiento diurno del sol, soplaban de este a oeste, pero se propagaban con constancia y regularidad sin llegar a ser excesivos, por lo que el clíper pudo seguir su camino al sur por la ruta más cercana a la costa. No fue preciso hacer grandes desvíos a alta mar. Fue siguiendo la costa americana, ora a diez millas, ora a treinta desde la latitud de Lima en el Perú hasta la de Valparaíso en Chile, con velocidad media, si bien se encontró casi siempre con un mar muy agitado. El 11 de febrero estaba tan solo a una distancia de diez grados, es decir, seiscientas millas marinas, del cabo Pilares, en la entrada occidental del estrecho de Magallanes.

El capitán Leccar tenía la intención de atravesar el estrecho para pasar del Pacífico al Atlántico. Nadie ignora que ese estrecho es una ruta más adecuada para los barcos a vapor que para los de vela. Estos suelen dudar antes de penetrarlo, puesto que se ven obligados a múltiples cambios de dirección siguiendo la orientación de los pasos, maniobras fáciles para los barcos de vapor. Pero cuando un

velero se presenta por el oeste, las circunstancias le favorecen. Ha dejado ya la región de los alisios que soplan del este, y, como ya ha sido mencionado, los vientos dominantes del estrecho magallánico se propagan de oeste a este, es decir, del cabo Pilares al cabo Vírgenes.

Un clíper como el *Jonathan* tenía, pues, todas las ventajas al tomar esa ruta en donde encontraría brisas constantes, lo que le permitiría evitar los parajes tan atormentados del cabo de Hornos.

Llegados al 52º de latitud, el capitán bordeó la costa oeste de la isla Adelaida desde el cabo San Miguel hasta el cabo Parker a fin de llegar al estrecho evitando los peligros del archipiélago *Sir* John Narborough. El cabo Pilares quedaba exactamente al este, en la punta de la Tierra de la Desolación.

Como se sabe, es entre estas dos tierras, o mejor dicho, entre esas dos vastas islas, Adelaida y Desolación, donde se abre por el lado oeste el paso entre los dos océanos, que forma una especie de ese mayúscula.

Pero ese día, por un nuevo golpe de mala suerte, sobrevino una tempestad de lo más violenta, con ráfagas y turbonadas a la vez que el viento saltaba del oeste al norte.

Fue preciso arriar a toda prisa las velas altas, bajar al máximo las gavias y maniobrar de modo que se abordase oblicuamente el oleaje a fin de evitar las poderosas embestidas del mar.

La noche del 13 al 14 de febrero, no se tuvo un instante de reposo. El capitán y los oficiales no pudieron abandonar sus puestos ni un instante. Durante la jornada del 13, el estado del cielo no había permitido efectuar observaciones, aunque se estimaba que el clíper se encontraba a la altura del estrecho. Sin embargo, como la entrada es extremadamente difícil con mal tiempo, es conveniente obrar con máxima prudencia si no se quiere ser arrastrado por la corriente. Y quién sabe si no hubiese sido mejor ir hacia el oeste, hacia alta mar, aguardando el fin de la tempestad y la vuelta de los vientos regulares.

Si alguna luz hubiese permitido ubicar con exactitud la situación del cabo Pilares, quizá el *Jonathan* hubiese podido penetrar en el estrecho, ya que entre ese cabo y el cabo Parker la obertura mide treinta kilómetros. Pero faltaba un faro en el cabo Pilares, del mismo modo que en el cabo de Hornos. Esta parte del litoral no está

iluminada y, repetimos, es preciso ir a la Tierra de los Estados para encontrar el primer faro del Atlántico.

Mientras, no era dudoso que el *Jonathan* hubiese llegado a la entrada del estrecho, aunque, sin la severa vigilancia a bordo, sin la atención de los vigías por delante y detrás, se hubiese estrellado contra las rocas del cabo Pilares. En medio de las tinieblas, se advirtió a tiempo su enorme masa caótica y se pudo virar oportunamente para no ser arrojados a la costa.

Cierto es que en esas condiciones, con ese furioso viento del norte y un mar de agitado oleaje, el viraje hubiese podido fracasar.

El estrave del clíper se hallaba a solo cien metros de los rompientes cuando la acción de la maniobra se materializo. Fue preciso girar a barlovento e izar rápidamente una vela de capa en la mesana.

La maniobra funcionó finalmente y el *Jonathan*, a salvo en esa peligrosa tesitura, retomó el rumbo hacia alta mar.

El capitán Leccar determinó la posición unas horas tras el alba. La tierra se hallaba a siete u ocho millas al este y el cabo Pilares había sido ya dejado considerablemente atrás. Pero la tempestad seguía en toda su fuerza, sin el menor síntoma de apaciguamiento. Con el velamen reducido, el *Jonathan* no podía avanzar contra ese viento del norte. Si luchaba contra el oleaje, contra esas olas gigantescas que barrían el puente, corría peligro de naufragar.

El capitán Leccar debió, pues, modificar sus proyectos. Con ese viento cuya violencia se acrecentaba, el clíper había sido arrastrado hacia el sur, más allá de la bahía Otway, con riesgo de estrellarse contra los islotes Week. Tras haber sobrepasado el cabo Tate de Tierra de la Desolación, le resultaba imposible remontar hasta el cabo Pilares. Se imponía, entonces, la necesidad de renunciar a atravesar el estrecho y descender hacia el sur, a fin de alcanzar el Atlántico por el cabo de Hornos.

Tras un debate a este respecto entre el capitán y sus oficiales, se dio la orden de dirigirse a alta mar con las gavias plegadas, navegando al largo. En efecto, no entra en la costumbre de estos veleros bordear esa sucesión de islas e islotes contra los que el mar rompe con violencia y que están defendidos por centenares de arrecifes. Más valía no aproximarse a esos parajes magallánicos si no era a la altura del paralelo 56 y, después, continuar dejando el

cabo a babor y los islotes Diego Ramírez a estribor.

Quizá en la superficie del Atlántico el *Jonathan* volvería a hallar brisas más favorables que le conducirían hacia el cabo de Buena Esperanza. Era lamentable, sin embargo, abandonar la ruta del estrecho, que por una parte es más corta, por otra relativamente fácil para los veleros que la atraviesan de oeste a este. El capitán Leccar había analizado la cuestión de ir por ahí hacia el cabo Pilares. Con algún piloto muy experimentado del archipiélago —Karroly, por ejemplo— hubiese podido intentar, quizá con éxito, tomar el canal Cockburn al sur de la Tierra de la Desolación, bordear la isla Clarence, sea por la punta noroeste, sea por la punta sudoeste, para después alcanzar, evitando la alta mar, el cabo Froward, que la península de Brunswick proyecta hacia la tercera parte del estrecho. Desde ahí el *Jonathan* hubiese remontado hacia el norte pasando ante Puerto del Hambre, ante Punta Arenas y, tras haber franqueado los dos cuellos de botella, habría arribado, entre el cabo Vírgenes y el de Espíritu Santo, en el Atlántico, casi a la altura del paralelo 52. Seguramente el plan era factible; pero en ausencia de un práctico, en medio de este dédalo de islotes e islas, aunque incluso se las hubiese podido identificar en mapas muy exactos de esos parajes, hubiese sido imprudente aventurarse, y el capitán Leccar, con mucha razón, se abstuvo.

El *Jonathan* continuó, pues, descendiendo y derivando hacia el sudoeste, ya que lo permitía el estado de la mar; pasando a más de treinta millas de las islas Stewart, Gilbert y Londonderry. En la tarde del día 15, tras esa penosa navegación de veinticuatro horas, se encontró entre los islotes San Ildefonso.

Por desgracia, las violencias de la tempestad no se habían aún agotado. Y ahora, ese espacio, libre de todo obstáculo, en donde el Atlántico y el Pacífico entrechocan sus aguas, ofrecía un campo libre para la lucha de los dos océanos. Por lo cual el capitán Leccar lamentó todavía más no haber penetrado en el estrecho, donde hubiese encontrado numerosos puntos para fondear.

En ese instante comenzaba a anochecer. El viento soplaba con furia. La mar, dura y hundida, agotaba espantosamente al navío, que no podía ayudarse con un velamen cada vez más reducido. La noche del 15 al 16 de febrero fue espantosa. De los dos lados de América provenían ráfagas oblicuas que entrechocaban en los

parajes del cabo de Hornos en donde el clíper se debatía entre el choque de los dos océanos.

Hacia las seis, la borrasca adquirió tal dimensión que los dos mástiles de mesana se rompieron y se precipitaron sobre los empalletados. Un brusco movimiento de timón, que no pudo ser evitado, hizo caer a varios hombres y puso el barco oblicuo al oleaje, haciéndolo oscilar a estribor con gran riesgo. Se temió que no recuperase el equilibrio puesto que masas de agua barrían el puente y los imbornales no ofrecían el desagüe suficiente. Sin embargo, logró recuperarse y, una vez con las gavias contrabraceadas a toda prisa por orden del teniente Furner, volvió a estar derecho sobre el mar.

Pero, entretanto, el capitán Leccar había sido arrebatado por una gran ola y no se le pudo rescatar. Dos oficiales también perecieron con el golpe de mar, a consecuencia de la caída de los mástiles de mesana: el segundo Musgrave y el teniente Maddison.

¡Tal era, pues, la situación; un navío desmantelado, con el capitán desaparecido, un segundo y un teniente víctimas de sus graves heridas y una tripulación reducida a unos pocos marineros! Al mando estaba un joven oficial de veintitrés años, el teniente Furner, el contramaestre Tom Land, dos segundos contramaestres, ¡y tan solo diecisiete hombres para las maniobrar!

En cuanto a los pasajeros, que se habían negado a permanecer en el entrepuente o en el interior de las camaretas, varios murieron igualmente y, por otro lado, no fue posible mantener el orden en esta enloquecida turbamulta.

De pronto, hacia las siete, se produjo una súbita calma, y si el mar no se tranquilizó sí que al menos los vientos del norte cesaron bruscamente, como si el espacio, por ese lado, hubiese sido vaciado de aire. Pero unos minutos más tarde las ráfagas volvieron con renovada violencia y esta vez era el sur quien las precipitaba contra las indestructibles masas del archipiélago americano.

Saltaba a la vista el naufragio al que se abocaba en ese instante el navío, carente de los mástiles posteriores, con la imposibilidad de establecer las velas que le hubiesen permitido capear el temporal y resistir a la nueva tempestad que se fraguaba en las lejanas regiones del Antártico. Además, el oleaje que provenía del norte se oponía al que venía del sur, y, con los saltos del viento, el mar se hallaba

absolutamente desquiciado. Parecía incluso que las tinieblas, tan profundas ya, se viesen acrecentadas con las violencias de la tormenta.

Y ahora —porque de esto no cabía la menor duda—, ahora que el navío corría hacia tierra, ahora que estaba fuera de toda capacidad humana cambiar la dirección, ¿a qué distancia se encontraba esa tierra en la que le aguardaba el naufragio?… Pues a menos de diez millas, según lo estimado por el teniente Furner y por el contramaestre Tom Land. Y esa tierra debía ser la Magallania, cuyos canales e islas hubiesen ofrecido tantas posibilidades de fondear; pero contra la que el *Jonathan* estaría perdido antes de haber hallado ocasión de refugiarse.

Se habría querido retrasar al menos la catástrofe final hasta el alba, de modo que el inevitable naufragio ofreciese quizá alguna posibilidad de salvamento. El teniente y los maestres arriaron todo el velamen, dejando solo las dos gavias, las únicas que se habían salvado, pero la masa del gran velero de cuatro mástiles ofrecía al viento cuerpo suficiente para que la velocidad, ayudada por el oleaje, fuese todavía intensa. No había duda, pues, de que la colisión iba a producirse en plena noche: el *Jonathan* se estrellaría contra las rocas del cabo de Hornos en total oscuridad. Y entonces —¿qué recurso cabía esperar y de dónde iba a venir?— el cañonazo de auxilio resonó en medio del fragor espantoso de los vientos y del mar. La espesa oscuridad fue desgarrada por el estallido de las descargas sin repercutir ningún eco a esa distancia.

El *Jonathan* seguía derivando hacia la costa.

Por lo demás, ya se sabe lo sucedido cuando el navío se hallaba tan solo a algunas millas de tierra: el fuego encendido en la cumbre del cabo,

Kaw-Djer

a punto de acabar con su vida mediante el suicidio y, enseguida, arriesgando su existencia para salvar a centenares de víctimas, la chalupa de Karroly dirigiéndose hacia el barco a la deriva con riesgo de naufragar cien veces entre el pavoroso oleaje…

Se sabe cómo la *Wel-Kiej* llegó a abordar el navío, cómo el indio y su hijo pudieron amarrar en el barco gracias a los aparejos que el navío arrastraba y cómo los dos hombres y el muchacho se abalanzaron sobre el puente atestado de una multitud presa de un

paroxístico espanto a la vez que la tripulación se hallaba diezmada, el capitán desaparecido, los principales oficiales heridos mortalmente.

Se sabe que Karroly, bajo las órdenes de Kaw-Djer, tomó el timón y jugándose el todo por él todo lanzó el clíper a través del paso de la isla Hermite tras haber dejado el cabo a estribor.

Se sabe, finalmente, que la catástrofe no había podido ser evitada y en qué circunstancias se había producido, con el *Jonathan* arrastrado hacia el norte, al abrigo de las alturas de la isla Hornos y luego reencontrando el mar soliviantado en el extremo del paso, con el tormentín instalado a proa a fin de poder mantener el navío en la dirección deseada, conduciéndolo al fondeadero de la isla Hermite, la caída del mástil mayor y del mástil de mesana produciendo nuevas víctimas, el clíper privado de su última vela y entregado a toda la furia del viento y el mar, viniendo finalmente a naufragar contra ese extremo de la isla Hoste a la que se le da el nombre de «falso cabo de Hornos».

Eran entonces las tres de la madrugada y los primeros matices del alba no habían todavía atravesado las sombrías profundidades del espacio.

Al chocar contra las rocas de la punta, el *Jonathan* se había medio volcado por la parte del flanco de estribor, y de su casco desventrado escaparon unos crujidos que resonaron entre el fragor de la tormenta.

A partir de la colisión, los desgraciados náufragos se vieron presa de un enloquecimiento irremediable. Algunos voluntariamente, otros arrastrados por el choque, saltaron por encima del puente y cayeron sobre los arrecifes, donde la resaca los hizo rodar como despojos mutilados, sin vida.

Tras la sacudida, el *Jonathan* quedó inmóvil para siempre, volcado hacia el lado del mar, mientras el reflujo comenzaba a dirigir las olas hacia el este. Kaw-Djer, el teniente Furner y el contramaestre Tom Land consiguieron, no sin dificultades, establecer el orden entre los inmigrantes, a los que la inmovilidad del navío acabó por tranquilizar. No hubo más que hacer que aguardar a que despuntase el día.

10. La isla Hoste

La isla Hoste es una de las medianas del archipiélago magallánico. Su costa septentrional, que sigue muy de cerca la dirección del paralelo 55, bordea el canal de Beagle en la mitad de su extensión. Su litoral es sensiblemente rectilíneo por el norte y de lo más irregular en las demás costas del perímetro. Un ángulo recto la limita por el oeste, a la entrada del canal de Darwin, que la separa de la isla Gordon. Por debajo se dibuja una estrecha bahía que finaliza en el promontorio de Rous y ante la que espumean incesantemente los arrecifes de la isla Waterman. Después, la costa se ahueca, se eriza de puntas, protegidas de alta mar por el cinturón de islotes de Wood, Hope y Henderson. Una profunda escotadura al este de la costa recorta esa bahía de Nassau, abierta entre las islas Navarino y Wollaston, y hacia el sudeste se proyecta la península Hardy, curvada como una cimitarra y cuya punta afilada forma el falso cabo de Hornos.

Es en el interior de esa península, en la parte posterior de una enorme masa granítica, en donde el *Jonathan* había naufragado, oblicuamente a la costa, con la parte delantera hacia tierra y la trasera hacia el mar.

El tamaño de la isla Hoste, según los mapas de King y Fitz-Roy, se puede estimar en unas veinticinco leguas contadas sobre el litoral del canal de Beagle. En cuanto a su anchura, no sobrepasa las diez leguas de norte a sur. En estas evaluaciones no está comprendida la península Hardy, muy estrecha desde su inicio y cuya curvatura se dibuja alrededor de una docena de leguas más o menos.

Al hacerse de día, las altitudes de esa península muy abrupta, muy recortada, aparecieron entre las brumas del alba, que no

tardaron en disipar los últimos furores de la tempestad.

Un cerro, cortado a pico sobre el lado del mar, formaba la arista del cabo y se unía por una loma de punta aguda a la osamenta de la península. Al pie del cerro se extendía un lecho de rocas negruzcas, en su mayor parte sumergidas durante la marea alta, pero en ese instante descubiertas al estar la marea en lo más bajo, y que aparecían viscosas por las algas que las tapizaban. Algunas placas de arena amarilla se divisaban entre los arrecifes, una arena lisa y húmeda todavía, prodigiosamente constelada de conchas: terebrátulas, lapas, tritones, narvales, chitones, mactras, venus, que tanto abundan en las playas magallánicas.

En ese instante ya no hacía falta retener a los pasajeros sobre el puente del barco. Uno se imagina fácilmente el ansia de los náufragos por pisar tierra firme en cuanto el barco abandonó su elemento natural y yacía sobre las rocas.

En un instante todos fueron a la parte delantera y un centenar saltaron a la península y fueron en dirección al noroeste. Otros, impacientes de saber dónde estaban, trataron de trepar por el talud del cabo, bastante empinado y cuya altura, unos sesenta metros, permitía abarcar el contorno de parte de la isla. A ellos se unió uno de los pasajeros, Harry Rhodes, cuya mujer, hijo e hija restaron a bordo: un hombre de unos cincuenta años cuya posición posiblemente era superior a la de la mayoría de los otros emigrantes.

Conviene decir que Kaw-Djer había en vano tratado de hacer algo por el segundo Musgrave y el teniente Maddison. El camarote que ocupaban no contenía más que sus cadáveres. John Furner era el único superviviente entre los oficiales del clíper.

La primera impresión de los pasajeros a la vista de esa tierra no había sido favorable. Nada más triste que ese falso cabo de Hornos. Si la aridez que se veía se prologaba más allá, no podrían asegurar su subsistencia el día en que las reservas del *Jonathan* se agotasen. Ahora bien, dentro de un mes el invierno, bastante precoz en la Magallania, comenzaría a hacerse sentir y si el azar no traía un navío por estos parajes, si ningún socorro llegaba de Punta Arenas, sería preciso resignarse a una penosa invernada en el litoral de la isla Hoste.

Ese fue el primer tema de conversación que entablaron

Kaw-Djer,
el teniente Furner, Tom Land y Harry Rhodes. La primera pregunta del teniente había sido:

—¿A qué parte de la Magallania ha venido a parar el *Jonathan*?

—A la isla Hoste —respondió
Kaw-Djer.

—¿En el estrecho de Magallanes? —interrogó Rhodes.

—No, en el canal de Beagle, que la separa de Tierra del Fuego.

—No debemos, pues, estar muy lejos de ella —dijo el contramaestre—, y se hubiese podido llegar ahí con nuestras barcas de no haberlas perdido en la tempestad.

—En cualquier caso, nos queda aún la chalupa que les ha traído a bordo —observó el teniente Furner, dirigiéndose a
Kaw-Djer.

—¿Está en buen estado? —preguntó Rhodes.

—Sí —respondió Karroly, cuyo primer cuidado había sido visitar la
Wel-Kiej
, donde su hijo se encontraba junto al perro *Zol*.

—Una chalupa para transportar a varios cientos de pasajeros —dijo
Kaw-Djer
— sería algo largo, penoso, e incluso peligroso si sigue el mal tiempo. Y, además, ¿vamos a abandonar la carga, los víveres, el material?

No hace falta decir que la conversación tenía lugar en inglés, lengua que Karroly comprendía y hablaba gracias a su oficio de piloto. Así, ante la propuesta de abandonar la isla, intervino en estos términos:

—¿Para qué buscar refugio en Tierra del Fuego? La isla Hoste ofrece iguales recursos. Y los náufragos del *Jonathan* podrán invernar con seguridad.

—Es mi misma opinión —añadió
Kaw-Djer
—, os lo aconsejo.

Mientras Karroly respondía, Rhodes lo había examinado con atención, no se le escapaba que se hallaba ante un indio.

—¿Quién es usted? —preguntó adelantándose al teniente

Furner, que iba a hacer la misma pregunta.

—El piloto Karroly.

—Entonces, piloto, en nombre de los pasajeros y de la tripulación, le doy las gracias. Ha arriesgado su vida para salvarnos y si bien el barco se ha perdido, muchos de nosotros le debemos la vida.

Después, dirigiéndose a Kaw-Djer, prosiguió:

—Y ¿quién es usted, señor?

—Poco importa —respondió Kaw-Djer.

—¿Quizá un compatriota?

—Un amigo de los fueguinos; hace unos años que estoy en la Magallania —declaró Kaw-Djer.

Rhodes no insistió. Comprendió que ahí había un secreto que debía sin duda respetar. Pero no podía por menos que experimentar un sentimiento de gratitud ante la abnegación de esos hombres. Sin su intervención, si Kaw-Djer no hubiese pensado en encender la hoguera sobre la cumbre para señalarles la proximidad de tierra, si no hubiese ordenado lanzar la chalupa a través del oleaje, si Karroly no hubiese tomado el timón del barco a la deriva y si no hubiese tenido la audacia y habilidad de dirigirlo hacia el paso a fin de encontrar el abrigo de las islas, el *Jonathan* se hubiese estrellado contra las rocas de la isla Hornos y nadie hubiese sobrevivido al naufragio. Por otro lado, si el clíper había embarrancado en la punta de la isla Hoste, era porque un último accidente había impedido al piloto maniobrar.

Entre las víctimas se contaban el capitán, el segundo, el teniente, una decena de marineros y otros tantos pasajeros. Algo bastante gravoso; pero, claro, de haberse estrellado en el cabo de Hornos ¡se hubiesen podido contar por centenares!

Entretanto, como la mar estaba baja, el teniente y sus compañeros volvieron a bajar del cerro a fin de examinar el casco de la nave, que se hallaba casi por completo fuera del agua, sobre las rocas. Rhodes se reunió en la arena con su mujer y sus hijos. En

cuanto a
Kaw-Djer,
deseoso de mantenerse al margen, se dirigió hacia la punta de la península. Enseguida se tuvo la certeza de que el *Jonathan* debía considerarse absolutamente perdido. El casco estaba reventado por veinte sitios y abierto a todo lo largo del flanco de estribor. Averías imposibles de reparar cuando se trata de un navío de hierro, uno de madera todavía tendría posibilidades de ser desencallado. Era preciso renunciar a todo anhelo de hacerlo reflotar, el mar no tardaría en acabar de destrozarlo totalmente.

—Lo que debemos hacer sin perder un día —dijo Tom Land— es salvar la carga, colocarla en lugar seguro. Con la marea, el agua penetrará en el interior de la cala, y las provisiones que tan necesarias nos son se deteriorarán.

No solamente las provisiones —respondió el teniente Furner—, sino también el material. Quién sabe si no nos veremos obligados a quedarnos en esta isla y habremos de pasar el invierno aquí antes de ser repatriados.

—¡Todo el mundo a trabajar! —dijo el contramaestre.

En efecto, nada había más urgente que la descarga del *Jonathan*, que el primer temporal podía destruir por completo. De este modo sería posible sobrevivir algunos meses en esta isla sin comunicación con Chile ni Argentina. En cuanto a ganar Punta Arenas, faltaban los medios de transporte; pero en primavera se trataría de avisar a las autoridades chilenas para una posible repatriación.

El teniente y el contramaestre se pusieron, pues, a comandar la descarga del navío, Alemanes, americanos, irlandeses, comprendiendo la urgencia de este trabajo se pusieron a él con celo y coraje. Ya se sabe que la cala del clíper contenía importante material para el primer establecimiento de la colonia, no solo tiendas, sino también casas y almacenes cuyas diferentes piezas no exigían sino un simple montaje fácil de realizar. Los brazos no faltaron para esta tarea, que pudo ser llevada a buen fin en un corto plazo. Por otro lado, la noticia del naufragio había corrido por la Magallania. De las islas vecinas a Hoste, de Tierra del Fuego, llegaron fueguinos y pecherais que, atraídos por la posible ganancia, ofrecieron un servicio que no podía rehusarse. Con estos

indígenas, de temperamento dulce y apacible, no había nada que temer, al contrario que si hubiesen sido patagones, saqueadores y belicosos. No hubo nada que lamentar con su intervención.

En suma, a principios del invierno los trabajos se realizaron ordenadamente. El teniente Furner, ayudado por Rhodes y algunos emigrantes que ejercían cierta influencia sobre sus camaradas, pudo establecer entre los náufragos la disciplina de a bordo. Lo que hubiese resultado lamentable hubiese sido que el desorden se implantara entre esas gentes de nacionalidades diferentes y que rehusaran aceptar la autoridad.

Y esto era lo que Rhodes y aquellos que estaban con él temían, no sin razón. No olvidaban en absoluto lo que había sucedido durante la travesía del Pacífico, las ideas de rebelión propagadas entre algunos pasajeros, la intervención funesta de los hermanos John y Jack Merritt, la influencia que lograban ejercer sobre algunos de sus compañeros. Recordaban que el capitán Leccar, cuya muerte tanto sentían, se había visto obligado a actuar contra estos profesionales de la revuelta y en varias ocasiones había tenido que prohibirles toda relación con los pasajeros. ¿No iban a aprovechar las circunstancias para volver a las andadas y provocar la rebelión en ese instante en que la compenetración era tan necesaria para el interés común?

Los hermanos Merritt, sin embargo, en absoluto mostraron una conducta sospechosa, sabiéndose muy vigilados. Por otro lado, les hubiese sido preferible abandonar el lugar de invernada, arrastrar a sus paisanos a otra parte de la isla tras haber reclamado parte de la carga del barco. Pero no lo hicieron y optaron por unirse a los otros pasajeros que, bajo la dirección del teniente y del contramaestre, trabajaron en la descarga del navío. Pero ¿qué sucedería en el futuro? Durante los largos meses en que sin duda se bajaría la guardia, ¿no volverían con su detestable propaganda?

Cierto, no se trataba de fundar una colonia en ese litoral de la isla Hoste. No se trataba de emigrantes llegados a destino, sino de náufragos cuya repatriación no podría efectuarse antes de varios meses, sin otro cuidado que el de asegurarse la subsistencia mientras durase el invierno.

Además, no se hallaban en esas condiciones infinitamente más graves de otros náufragos que son arrojados a una tierra

desconocida de la que se ignora hasta el nombre y la situación, una de esas islas aisladas del Pacífico, fuera de toda comunicación marítima.

No, la catástrofe había tenido lugar en el archipiélago magallánico, en la península Hardy de la isla Hoste, señalada con exactitud en el mapa, bien conocida por
Kaw-Djer
y Karroly, en esa parte del archipiélago ahora bajo el dominio chileno y a apenas un centenar de leguas de Punta Arenas, capital de la Magallania chilena. La noticia del naufragio iba a ser pronto conocida y cuando el tiempo lo permitiese se enviaría un navío, ya desde los puertos de la América meridional, ya del mismo puerto californiano de San Francisco del que el *Jonathan* había partido algunas semanas antes.

Por tanto había poco que temer una vez asegurada una conveniente instalación en la isla Hoste, con el material, que proveería de abrigo, y la carga, de alimentación. En definitiva, de no ser por el duro clima, cuyos rigores habrían de padecer, los emigrantes vivirían allí como en los primeros meses de su establecimiento en tierra africana.

Tres semanas después del naufragio —la descarga del barco se efectuó en ocho días—, el 17 de marzo, se organizó el campamento en la península Hardy, lo que permitió aguardar sin demasiada aprensión la llegada próxima del invierno.

Entre tanto, no hace falta decirlo, fueron realizadas exploraciones por los alrededores del campamento. Si bien la península Hardy presentaba un panorama desolador hasta las arideces del falso cabo de Hornos, no era así con los verdes territorios que se perfilaban al noroeste. A las rocas tapizadas de algas, los barrancos erizados de brezos, se sucedían vastas praderas, pastos vírgenes que bordeaban las arboladas colinas al pie de los Sentry Boxes que formaban la osamenta de la península. Allí se entremezclaban los acónitos de flores amarillas, los asteres marinos de flores blancas y violetas, las hierbas canas con tallos de un metro y numerosas plantas enanas, como calceolarias, citisos trepadores, ancistros de frutos grandes, bromelias, estípites, pimpinelas minúsculas en plena floración. Los pastos se sucedían, aterciopelados, con una hierba lujuriante que podía saciar a cientos

de rumiantes. Y de hecho, los especímenes de la raza ovina y bovina, embarcados a bordo del *Jonathan*, pudieron hartarse cuanto quisieron de ese espeso herbaje.

Una de las exploraciones conducidas por Rhodes y alguno de los colonos tuvo lugar a unos veinte kilómetros al noroeste. Les acompañó
Kaw-Djer,
guía obligado por las circunstancias. Visitaron, de este modo, la bahía Bourchier en el litoral oeste de la península, las bahías Orange, Scotchwell, y fueron más allá de la península a la que se le daría el nombre de Pasteur, entre el canal Tekinika y el Ponsonby, de montañas cubiertas con nieves eternas.

Su admiración igualaba su sorpresa. Los ricos pastos testimoniaban por doquier la fertilidad del suelo, alimentado por una red de pequeños riachuelos cuyo curso desembocaba en un pequeño río de aguas claras y límpidas que venía de las colinas del centro. La vegetación arborescente respondía a esta lujuriante tapicería de las llanuras. Los bosques, que encuadraban vastos espacios, se componían muy particularmente de hayas antárticas, de una altura soberbia, enraizadas en el suelo turboso pero resistente, y ofrecían una maleza muy despejada y a veces aterciopelada de ramificaciones musgosas. Así, abedules, canelos, de una circunferencia de dos metros en su base. Y también árboles de Winter y berberís, especie de espinos cuya madera es de una extraordinaria solidez, y especies de coníferas parecidas a cipreses, de entre diez y doce metros de altura.

Bajo esas bóvedas verdeantes retozaba un mundo de volátiles, yuambús de seis especies, unos grandes como codornices, otros como faisanes, tordos, mirlos, de los que se pueden llamar rurales, y también variedades de especies marinas, ocas, patos, cormoranes, gaviotas, mientras que los avestruces, ñandús, guanacos y vicuñas brincaban a través de las praderas.

El campamento provisional que los náufragos establecieron se hallaba a unos ochocientos metros del lugar donde reposaba el *Jonathan*, en medio de la curva dibujada por la península Hardy, unida por el oeste a las tierras altas. Allí desembocaba el río de arboladas orillas, acrecentado por los numerosos afluentes y que iba a parar al mar por el fondo de una pequeña ensenada. En sus

orillas, a treinta metros de distancia, hubiese sido fácil construir un poblado para una instalación definitiva. A este respecto, la ensenada hubiese podido servir de puerto, estando como estaba muy protegida de los grandes vientos por las alturas del cerro que medía casi seiscientos metros.

Era allí en donde Kaw-Djer y Karroly habían aconsejado a los emigrantes que se establecieran de cara a la invernada, pues había espacio suficiente. Además afirmaban, el invierno, entre abril y octubre, no era tan temible como hacía creer la situación de la Magallania, más allá del paralelo 52. El clima les ahorraba los rigores excesivos que afligen a las regiones polares. Bajo el manto de nieve que la cubre durante varios meses del año, el frío no es jamás insoportable.

Cierto que la mala suerte había puesto cruelmente a prueba a los pasajeros del *Jonathan*. Mientras que deberían hallarse en pleno Atlántico, navegando hacia el cabo de Buena Esperanza, se veían obligados a una estancia larga en una de las islas del archipiélago magallánico. Pero a fin de cuentas solo representaría un retraso de algunos meses y solo habría que lamentar a las víctimas del naufragio.

Rhodes hablaba con frecuencia con
Kaw-Djer
de estas cosas. La señora Rhodes, mujer seria y con sentido común, su hijo Edward, de dieciocho años, y su hija Clary, de quince, se sentían atraídos hacia ese hombre del que no se explicaban la existencia solitaria en estos parajes, en medio de los indios del lejano archipiélago. Por su parte,
Kaw-Djer
experimentaba simpatía hacia esa familia, de la que los demás colonos reconocían el mérito y las virtudes. Seguramente, en la nueva colonia, Rhodes iba a ejercer una influencia saludable y las gentes de bien estarían siempre a su lado.

Sin embargo, Kaw-Djer permanecía reservado, mantenía su habitual distancia. A nadie negaba sus consejos, que por lo demás se siguieron durante la construcción del poblado. Tan solo los hermanos Merritt y algunos otros no se los pedían, sin saber que también él era un enemigo del orden social. Por otro lado, en lo que concernía a

Kaw-Djer,
después de lo que se podría denominar su vuelta al mundo para cumplir con una obra de humanidad, ¿pensaría todavía en sus proyectos?; y, de no querer permanecer en esta tierra ahora chilena, ¿reemprendería el camino hacia el cabo de Hornos?

El campamento de Yacana —así se llamaba ese curso de agua de la isla Hoste— comprendía las tiendas y algunas casas montadas tras el transporte de la carga. Había sido preciso abandonar el navío arruinado ante la subida de las diversas mareas. Casas y tiendas habían sido dispuestas sobre la orilla izquierda del río Yacana. Bastaba con seguir el curso de ese río, unos ochocientos metros, para alcanzar los pastos que cubrían la parte oriental de la isla. Los almacenes, instalados al abrigo de las grandes hayas, guardaban las reservas de provisiones, harinas, carne enlatada, comestibles, todo cuanto debía haber servido para la colonia incipiente en la embocadura del río Orange. Se habían construido corrales para las aves y pocilgas para los cerdos. En cuanto a las vacas, cabras y corderos, estos animales ocupaban cercas levantadas sobre los vecinos pastos.

Se comprende que esta vida en común de casi un millar de emigrantes de origen diverso exigiera una disciplina severa. Y no era el teniente quien hubiera podido imponerles una autoridad eficaz. Si el capitán Leccar o incluso el segundo Musgrave hubiesen estado ahí, quizá ellos hubiesen sido capaces de mantener el orden entre los náufragos como lo habían mantenido entre los pasajeros. Pero habían perecido; y en esta isla nadie parecía designado para mandar sobre los demás. Por otro lado, siempre era de temer que los hermanos Merritt quisiesen encender las malas pasiones, poner discordia donde tan necesaria era la necesidad de entendimiento.

Por lo demás, el gobierno chileno iba sin duda a querer intervenir. Esa isla le pertenecía y a quién, si no era a ese gobierno, iban los náufragos a acudir para su repatriación. Asimismo, habían decidido que Karroly y su hijo se personasen en Punta Arenas para dar a conocer la situación a su excelencia, el gobernador Aguirre.

Al mismo tiempo, como pareció conveniente que uno de los emigrantes acompañase al piloto, se ofreció Rhodes, que tomó pasaje en la
Wel-Kiej

. El americano estaría más calificado que el indio Karroly para obtener ayuda del gobierno. John y Jack Merritt se opusieron enseguida al proyecto, que parecía someter a los emigrantes al poder de la autoridad chilena, pero se les obligó a acatarlo. Kaw-Djer, consultado por el interés común, no pudo más que aprobar la resolución, decidido, sin embargo, a abandonar la isla Hoste antes de que llegasen los agentes de Punta Arenas.

Tras haberse despedido de su familia y sus compañeros, Rhodes embarcó en la mañana del 20 de marzo, y Karroly, en cuanto hubieron rodeado la península Hardy, llevó la embarcación a través de la bahía de Nassau a fin de seguir el estrecho paso de Murray, entre la isla Hoste y la isla Navarino. Tras desembocar en el canal de Beagle, irían hacia el oeste, hasta la isla Clarence, y alcanzarían el estrecho de Magallanes casi enfrente del cabo Froward.

Se había calculado que la chalupa podría estar de vuelta en tres semanas, es decir, antes de que el invierno hiciese difícil, si no impracticable, la navegación de la

Wel-Kiej

a través de los canales del archipiélago.

Durante ese tiempo, la vida en común se organizó al igual que lo hubiera hecho en la nueva colonia del río Orange. De no ser porque los hermanos Merritt y algunos de sus partidarios decidieron vivir aparte, podría decirse que no se produjo ningún incidente.

En la tarde del 9 de abril, se divisó la chalupa que venía desde la punta, y, tras atracar, Rhodes desembarcó en el lugar en que aguardaban su familia y amigos.

Al llegar a Punta Arenas, Rhodes supo que Aguirre ya estaba enterado de la catástrofe del *Jonathan*. El gobierno chileno, suficientemente advertido, se disponía a tomar medidas para la repatriación de los emigrantes. Pero se daba el caso de que en Punta Arenas no se disponía de ningún navío que pudiese ser destinado al transporte de los náufragos a Valparaíso o a otro puerto de Sudamérica. Por lo demás, la situación de los náufragos no ofrecía ninguna inquietud, con un material de campamento en buen estado y víveres asegurados para todo un año. Lo mejor era, pues, resignarse a una estancia de varios meses en la isla Hoste. El gobernador, por lo demás, no iba a perder de vista la isla. El aviso estacionado en Punta Arenas sería enviado próximamente para, si

fuera necesario, mantener el orden.

Tal fue la respuesta que trajo Rhodes. Los colonos podían contar con la buena voluntad del gobierno chileno para garantizarles la tranquilidad mientras aguardaban el navío de repatriación. Se podía, pues, aguardar sin demasiada aprensión la llegada de la estación invernal, que bien pronto iba a cubrir con sus nieves todo el archipiélago magallánico.

11. La invernada

El invierno se inicio con grandes alteraciones atmosféricas desde los primeros días de abril; pero las violencias no sorprendieron a los pasajeros del *Jonathan*, convertidos en colonos provisionales en la isla Hoste, instalados de forma que no tenían que padecer los vientos ni el frío. En su mayoría, ocupaban pequeñas casas bien protegidas. Provistos de estufas cuyo combustible estaba bien abastecido por los bosques cercanos, podrían soportar la bajada de temperaturas, poco considerable, por otro lado, en la Magallania.

Hasta entonces, cierto número de emigrantes —un centenar como mucho— habían preferido no abandonar las camaretas o el entrepuente del *Jonathan*, si bien permanecer allí resultaba bastante incómodo. Pero dos o tres arrebatos de viento venido del sur habían soliviantado el mar de los pasos y barrido con fuerza la península Hardy. El casco del clíper, ya muy deteriorado, se había ido abriendo poco a poco y no se dudaba de que su ruina final se hallaba próxima. Hubiera sido imprudente, pues, quedarse a bordo, por lo que las familias debieron instalarse bajo las últimas tiendas, mejores, no obstante, que las chozas o las tiendas cónicas de los fueguinos. En cuanto al *Jonathan*, pronto no fue más que un esqueleto vacío de todo cuanto pudiera ser útil.

Respecto a la chalupa, se encontraba segura en el fondo de una especie de hondón entre las rocas cercano a la desembocadura del río Yacana. No le alcanzaban las grandes olas que rompían en los arrecifes. Kaw-Djer, Karroly y Halg continuaban a bordo, aguardando a partir pero sin saber muy bien cuándo.

Tras las ráfagas del sudoeste, las perturbaciones atmosféricas cesaron. Por su posición en la orilla derecha del río, en el reverso

del cerro que le resguardaba, el improvisado poblado ya no tuvo ningún padecimiento y ni las pequeñas casas ni las tiendas se vieron amenazadas ni siquiera con las más fuertes tormentas. La temperatura descendió en ese instante, y los primeros rigores invernales se hicieron sentir.

Ante las aprensiones que le manifestaban a Kaw-Djer, este sobre todo les había tranquilizado. En la Magallania, con una media que no pasa de cero grados, el invierno era menos áspero y prolongado que en Irlanda, Canadá y los estados septentrionales de la Unión; el clima del archipiélago era similar al del África meridional.

Era este un tema frecuente de conversación entre la familia Rhodes. Familia que se apoyaba cada vez más en Kaw-Djer, por lo que iban a lamentar mucho el día que este partiese.

Rhodes no insistía en exceso, pues era un hombre de buena educación y cuyos sentimientos hondamente religiosos eran compartidos por toda su familia. Esta había residido en Madison, Wisconsin, donde había sufrido reveses de la fortuna que nadie hubiese podido evitar. De ahí provenía el proyecto de expatriarse, de ir a esa colonia africana a hacer de nuevo fortuna, más para su familia que para él. La señora Rhodes, mujer seria y fuerte, le había animado en el proyecto, dispuesta a aceptar la laboriosa vida de una emigrante. Así habían abandonado Madison, casi sin esperanza de retorno, acompañados de sus dos hijos, a los que adoraban y que a su vez les rendían afecto filial. Esta familia, puede decirse, gozaba de la simpatía general; y con el tiempo su influjo no podía sino acrecentarse en la futura colonia. La pequeña casa de los Rhodes se había instalado en la orilla derecha del río Yacana, junto a una veintena de otras casas, entre las que se había dispuesto un espacio limitado por el borde del río y que conformaba una pequeña plaza. Hayas y abedules daban sombra a este núcleo de población. La vivienda no era, a decir verdad, más que cuatro muros de planchas, como las que la Sociedad de Colonización ponía a disposición de los emigrantes, y que ellos trataban de volverla lo más confortable posible, confort que se reducía a algunos muebles, camas y utensilios del hogar.

En esta modesta vivienda Kaw-Djer pasaba todo el tiempo que no consagraba a exploraciones, en compañía de Rhodes y otros, por diversas partes de la isla. Luego, llegada la noche, regresaba a la chalupa, en donde le aguardaban Karroly y su hijo, siempre prestos para volver al mar.

¿Volver al mar? ¿En qué dirección? En dirección a la isla Nueva, que Kaw-Djer había abandonado, según parecía, para siempre, ¡y ya se sabe qué funestas ideas le asaltaban cuando la chalupa le llevaba al cabo de Hornos! Pero a sus huéspedes les hablaba a menudo de su próxima partida.

A lo que Rhodes le dijo un día:

—¿Por qué se quiere marchar, usted, que se ha convertido en nuestro amigo? ¿Por qué no permanecer aquí durante todo el invierno?

Kaw-Djer no le respondió.

—Incluso cuando venga un barco a buscarnos a la isla Hoste —continuó Rhodes—, ¿no será todavía demasiado pronto para separarse? Será desolador el pensamiento de que ya no nos volveremos a ver…

—A usted le debemos nuestra salvación —dijo el hijo de Rhodes.

—¡Oh!, no se marche —suplicó Clary Rhodes.

Kaw-Djer sacudió la cabeza, indicando que su decisión estaba irremediablemente tomada.

—No puedo —dijo—. Es necesario que parta pronto, sí, muy pronto…

—¿Para regresar a la isla Nueva? —preguntó Rhodes—. ¿Y qué hará usted allí que no pueda hacer aquí? Cazar, pescar, traficar con pieles. ¿Qué razón puede impedirle pasar el invierno con nosotros?

Así presionado, Kaw-Djer eludía las preguntas, no respondía, al menos en lo que le concernía. Se excusaba, en todo caso, recurriendo a Karroly: el indio y su hijo no podían abandonar su vivienda en la isla Nueva. Era allí donde habían fijado definitivamente su casa y allí era donde Kaw-Djer había decidido compartir su solitaria existencia. Era allí, por lo

demás, donde Karroly estaba mejor ubicado para ejercer su oficio de piloto, allí los capitanes venían a buscarle, izando su bandera blanca con borde azul, cuando se preparaban para remontar el canal de Beagle. Si Karroly no se hallaba en su puesto en la isla Nueva, los navíos irían a buscar otros pasos del archipiélago.

—Pero —respondió Rhodes, que no quería ceder— los barcos no frecuentan apenas estos parajes durante el invierno, no se hacen pilotajes entre octubre y marzo. Se puede decir que el cabotaje queda suspendido durante al menos cinco meses. A fines de marzo ya llegará el momento de volver a la isla Nueva.

Kaw-Djer continuaba callado, y sus huéspedes sintieron cuestionar el misterio de la existencia de este hombre.

—Y por otro lado —añadió Rhodes—, ¿por qué el indio no puede regresar solo con su hijo?

—No —respondió Kaw-Djer—. No consentiré separarme de él. Desde hace años vivimos juntos y nos echaríamos mucho en falta.

—Pues que se quede, amigo mío —insistió la señora Rhodes—, y ya no piense más en marcharse. Considere lo necesaria que nos es su presencia y lo que nos podría suceder si nos dejara. Hay aquí un gran número de mujeres, de niños, que cuidar, y esos cuidados, ¡solo usted puede dárnoslos! El invierno acaba de presentarse y quién sabe si será duro.

—Duro no, señora Rhodes, no hay nada que temer a ese respecto. Tengo experiencia de este país y, repito, incluso en julio, es decir, en el corazón del invierno, los fríos son soportables. En América, los vientos del norte vienen de las regiones polares cubiertas de hielos. Aquí, los vientos del sur no han de recorrer sino vastos mares que no los enfrían.

A menudo la familia Rhodes insistía en todo esto, y a sus súplicas se unían las de otras familias que también tenían razones para desear la presencia de Kaw-Djer durante todo el invierno. Le veían tan entregado, tan humano, se mostraba tan entendido en las curaciones… Tenía a su disposición, por lo demás, todos los productos farmacéuticos que albergaba el barco naufragado. ¡Qué gran uso de ellos podría hacer!

¡Sí!, sería un gran acto de humanidad permanecer en la isla Hoste…

Kaw-Djer
lo sabía y puede que un combate interior se librara en él. Pero lo que no ponían en duda quienes trataban de retenerlo era que aguardaba, un día u otro, la llegada de los agentes del gobernador de Punta Arenas. Sabía hasta qué punto su presencia en la Magallania parecía sospechosa. Si se le encontraba entre los náufragos del *Jonathan* sería interrogado, como ya se quiso hacer en la isla Nueva. Ahora bien, era para no tener que revelar nunca a nadie quién era en realidad, por lo que ya una vez había huido anteriormente de esas tierras magallánicas de las que el tratado de 1881 había destruido la independencia.

Pero, de seguir con los náufragos, ¿no aparecería un día el aviso procedente de Punta Arenas o incluso el navío dispuesto para la repatriación de los viajeros del *Jonathan*?

Por ello, cada mañana subía a la cima del cerro y ni míster Rhodes ni ninguna otra persona podría haber sospechado por qué sus miradas se dirigían tan obstinadamente hacia alta mar. Por otro lado, en ese momento, apenas era probable que un navío se aventurase a través de los pasos del archipiélago. Las tempestades de nieve los barrían a veces con una violencia inaudita y los bloques de hielo los volverían bien pronto impracticables.

El mes de mayo tocaba a su fin y el frío no había sido riguroso, lo que confirmaba los pronósticos de
Kaw-Djer.
Y como seguía allí sin atisbo de que fuera a marcharse, el matrimonio Rhodes prefería no recordarle el asunto. Permanecía allí, que era lo que importaba. Cada mañana, se veía la chalupa en su sitio. Kaw-Djer continuaba ocupándose de cuantos enfermos le reclamaban; ahora era también el bienhechor de los náufragos, además de serlo de los indígenas. Y nada más justo que convenir que no solo sus atenciones médicas, sino también sus consejos, procedentes de un hombre que conocía bien esa región, su clima y sus recursos, rindieron grandes servicios a los nuevos huéspedes de la isla Hoste.

Así transcurrían las cortas jornadas y las largas noches de ese invierno. Pero lo esencial era que el estado sanitario de esa pequeña población no debió sufrir demasiado. Algunas enfermedades se declararon, sin embargo, enfermedades agudas sobre las que

triunfó sin demasiado esfuerzo; hubo, asimismo, algunas muertes también, niños de corta edad que tampoco hubiesen sobrevivido bajo el clima del África meridional.

En suma, era magnífico que los náufragos del *Jonathan* no hubiesen sido arrojados a la isla Hoste en plena estación invernal. ¡Qué diferente hubiese sido su impresión! En lugar de las llanuras verdeantes, los frondosos bosques veraniegos, el cielo soleado de continuo, las altas colinas, solo veladas por una leve niebla, de macizos arbóreos cubiertos de escarcha y con las hojas colgando como lenguas de plata, en vez de eso, un inmenso tapiz de nieve bajo el que se confunden el cerro, la arena y las orillas del río Yacana, el conjunto de tiendas, de almacenes y casitas, el aspecto de un pueblo en el fondo de la estepa siberiana.

Y todavía hubiese abrumado más a los náufragos el que el *Jonathan* hubiese naufragado sobre las tierras de Clarence, Desolación, Guillermo, barridas por las tempestades del Pacífico, al oeste del archipiélago, incluso sobre la larga península de monte Sarmiento en la extremidad de Tierra del Fuego, ¡devenida entonces «tierra de los hielos»! Allí las montañas son más elevadas y sus cimas no se desprenden jamás de las brumas que las bañan, incluso bajo el sol veraniego.

Sobre las capas de estos sistemas orográficos, la deslumbrante reverberación de los glaciares es permanente. Hay allí un indescriptible caos de montañas, con sus cúpulas, sus agujas, sus pináculos, el entrelazamiento prodigioso de sus ramificaciones, últimas convulsiones de la cordillera andina que muere en el extremo del nuevo continente.

Sí, tal es la diferencia que presentan las dos mitades del archipiélago magallánico. La naturaleza ha favorecido la del oeste, esta Tierra del Fuego y las islas dependientes. El tratado de 1881 la había justamente dividido entre las dos potencias reclamantes. ¡Y el precio de esta partición había sido su independencia!

Hay que señalar que todo este archipiélago sufre los rigores del invierno, que las tormentas lo asaltan con violencia extrema, que sus alturas se peinan con hielos a la vez que sus llanuras desaparecen bajo la nieve; lo que no da lugar por fuerza a que la vida animal esté ausente. Sus bosques albergan rumiantes en gran

numero, avestruces, guanacos, vicuñas, zorros. A través de las praderas revoloteaban las ocas de montaña, las pequeñas perdices, becadas y agachadizas. En el litoral pululan las gaviotas, que son comestibles, las grandes aves marinas, como el albatros y los ostreros de patas amarillas y pico rojo. Las ballenas se acercan a respirar en los pasos vecinos y las focas retozan en los arenales. Además, entre las rocas, entre las algas, abundan las merluzas, las lampreas, los grandes crustáceos, e incluso, en las aguas del río Yacana, millares de esos pequeños seres llamados «peces gato estrellados».

Esto dio lugar a que cazadores y pescadores pudiesen economizar las provisiones del *Jonathan* obteniendo alimentación de calidad, fresca y sana, ya que, como han observado ciertos viajeros, la caza en la Fueguia y la Patagonia es de calidad superior.

Una cincuentena de irlandeses y americanos se entregaron fructuosamente a la caza de focas bajo la dirección de Karroly.

De todo ello, en definitiva, se desprendía que si bien la isla Hoste no estaba habitada, sí que podría estarlo en el futuro y asegurar la existencia de algunos millares de habitantes.

El mes más frío fue el de julio. Con todo, la temperatura, con tiempo seco, no cayó por debajo de los siete grados centígrados. Una capa de hielo festoneaba la arena, y, más arriba, el río Yacana se congeló lo suficiente como para poder pasar a pie de una orilla a otra. No hace falta decir que la gran arteria que separa los territorios patagones y magallánicos no se hiela jamás y los navíos pueden siempre franquearla. Por lo demás, estaba el canal de Beagle, y el estrecho y el puerto de la península Hardy no se cerraban como el de Punta Arenas.

Durante ese período invernal la isla Hoste no dejó de recibir la visita de indígenas. Algunos fueguinos, en efecto, vinieron a pescar en la bahía de Nassau e incluso se establecieron unas semanas en la parte posterior septentrional de la península Hardy.

Los emigrantes solo pudieron felicitarse de su relación con esos pecherais, relación tan cordial como la habida con los indios encargados de la descarga del barco naufragado. Kaw-Djer reencontraba en ellos a su clientela fueguina. En los testimonios de agradecimiento que le rendían se veía el afecto, incluso podría decirse, la adoración que les hacía ponerse a sus pies. Un día, míster

Rhodes no pudo ocultarle la impresión que le producían esas muestras de agradecimiento de los pobres indígenas.

—Comprendo —le dijo— que se sienta tan ligado a este país, donde desempeña una obra tan humanitaria, y que tenga prisa por volver entre esas tribus. Es usted un Dios para esa gente.

—¡Un Dios! —respondió Kaw-Djer—. ¿Por qué un Dios si basta con ser simplemente un hombre para hacer el bien?

Míster Rhodes, en todo el fervor de su creencia en un Dios de bondad y de justicia, quedó desolado al descubrir en Kaw-Djer a un ateo, a un materialista, y ya no volvió a discutir sobre este asunto. Se limitó a responder:

—Sea, puesto que ese nombre le subleva, pero hubiese dependido tan solo de usted ser el rey de la Magallania mientras esta ha sido independiente.

—Aunque los hombres solo fuesen unos salvajes —dijo Kaw-Djer—, no tendrían más necesidad de un dios que de un amo, y, por otro lado, los fueguinos tienen un amo ahora, así que voy a abandonarlos —y añadió, pero tan bajo que míster Rhodes no pudo oírle—: abandonaré este país.

Desde principios de octubre, los primeros atisbos de la nueva estación empezaron a notarse. Las lluvias, que empaparon la hierba, sustituyeron a las nieves, las faldas de las colinas se vieron surcadas por vetas de verdor, las hayas antárticas se despojaron del sudario blanco, algunos árboles de hoja perenne mostraron sus frondosidad, los nuevos brotes exhibían su extremo entreabierto, los hielos flotaban en la corriente de agua por fin liberada, la embocadura del Yacana se despejó poco a poco, los brezos movían con la brisa sus ramas descoloridas, los troncos se tapizaron con musgos y líquenes, las arenas resplandecieron con conchas traídas a montones por la resaca, las laminarias petrificadas por el frío se agitaban a lo largo de las rocas, las algas se espesaban bajo las vivificantes aguas, gracias al sol toda la naturaleza se revistió de sus colores primaverales, efluvios ardientes y cargados de olor balsámico se propagaban por el espacio.

Hubo todavía días de fuerte viento, y el cerro sufrió terribles asaltos del mar, pero se notaba que el período de las grandes tempestades había concluido con el apaciguamiento estival.

Ese día, en la pequeña casa de la familia Rhodes se celebró el retorno de la primavera, de la que los que hibernaban en la isla Hoste no iban, supuestamente, a ver el final.

El cielo era puro, el espacio estaba en calma, el sol brillaba. El termómetro mostraba una temperatura de nueve grados centígrados. Durante la mañana y la tarde, se solía pasear por el arenal, al pie del cerro, cerca de las orillas del río Yacana, para respirar la brisa marina.

Kaw-Djer, tras la comida, acompañó a sus amigos en su paseo. Habían atravesado el curso de agua en el bote ligero del *Jonathan* y por ese lado se podían ver algunos cazadores de focas en plena tarea, mientras otras retozaban en las playas, trepaban a las rocas o dormían al pie del acantilado.

Kaw-Djer parecía más preocupado que de costumbre, más taciturno, sin duda debido a la idea de que se acercaba el día en que debería separarse de esta honesta familia cuyas afectuosas relaciones habían despertado en él un instinto de sociabilidad tan natural en el hombre. Era para él una pena profunda pensar que ya no volvería a ver a un amigo tan franco y bondadoso como el que un naufragio había puesto en su camino, ni a esa mujer tan entregada, tan consoladora, de la que había podido apreciar las virtudes, ni esos dos niños, Marc y Clary, por los que sentía tanto afecto. Y esa pena, la familia Rhodes la experimentaba en similar grado. El deseo de todos hubiese sido que Kaw-Djer consintiese en acompañarles a la colonia africana, en donde hubiese sido apreciado, honrado, amado, como lo era en la isla Hoste. Pero míster Rhodes comprendía bien que tenía que ser un motivo grave aquel por el que un hombre como Kaw-Djer había roto con la humanidad. El secreto de esa extraña y misteriosa existencia se le escapaba todavía por completo.

—Ya se ha acabado el invierno —dijo la señora Rhodes—, y en verdad que ha sido poco riguroso.

—¡Hemos podido constatar —dijo míster Rhodes dirigiéndose a

Kaw-Djer
— que el clima es tal como nos había dicho nuestro amigo! A más de uno de nosotros le sabrá mal tener que abandonar la isla Hoste.

—Pues bien —dijo el joven Marc—, ¡no la abandonemos! ¡Fundemos una colonia en tierra magallánica!

—¡Bien! —respondió sonriendo míster Rhodes—. ¿Y qué hacemos con la concesión del río Orange, y con los compromisos de la Sociedad de Colonización y con la concesión hecha por el gobierno portugués?

—En efecto —respondió
Kaw-Djer,
con tono algo irónico—, hay compromisos con el gobierno portugués que hay que atender. Pero aquí sería el gobierno chileno, y da igual uno que otro.

—Sí, seis meses antes —observó míster Rhodes.

—Seis meses antes —dijo
Kaw-Djer
— hubiesen ustedes venido a parar a una tierra libre, ¡una tierra a la que un maldito tratado acaba de arrebatar la independencia!

Con los brazos cruzados y la cabeza erguida,
Kaw-Djer
dirigía la mirada hacia el oeste, como si aguardase a que apareciera el aviso por el lado del canal de Darwin.

En ese instante, los hermanos Merritt, seguidos de una treintena de sus compañeros, de camino a una exploración de la isla, pasaron ante ellos, ruidosos y provocadores. La familia Rhodes, justamente querida en ese pequeño mundo, y ese
Kaw-Djer
del que no se podía negar la efectiva influencia, no habían jamás ocultado la reticencia que experimentaban hacia ellos. Míster Rhodes lo sabía bien, y
Kaw-Djer
no lo ignoraba.

—He ahí unas gentes —dijo míster Rhodes— que, sin el menor pesar, no quisiera volver a ver más. Intuyo que no hay nada bueno que esperar por parte de ellos. Serán una causa de conflictos en nuestra nueva colonia. No quieren admitir ninguna autoridad. ¡No anhelan más que el desorden, según les dictan sus detestables

doctrinas! ¡Como si el orden y la autoridad no se impusiesen en todo estado social, en toda nación grande o pequeña y cualquiera que sea su régimen!

Kaw-Djer no respondió, bien porque no lo oyó —tan absorto se hallaba en sus pensamientos—, o bien porque no deseaba responder.

Es justo observar, sin embargo, que desde el inicio de la invernada, esos anarquistas, un centenar, se habían mantenido siempre al margen, y no habían tratado de perturbar el orden, puesto que debían ver como provisional la instalación en la isla Hoste. Pero si por circunstancias imprevistas la estancia debiera alargarse, si el buen tiempo llegase antes de la repatriación, puede que tuviese lugar alguna revuelta que sería preciso sofocar como se había hecho antes en el *Jonathan*.

Pero esto no era probable, y la situación se resolvería posiblemente antes de pocas semanas.

En efecto, antes incluso de la llegada del aviso chileno pudiera ser posible que los colonos abandonaran la isla Hoste. Desde que se había tenido noticia del naufragio en Punta Arenas, cabía creer que la Sociedad de Colonización hubiese sido advertida. ¿No podía ser, pues, que esa Sociedad hubiese fletado un barco para recoger a los colonos de la isla Hoste y conducirlos a la costa africana? Si esto no ocurría, seguramente ese barco vendría de algún puerto de Chile o Argentina: algún *steamer* que les repatriaría a Valparaíso o a Buenos Aires.

Entretanto, los días transcurrían en una espera que no dejaba de ser algo inquietante. La vegetación crecía con extraordinario vigor. Jamás pastos tan ricos habían sido ofrecidos a los rumiantes, y hubieran servido para miles de ellos. De las nieves invernales solo quedaban algunos atisbos en lugares resguardados del sol y que no iban a tardar en fundirse. Los cazadores y pescadores podían entregarse a su actividad con placer. Los primeros se iban por las llanuras persiguiendo guanacos, vicuñas, avestruces, sin hablar de algunos pumas y jaguares de la misma especie que en Tierra del Fuego; y los otros explotaban las playas vecinas, mientras Karroly, cazador de focas redomado, no se olvidaba de aprovisionarse de pieles que luego llevaría a la isla Nueva, cuando la
Wel-Kiej

llevase a Kaw-Djer, siempre y cuando este decidiese volver.

Llegó por fin la segunda quincena de octubre. Ningún navío había aparecido ante la isla, tan solo algunas embarcaciones procedentes de las Malvinas que no podían ser utilizadas para la repatriación de los náufragos. El aviso de Punta Arenas aún no había sido enviado por el gobernador pese a la promesa formal hecha a míster Rhodes cuando le había visitado unos meses atrás en la capital chilena de la Magallania.

Los colonos se sintieron inquietos muy justificadamente por el retraso. Cierto que la isla Hoste proveía todas las necesidades. Las reservas del barco naufragado estaban lejos de agotarse, no lo estarían antes de que pasaran largos meses. Pero, en fin, no se hallaban en su destino final, no se resignaban a otra invernada allí y se planteó la cuestión de si no se debería volver con la chalupa a Punta Arenas. Kaw-Djer fue consultado a este respecto, y míster Rhodes le rogó enviar la chalupa a Punta Arenas.

Sin duda esta propuesta debió de contrariar a Kaw-Djer, si es que la intención de este era regresar a la isla Nueva, o al menos abandonar la isla Hoste. El viaje en la chalupa duraría al menos tres semanas, por lo que su partida se retrasaría todo ese tiempo. En caso de que el aviso chileno llegase durante la ausencia de la *Wel-Kiej*, Kaw-Djer no tendría posibilidad de evitar a los agentes de la autoridad chilena. Sin embargo, estaba bien resuelto a ello aunque no dijera nada a la familia Rhodes.

En cambio y pese al contratiempo que ello pudiese causarle, consintió y se decidió que la chalupa surcaría el mar al día siguiente, 16 de octubre. En esta ocasión le acompañaría míster Rhodes además del teniente Furner, a fin de solicitar la repatriación inmediata de la tripulación del *Jonathan*.

Así estaban las cosas cuando todos estos proyectos se vieron alterados al atardecer del día 16.

Esa tarde, siguiendo su costumbre, Kaw-Djer, tras haber ascendido por la falda del cerro, observaba la porción de mar que se extendía al oeste del falso cabo de Hornos en dirección a la isla Henderson.

El sol declinaba hacia el horizonte y una honda raya luminosa temblaba en la superficie de las aguas onduladas por las grandes olas.

De pronto, la mirada de Kaw-Djer se fijó en un punto casi imperceptible a una distancia de ocho o nueve millas mar adentro. Su rostro se oscureció, un destello pasó por sus ojos y, tras haberse asegurado de que no se equivocaba, exclamó: «¡Un barco, el aviso chileno, sin duda!».

Kaw-Djer no bajó todavía; se quedó en la cima del cerro hasta la puesta de sol. No se había equivocado: era el aviso, que maniobraba a fin de alcanzar la isla Hoste.

Pero había llegado la noche y cabía pensar que el aviso no fondearía en la península Hardy antes del alba. ¿Cómo iba a aventurarse a buscar un lugar para fondear en medio de las tinieblas y sin un piloto para dirigirlo?

Kaw-Djer permaneció todavía algunos instantes en la cima del cerro, con el corazón oprimido y el alma agitada. Luego, bajó a la playa.

Desde que la nueva por él anunciada se expandió, se produjo una alegría general. Un navío llegaba al fin, y si bien no era el que podía repatriarlos, al menos los náufragos del *Jonathan* iban a entrar en comunicación con el gobernador de Punta Arenas.

Míster Rhodes y su familia entraron en su vivienda y Kaw-Djer les siguió como de costumbre. La velada la pasaron conversando. Se habló del futuro. La cuestión de la repatriación sería resuelta y míster Rhodes no tendría necesidad de volver a Punta Arenas.

A míster Rhodes le pareció lógico que su huésped, esa noche, estuviese más grave que de costumbre; pero tal seriedad fue respetada, y cuando Kaw-Djer se despidió a las nueve, no lo hizo sin antes haber abrazado al

muchacho y a la chica y sin haber estrechado afectuosamente la mano de míster Rhodes y de su esposa.

Al día siguiente, sin embargo, la chalupa no se encontraba en su lugar habitual al fondo de la ensenada y en vano las miradas trataron de localizarla a lo largo de la isla.

12. La nueva colonia

Míster Rhodes había sido uno de los primeros en ser advertido de la marcha de la *Wel-Kiej*. Probablemente se entristeció, tristeza que no solo sintió su familia sino también todo el pequeño mundo de emigrantes que desde hacía nueve meses había podido apreciar la dedicación de Kaw-Djer. La desaparición del «bienhechor» no produjo un menor efecto que la aparición del barco en las aguas de la isla Hoste.

Kaw-Djer se había marchado; la chalupa se lo había llevado en compañía de Karroly y su hijo. ¿Adónde? ¿Se habría dirigido a la isla Nueva a fin de retomar su existencia solitaria, sus visitas a las tribus indias, y no pensaría ya volver? ¿Por qué, entonces, habría vuelto a la península Hardy? ¿Acaso ese establecimiento provisional en la orilla del río Yacana no iba a ser abandonado? ¿Acaso en un plazo que no se podía prolongar, los emigrantes no lo habrían definitivamente abandonado, fuese porque los habrían llevado a Valparaíso o a Buenos Aires, fuese porque un vapor, enviado por la Sociedad de Colonización, viniese a buscarlos para trasladarlos a la costa de África?

Tales eran las reflexiones que en todos provocaba la inesperada marcha de Kaw-Djer. Que lo hubiese hecho el día en que los colonos abandonasen la isla Hoste se hubiese comprendido, pero ¿por qué no haber aguardado hasta ese día?, ¿por qué no haber dicho nada a nadie, ni siquiera a míster Rhodes y su familia?

No se rompen con esa brusquedad los lazos de una sincera

amistad de la que existían tantos testimonios. Era inexcusable no haber podido despedirse por última vez. En fin, ¿por qué esa prisa en marcharse, que parecía más una fuga? ¿Era la llegada del aviso chileno lo que la había provocado?

Todas las hipótesis podían ser admitidas, dado el misterio que rodeaba la vida de ese hombre, de quien ni siquiera se conocía la nacionalidad.

En fin, el aviso, hacia las ocho de la mañana, vino a fondear a quinientos metros dentro de la punta del falso cabo de Hornos y enseguida su comandante bajo a tierra.

La parte oeste y sur de la Magallania ahora era chilena por el tratado del 17 de enero de 1881, y el gobierno, aprovechando el naufragio del *Jonathan* y la presencia de varios cientos de emigrantes en la isla Hoste, se proponía iniciar su mandato con un golpe de efecto.

La República Argentina, en ese momento, ya no podía reclamar nada más fuera de los territorios de la Patagonia y Tierra del Fuego que le eran atribuidos, comprendida la Tierra de los Estados más allá del estrecho de Le Maire; y en su propio dominio, Chile tenía toda la libertad de obrar en beneficio de sus intereses. Ahora bien, no bastaba con tomar posesión de un territorio indiviso hasta entonces y sobre el cual otras naciones hubiesen podido establecer derechos de primer ocupante. De lo que se trataba era de sacar ventaja, explotar las riquezas del suelo desde el punto de vista mineral o vegetal, enriquecerlo mediante la industria y el comercio, atraer población si está deshabitado, en una palabra, colonizarlo. A ejemplo de lo realizado con el litoral oeste del estrecho de Magallanes, en donde Punta Arenas veía cada año acrecentarse su importancia colonial, la República de Chile pretendía proseguir este sistema provocando el éxodo de emigrantes hacia las islas del archipiélago magallánico ahora bajo su dominio, utilizando esta región fértil abandonada hasta entonces o en poder de las miserables tribus indias.

Y precisamente, he aquí que en esta isla Hoste, situada en la mitad de ese laberinto de canales del sur, un gran navío acababa de naufragar en unas circunstancias que el gobierno no tardó en conocer. Ese navío transportaba cerca de un millar de emigrantes con destino a una concesión acordada por Portugal en tierra

africana. ¡En la isla Hoste, el naufragio del *Jonathan* había obligado a un centenar de familias americanas, alemanas, irlandesas, a encontrar ahí refugio, hombres, mujeres, niños procedentes de esas superpobladas grandes ciudades de los Estados Unidos, gentes que no vacilan en ir a buscar fortuna hasta lejanas regiones de ultramar!

Ante el accidente, el gobierno chileno se dijo con razón que era una ocasión inesperada de transformar a los náufragos del *Jonathan* en colonos de la isla Hoste. No fue, pues, un navío de repatriación lo que les envió sino un aviso de Punta Arenas, encargado de dar a conocer la propuesta. El gobierno ponía enteramente a disposición de los náufragos la isla Hoste, no como concesión temporal sino en total propiedad, la entregaba para que se sirviesen de ella, a placer, los nuevos colonos.

Como se ve, nada más claro, nada más neto ni más sensato que esta propuesta. Gracias al sacrificio que Chile hacía de la isla Hoste, a fin de asegurar su inmediata puesta en valor, las otras islas, Clarence, Dawson, Navarino, Hermite, recibirían quizá otros emigrantes, pero esta vez restando bajo el dominio chileno. Si la nueva colonia prosperaba —lo que parecía probable— se sabría que no había que temer el clima de la Magallania, se conocerían sus recursos agrícolas y minerales, no se podría ignorar que, gracias a sus pastos, gracias a su pesca, ese archipiélago era propicio al establecimiento de colonos, y que el cabotaje tomaría una extensión más y más considerable.

Hay que señalar en primer lugar que ya Punta Arenas, como puerto franco, libre de toda traba aduanera, abierto sin servidumbres a todos los barcos de los dos continentes, tenía un magnífico porvenir. Se trataba, en suma, de asegurar la supremacía sobre el estrecho de Magallanes, el cual, si bien es neutral, no deja de pertenecer por eso, en sus dos orillas, a la República de Chile. Pues bien, según una idea muy política, el gobierno de Santiago no se contentaba, en lo concerniente a la isla Hoste, a dejarla exenta de toda contribución, sino que abandonaba la propiedad, dejándole entera autonomía, la desconectaba de su dominio e iba a ser el único pedazo de la Magallania que conservaría una absoluta independencia.

Era, por lo demás, una apuesta que, en cambio, el gobierno argentino no habría podido propiciar, a menos que abandonara

Tierra del Fuego, puesto que salvo la Tierra de los Estados, improductiva e inculta, el tratado de 1881 no le había atribuido ninguna isla, y todo el archipiélago al sur del canal de Beagle, como al oeste del estrecho de Magallanes, tenía izados los colores de la bandera chilena.

Quedaba la cuestión de saber si los náufragos del *Jonathan* iban a aceptar la propuesta que les era hecha, si consentirían en permutar la concesión africana por la isla Hoste que mantendrían en exclusiva propiedad.

El aviso les había traído la propuesta, y debía volver con la respuesta, el gobierno chileno la quería lo más pronto posible. No quería dejar esa cuestión pendiente y el comandante del barco tenía toda la potestad para negociar con los representantes que los emigrantes hubiesen elegido. El aviso permanecería, pues, quince días atracado en el embarcadero de isla Hoste, y marcharía se hubiese o no firmado el tratado.

Si la respuesta era afirmativa, los nuevos colonos serían de inmediato puestos en posesión de la isla Hoste y podrían izar en ella el pabellón que quisiesen adoptar.

Si la respuesta era negativa, el gobierno tomaría los medios para repatriar a los náufragos. No era ese aviso de doscientas toneladas, se comprende, quien podía transportarlos, ni siquiera a Punta Arenas. La llegada de un navío americano enviado desde San Francisco por la Sociedad de Colonización exigiría cierto tiempo y varias semanas transcurrirían antes que la isla hubiese sido evacuada.

Es bastante natural imaginar que, en primer lugar, la propuesta procedente de Santiago produjese un efecto extraordinario, tan inesperada resultaba.

Durante los dos primeros días esa proposición fue objetos de animados debates. Pero tan solo entre las familias, sin que se pensase en efectuar una asamblea a ese fin. En suma, parecía algo tan extraño que muchos emigrantes rehusaban tomárselo en serio. En varias ocasiones, los más calificados fueron a ver al comandante para pedirle explicaciones, verificar los poderes de que era portador, asegurarse por ellos mismos de que la independencia de la isla Hoste sería garantizada por la República Chilena.

El comandante no ahorró, por su parte, ningún esfuerzo para

convencer a los interesados. Les hizo comprender cuáles eran los motivos por los que el gobierno obraba así, la cantidad de tiempo que podía pasar antes de que se fundase una nueva colonia como Punta Arenas en el archipiélago magallánico. Los náufragos del *Jonathan* eran emigrantes, se encontraban en la isla Hoste, se les aseguraba la posesión de la misma…

—El acto de donación está dispuesto —añadió el comandante—. Solo resta firmar.

—¿Quién ha de hacerlo? —preguntó míster Rhodes.

—Los delegados elegidos en asamblea general por los emigrantes.

En efecto, era la única manera de proceder. Más tarde, cuando la colonia se ocupase de su organización, decidiría si convenía nombrar un jefe o no. Podría elegir con toda libertad el régimen que le pareciera mejor, sin que interviniera para nada Chile en la elección.

Para no sorprenderse de lo que iba a acarrear la propuesta, recordemos brevemente cuál era la situación.

¿Quiénes eran esos pasajeros que el *Jonathan* había tomado en San Francisco y que transportaba a la bahía Delagoa? Pues americanos, en su mayoría, alemanes, canadienses, irlandeses, pobres gentes que las necesidades de la existencia obligaban a expatriarse. La Sociedad de Colonización había obtenido una concesión de territorio en las posesiones africanas de Portugal, pero solo por una duración determinada, sin que en absoluto el gobierno cediese sus derechos en provecho de los futuros colonos. Si a estos no les importaban más que sus propios intereses, poco les importaría establecerse aquí o allá con tal de que su porvenir quedase asegurado y siempre que las condiciones de habitabilidad les fuesen igualmente favorables.

Ahora bien, desde que los pasajeros del *Jonathan* se hallaban en la isla Hoste, había transcurrido todo un invierno; habían podido constatar por ellos mismos la moderación de las condiciones climáticas del lugar y que la estación templada se manifestaba con una generosidad que no se encuentra siempre en latitudes por debajo del ecuador. En la Columbia Británica, en Dominion, en los límites septentrionales de los Estados Unidos, los fríos duran más, son más rigurosos y la vegetación no se caracteriza por su

precocidad ni por su diversidad.

Es lógico que por instinto natural estos emigrantes quisieran apoyarse en quienes se distinguían por su situación social, su instrucción, su inteligencia. Míster Rhodes y una docena de sus compañeros, cuya influencia se ejercía libremente, fueron pues consultados por los jefes de familia a los que inspiraban suma confianza. Hubo frecuentes reuniones, la cuestión fue estudiada bajo múltiples aspectos. Se discutió con cuidado los pros y los contras.

¡Qué lástima que Kaw-Djer hubiera abandonado la isla Hoste precisamente cuando más precisaban de sus consejos! Nadie mejor que él para indicar la mejor solución. Muy probablemente, hubiese sido del parecer de aceptar la proposición del gobernador chileno, tanto más por cuanto aseguraba la completa independencia a una de las once grandes islas del archipiélago magallánico. Míster Rhodes no dudaba de que Kaw-Djer hubiese hablado en este sentido, con la autoridad que le daba haber brindado tantos servicios durante la invernada.

En suma: tras largos debates y después del examen de los argumentos de una parte y de otra, quedó manifiesto que la mayoría de los emigrantes tendía a la aceptación de la propuesta del gobierno chileno. Míster Rhodes estaba por entero conforme con esta solución. Sus partidarios y él hacían valer razones de mucho peso. La nueva colonia sería propiedad de ellos mientras que la de la bahía Delagoa estaría sometida a la autoridad portuguesa, sin hablar de la vecindad de los ingleses en El Cabo, de las poblaciones del Orange y la república de Pretoria, ni de los riesgos a que se vería sometida por la proximidad con la Cafrería. Seguramente al tratar con la Sociedad de Colonización los emigrantes debían haber tenido en cuenta esos factores de cara al futuro y se habían resignado. Pero ahora se les presentaba una ocasión de fundar una colonia en condiciones mejores sobre esta isla Hoste que ocupaban hacía ocho meses. Si se quedaban no habría que volver al viaje marítimo. Por otro lado, ¿cuánto tiempo habría todavía que esperar antes que un barco llegase para transportar a los emigrantes a la bahía Delagoa? ¿Y no deberían permanecer, previamente a eso, en algún puerto de Chile o Argentina a fin de evitar una segunda

invernada si el barco tardaba en venir?

En fin, existía la consideración de que el gobierno se interesaba por la suerte de la colonia, se podría contar con su asistencia. Relaciones regulares se establecerían entre isla Hoste y Punta Arenas. Nuevas factorías se fundarían en el litoral del estrecho de Magallanes o en diversos otros puntos del archipiélago. El comercio con las Falkland adoptaría una nueva dimensión cuando las pesquerías estuviesen convenientemente organizadas en estos parajes. Y, asimismo, próximamente, la República Argentina no dejaría en estado de abandono los territorios de la Fueguia bordeados por el canal de Beagle. Ella crearía poblaciones rivales respecto a Punta Arenas, y Tierra del Fuego tendría así su capital, como la península de Brunswick.

Todos estos argumentos eran de mucho peso y acabaron por prevalecer. Por otra parte, la influencia de míster Rhodes y algún otro fue preponderante.

Conviene añadir, asimismo, que los hermanos Merritt y sus partidarios fueron desde el principio favorables a esta opinión. Todo parecía indicar que asegurarían más convenientemente el triunfo de sus doctrinas quedándose en esta isla, una vez fuese independiente… Una propiedad común, el colectivismo impuesto a los emigrantes, en espera del anarquismo… ¡una tierra de refugio para todos los libertarios y demás provocadores de desórdenes rechazados por las naciones civilizadas! ¡Qué porvenir!

En fin, debió recurrirse al voto pues el término fijado por el gobernador chileno se acercaba. El comandante del aviso empezó a presionar para que se solventase el asunto. En la fecha indicada, el 29 de octubre, debería partir y Chile conservaría todos sus derechos sobre la isla Hoste.

Una asamblea general fue convocada para el 26 de octubre. Deberían tomar parte en el escrutinio definitivo todos los emigrantes adultos, en número de trescientos veintisiete, el resto se componía de mujeres y niños.

Esa asamblea tuvo lugar y el recuento de votos dio doscientos noventa y cinco votos a favor de aceptar el acuerdo, mayoría considerable, como se ve. No hubo más que treinta y dos oponentes que querían seguir el plan original e ir a la bahía Delagoa. Pero finalmente aceptaron someterse a la decisión de la mayoría.

El tratado fue firmado ese mismo día entre el comandante representante del gobierno chileno y míster Rhodes, junto a otros nueve delegados representantes de los futuros habitantes de la isla Hoste, ahora tierra independiente.

Al día siguiente, el aviso abandonó el embarcadero de la península Hardy, llevando al teniente Furner y a los marineros del *Jonathan* que iban a ser repatriados a Punta Arenas por atención del gobernador. Solo el contramaestre Tom Land manifestó el deseo de permanecer en la isla a título de colono. Era un hombre enérgico, en quien se podía poner toda confianza y de quien míster Rhodes apreciaba las cualidades, por lo que su demanda fue de inmediato aceptada.

A partir de aquí comenzó la organización de la colonia de la isla Hoste. Los «hostelianos» se reunieron, adoptando esta denominación común. Por desgracia, si bien aceptaron reconocerse por este nombre único, no por ello eran gente que dejaban de proceder de orígenes muy diferentes y eran de prever grandes dificultades para fundir esos temperamentos refractarios. ¿No era bien sabido que en esas potentes naciones, como los Estados Unidos o el reino de Canadá, la mezcla de razas es bien difícil de lograr, y en un mismo país, en una misma ciudad, los norteamericanos siguen siendo norteamericanos, los alemanes, alemanes, los ingleses, ingleses, y que sería difícil prever la época en que la fusión total se realizaría, si es que llegaba a realizarse algún día?

Era pues de temer que, en esas condiciones, la organización exigiera mucha paciencia, mucho esfuerzo, y, sobre todo, una gran dosis de coraje y firmeza.

Pero, ante todo, esta cuestión se planteó enseguida: ¿en qué manos se depositaría una autoridad lo bastante indiscutible para no sufrir ningún fracaso, para no tener problemas desde el principio? ¿En manos de un comité o de una sola persona?

Míster Rhodes ejercía una importante influencia sobre sus compañeros, poseía las cualidades indispensables de quien ocupa el primer rango, su educación le colocaba por encima de la mayoría de los otros emigrantes, su inteligencia, buen sentido y sus virtudes privadas le hacían apto para ejercer el poder: en todos estos puntos era probable que coincidiesen la mayoría de emigrantes. Pero sabía bien que habría de luchar contra una minoría intransigente,

alborotadora, brutal, dispuesta a cualquier violencia y que pese a su energía fracasaría en el empeño.

Era preciso, pues, la formación de un comité, constituido por los más dignos, presidido, si se quería, por míster Rhodes, y cuyos miembros se entregarían al servicio común aceptando las responsabilidades de una situación difícil en suma.

Cuando comentaba esta cuestión, decía:

—Respecto a la concesión de la bahía Delagoa, la situación no hubiese sido la presente, la organización no hubiera encontrado los mismos obstáculos. En efecto, en ese caso la colonia dependería por entero de Portugal y sería al gobierno portugués a quien debería obedecer.

—Puede que sea de lamentar —le respondían— que Chile no haya impuesto un gobierno en la isla Hoste como ha hecho en Punta Arenas.

—Pero en este caso —declaró míster Rhodes— hubiese sido chilena, no disfrutaría de autonomía. Pero precisamente es el no pertenecer a nadie, el ser libres en nuestra casa, lo que nos ha decidido a aceptar la oferta que se nos ha hecho. Con la mera condición de colonizar la isla Hoste, ¡aseguramos su independencia y la nuestra!

Era cierto, míster Rhodes se mostraba muy cabal al responder de ese modo. Importaba, pues, organizarse sin demora. Y, finalmente, tras una nueva reunión de la asamblea, se votó la formación de un comité de cuatro miembros, un americano, un alemán, un canadiense y un irlandés, comité del que Rhodes fue nombrado presidente. Siendo los americanos quienes predominaban entre los emigrantes era lógico que también predominaran en el comité.

En primer lugar se pensó en regular la posesión del suelo. Por su extensión de al menos doscientas leguas cuadradas, la isla Hoste, con sus tierras cultivables, bosques y pastos, hubiese bastado para satisfacer las necesidades del doble e incluso el triple de emigrantes. Se podía conceder a cada familia lo que les fuera necesario. Los utensilios de cultivo no les iban a faltar ni los granos para simientes ni las plantas, de las cuales el *Jonathan* poseía grandes cantidades, así como el material indispensable para todo establecimiento agrícola. La mayoría de los emigrantes estaban bregados en los trabajos del campo. Los realizaban en su país natal y lo volverían a

hacer en su país de adopción. Al principio, los animales domésticos no serían lo suficientemente numerosos, sin duda; pero poco a poco, en razón a las demandas que serían hechas, vendrían más procedentes de la Patagonia, tierra que cuenta con miles, particularmente caballos salvajes, y después, vendrían de las pampas argentinas, de las vastas llanuras de Tierra del Fuego, y, en fin, de las islas Falkland, donde la cría de corderos se efectúa a gran escala.

Pero si bien la isla Hoste ofrecía todos esos recursos no podía quedar todo reducido a las arenas de la península Hardy y las orillas del río Yacana. Era de suma importancia extender la ocupación hasta el centro, que era donde se encontraban las tierras más fértiles, o al oeste, hacia la punta de Rous, o al nordeste, a las magníficas praderas vecinas de los hondos acantilados de la bahía Nassau. Sin duda los colonos aceptarían de buena gana agruparse en esos diversos puntos, tomar posesión de ellos, pero ¿no lo harían siempre según su nacionalidad: los americanos con los americanos, los canadienses con los canadienses, los alemanes con los alemanes, los irlandeses con los irlandeses? ¿Sería el comité lo suficiente influyente como para imponer una fusión de las razas importante para el futuro de la colonia?

Rhodes y sus colegas debieron de ocuparse de gestionar la carga del *Jonathan* e intervenir, no sin energía, a fin que no fuera saqueada. Se trataba de compartirla de un modo equitativo, proporcionalmente a las necesidades de cada familia. Ante todo se debía impedir el pillaje de las provisiones que debía asegurar durante algunos meses todavía el alimento de los colonos y permitían aguardar a que llegasen a satisfacerse tan solo con los recursos de la isla.

El comité hizo cuanto estuvo en su poder para proceder con justicia, salvaguardar los derechos de cada cual. Pero por desgracia no tardó en verse desbordado por las exigencias de unos y otros en lo que concernía al reparto de la harina, de la carne en conserva, de las bebidas alcohólicas. Como que los almacenes que las contenían estuvieron a punto de ser saqueados, fue tomada una resolución pese a las protestas de los hermanos Merritt y la banda —no podía llamársela de otro modo— que les secundaba y a la que incitaban a la violencia contra personas y propiedades. Se decidió, pues, que

esas provisiones permanecerían en los almacenes de la península Hardy y no serían distribuidos sino en pequeñas cantidades a medida que las necesidades, tanto de los colonos que permanecían en el campamento del río Yacana —convertido en el centro neurálgico de la colonia— como de quienes animasen a establecerse en otras partes de la isla.

Además, sobre esta cuestión de las tierras a repartir, fue evidente que cada cual deseaba elegirlas a su conveniencia, unos para cultivar el suelo, otros para explotar los bosques ricos en madera de construcción y que podrían proporcionar combustible, siempre y cuando la isla Hoste no poseyera minas de carbón, como ocurría en la península de Brunswick, en los alrededores de Punta Arenas. En fin, había cierto número de emigrantes que buscaría pastos para dedicarse a la cría de ganado.

Se puede decir que las tierras más disputadas fueron las que bordeaban las orillas del río Yacana, en la vecindad de la población que se estaba constituyendo.

Mientras, el comité se las tuvo que ver con la última violencia de los hermanos Merritt, en su preconización de las funestas leyes del colectivismo. Los hermanos rehusaban repartir el suelo y exigían que las tierras fuesen utilizadas en provecho de la comunidad. Tal era el colectivismo intransigente que pretendían imponer, y si algún colono conseguía beneficios fuera de la comunidad, todos, según ellos, tendrían el derecho de arrebatárselos en provecho del conjunto.

Como se ve, ante tales doctrinas sostenidas por los más violentos, el comité se vio en la necesidad de actuar con una extrema energía. Resolvió, pues, reducir por la fuerza las primeras tentativas de desorden. La lucha se entabló en primer lugar contra los más ardientes defensores del anarquismo —alemanes e irlandeses—, en suma una veintena de familias que suponían unos ciento cincuenta miembros, secuaces fervorosos de los hermanos Merritt.

La cuestión era vital y de ella dependía el porvenir de la isla Hoste. Quedaron enfrentados el partido del orden, el más numeroso, por otro lado, y el del desorden, que no temía llegar al extremismo más absoluto. Lo que los hermanos Merritt aguardaban no era quedarse con la legítima parte de la carga y del material que les

correspondía para ir a instalarse en otra parte de la isla en donde vivir a sus anchas. En absoluto. Lo que querían era vivir en la población naciente que pretendían convertir en un avispero, obligando a todos los demás a aceptar sus concepciones; en suma: ellos que no admitían amos, pretendían imponer su voluntad a los demás.

Ante esa amenaza, Rhodes y sus amigos decidieron resistir, rechazar la fuerza mediante la fuerza. Antes que aceptar ese abominable estado social recurrirían al gobierno chileno, le solicitarían que les privasen de su independencia o, de no ser así, abandonarían la isla para nunca más volver.

Quizá solo había un hombre capaz de imponerse en esa hora peligrosa, en ese instante en que de las palabras parecía se iba a pasar a los actos. Un hombre con autoridad, como se había comprobado fehacientemente, alguien de quien los hermanos Merritt no ignoraban que comulgaba con ideas similares a las de ellos, de quien sabían que era un alma rebelde a toda autoridad…

Ese hombre era Kaw-Djer. Pero ¿qué había sido de él? Tras la marcha de la chalupa ya no se habían vuelto a tener noticias suyas. ¿Habría regresado a la isla Nueva para reanudar su antigua existencia junto a Karroly? Y, por otro lado, aunque fuera llamado, ¿aceptaría intervenir y en qué condiciones lo haría? ¿No permanecería fiel a sus ideas radicales, a las que había sacrificado su vida entera?

Pero, en fin, Kaw-Djer no se encontraba presente y no se sabía si había alguna esperanza de verle de nuevo.

Mientras, la crisis se manifestaba en estado crítico y de un momento a otro cabía aguardar a que los dos partidos vinieran por fin a las manos.

Rhodes y sus colegas de comité no contaban más que con una baza: que un navío apareciera ante la isla. Dos meses habían transcurrido tras la marcha del aviso y, bajo demanda del gobernador de Punta Arenas, Chile tenía que enviar un barco a la isla Hoste para traer los animales domésticos que esta precisaba.

Era ya 13 de diciembre, en medio del verano, y nadie ponía en duda que el barco aguardado fondearía en la embocadura del río Yacana antes del fin del estío. Pero llegado el día no hubo ningún navío que fuera divisado por el oeste. Lo que sí llegó fue una

chalupa la que, procedente del este, se la vio doblar la punta del falso cabo de Hornos.

Era la *Wel-Kiej*, dirigida por Karroly y su hijo Halg, uno al timón, el otro en la escota. Fue reconocida enseguida.

Pero ¿estaría Kaw-Djer a bordo?

13. UN JEFE

Casi dos meses antes de ese día, tras haber advertido, al atardecer, que se acercaba el aviso chileno, Kaw-Djer, sin decir nada a nadie, ni incluso a míster Rhodes ni a esa familia por la que sentía tan gran afecto, había abandonado la isla Hoste. ¿Adónde había ido? E incluso, él mismo, ¿sabía adónde iba?

Durante la noche, rodeando las últimas rocas de la península Hardy, Karroly y su hijo habían maniobrado, sirviéndose de la pequeña brisa del oeste, a fin de remontar hacia el norte, en dirección a la isla Nueva.

¿Regresaba Kaw-Djer a su morada abandonada desde mitad de febrero? ¿Se propondría retornar a sus caritativas visitas a los indígenas fueguinos?

Firmemente, no. ¿Acaso podía olvidar el tratado firmado entre Chile y Argentina? Y ahora, por lejos que fuese, incluso a los extremos límites de la Magallania, ¿encontraría una isla, un islote, un arrecife que no perteneciera a una de esas dos repúblicas? Pusiese el pie donde quisiese del archipiélago, ¿escaparía a las leyes que detestaba? ¿Y si, como se podía pensar, el gobernador de Punta Arenas, inquieto por su persona, se obstinaba en descubrir los secretos de su pasado? ¿No sería Kaw-Djer buscado por sus agentes, perseguido implacablemente? Una vez llegado al límite del cabo de Hornos, ¿qué haría? Por otro lado, las circunstancias, ¿eran las mismas? Durante las semanas que acababa de pasar en la isla Hoste, su corazón cerrado a todo afecto humano no se había reabierto, y tras haber salvado a los náufragos del *Jonathan*, ¿no se sentía más unido al mundo, a la humanidad? Y

esa familia Rhodes, y esas otras…

Tan solo un mes tras haberla abandonado, la chalupa llegaba de nuevo a la ensenada de la isla Nueva, Kaw-Djer había ido directamente a ella, sin atracar en ningún otro sitio. Con todo, mientras bordeaba la orilla septentrional del canal de Beagle, no pudo abstenerse de visitar algunos campamentos de Tierra del Fuego. ¿Cómo resistirse a la solicitud de los indios, cuyas piraguas venían hacia la *Wel-Kiej*? ¡Esos pobres pecherais estaban tan contentos de volver a ver a su bienhechor! Y luego, en ciertas tribus, se precisaba de sus servicios, las mujeres, los niños…

Y sin embargo —esto le provocaba tanto dolor como cólera— el pabellón argentino ondeaba en diversos puntos del litoral, el gobierno argentino había ya tomado posesión de ellos. Y sin duda en las diversas islas de la Magallania meridional, pertenecientes a Chile, ondeaban los colores chilenos.

Sí, en efecto, y no se podría describir lo que pasaba por el alma de Kaw-Djer cuando, de regreso a la isla Nueva, al doblar la punta, ¡vio el pabellón rojo y blanco ondeando al impulso de la brisa!

¡Así que los agentes chilenos habían estado aquí! ¡Y habían visitado su vivienda, pues encontró la puerta abierta! ¡De haberse hallado presente, se hubiesen apoderado de su persona, le hubiesen interrogado! Y ante su negativa a responder le habrían conducido a Punta Arenas…

¡No! ¡No iba a ser así! Abandonaría la isla Nueva y ¡de nuevo pensó en buscar en la muerte, que no era, sin embargo, el sueño eterno, el reposo que la vida no podía darle!

Esta vez no tomaría la ruta del cabo de Hornos. ¿Para qué ir tan lejos? ¿Acaso el mar no batía las rocas de la isla Nueva como la del cabo de Hornos? Un día desaparecería, tras haber arrojado a las aguas esa aborrecible bandera, y Karroly le buscaría en vano por toda la isla.

Tales eran los pensamientos de Kaw-Djer,

que ni el indio ni su hijo podían sospechar. Quince días transcurrieron, sin embargo, y su proyecto aún no había sido ejecutado. ¿Quizá le retenía el vínculo de los recuerdos?

Una noticia que le llegó el 3 de diciembre, tuvo la virtud de modificar su decisión.

Ese día, uno de los indios del campamento de Wallah, venido en su piragua para reclamar sus servicios, le contó lo que había pasado en la isla Hoste, la proposición del gobierno chileno aceptada por los emigrantes, la cesión que les hacían, la independencia de la isla, la única en todo el archipiélago.

Pero ¿no se equivocaría el indio, cómo se había enterado de la noticia?

—Ha sido el padre Athanase quien nos lo ha contado en el campamento.

—¿Cuándo?

—Hace tres días.

—¿Y, él, de dónde había obtenido la información?

—De agentes de visita en la misión y llegados de Argentina.

Las respuestas del indio eran tan afirmativas que no se podía poner en duda la autenticidad de la noticia.

Para Kaw-Djer esto resultó muy estimulante. Su pecho oprimido se dilató. Pareció volver a respirar.

Enseguida le propuso a Karroly abandonar la instalación en la isla Nueva, llevarse todas sus pertenencias a la isla Hoste, la posibilidad de ser piloto en la nueva colonia. Karroly aceptó de inmediato. A estas alturas de la temporada, las últimas pieles habían sido vendidas a los traficantes. La chalupa bastaría para transportar el material de habitación. Tres días fueron empleados en la tarea y tras una visita al campamento de Wallah, la *Wel-Kiej* atravesó el canal de Beagle y el paso de Navarino, y el 13 de diciembre fondeaba en la isla Hoste.

Cuando Kaw-Djer desembarcó fue acogido con los hurras de los colonos, que habían acudido corriendo a la playa.

Sin duda Kaw-Djer no debía ignorar lo popular que era en la colonia hosteliana, pero esa intensificación de su popularidad, no podía saber a qué obedecía.

Nada más desembarcar se encontró con la familia Rhodes y lo

primero que les dijo fue:

—¿Es Hoste independiente?

—¡Hurra! ¡hurra! ¡hurra! —gritó de nuevo la multitud de colonos.

Tras estrechar manos, dar un abrazo a míster Rhodes y besar a sus jóvenes hijos, Kaw-Djer les siguió a su casa.

Podían observar que la acogida le producía una gran alegría, puesto que sonreía, siendo así que su semblante acostumbraba a estar sombrío.

—Por fin podré permanecer entre vosotros, amigos míos, y mi vida será también la vuestra.

Parecía la satisfacción de alguien fatigado por un viaje largo y penoso y que, al llegar al término de este, piensa que descansará por fin.

—Sí, amigo mío —le dijo míster Rhodes—, aquí le tenemos, de vuelta a la isla Hoste siendo así que no esperábamos verle más. ¡Puede que no sea demasiado tarde!

Estas palabras fueron pronunciadas con tal acento de desesperación, encerraban tanta decepción, que a Kaw-Djer le llegaron al alma y presintió lo amenazante de la tesitura.

En ese instante aparecieron dos compañeros de míster Rhodes, O’Nark y Brok. Las miradas de Kaw-Djer fueron del uno al otro y entonces míster Rhodes le dijo con voz temblorosa:

—¡Amigo mío, ese Dios en el que usted no cree le ha traído aquí para salvarnos a todos! Nuestra desgraciada colonia se ve presa del peor desorden y puede que el gobierno chileno tenga que volver a hacerse cargo de la isla.

—¡Volver a hacerse cargo! —exclamó Kaw-Djer en tono de espanto.

Se había puesto muy erguido, los ojos lanzaban destellos, sus pies golpeaban el suelo como queriéndolos plantar en él de modo

eterno.

—Amigo mío —continuó míster Rhodes—, tras su marcha se han producido acontecimientos muy graves. Chile nos ha cedido la isla a condición de que la colonicemos. La propuesta ha sido aceptada por unanimidad de votos. Los náufragos del *Jonathan* la han encontrado ventajosa bajo todos los puntos de vista, han renunciado a establecerse en África.

—¿Podía haber algo más afortunado? —interrumpió Kaw-Djer, incapaz de contener los pensamientos que hervían en su interior—: En la bahía Delagoa hubieran debido padecer la dominación extranjera. Hubiesen estado bajo la dependencia de las autoridades portuguesas. En cambio, aquí, en una tierra devenida libre, sin amos…

—Kaw-Djer —declaró uno de los colegas de míster Rhodes con voz convencida—, es precisamente un amo lo que nos falta, alguien con el derecho a serlo, que hubiese recibido el mandato de hacerse obedecer.

—¡Un amo! —repitió Kaw-Djer, pese que la palabra le daba náuseas.

—Un jefe, si lo prefiere, amigo mío —respondió míster Rhodes— un jefe investido de una autoridad suficiente para administrar nuestra colonia, para atribuir a cada cual lo que corresponde legítimamente, para imponer la ley a quienes no quieran respetarla, para gobernar, en suma, para todos y en el interés de todos.

Kaw-Djer, con la cabeza baja, escuchaba sin responder.

—En vez de esto, ¿qué hemos tenido? —continuó míster Rhodes —. ¡Confusión, alteraciones, desorden, la perspectiva de incurrir en la anarquía más violenta, las tentativas de saqueo que amenazan con destruir nuestros recursos, que comprometen el porvenir de la colonia, que la empujan a la ruina! ¡Tan solo tiene que escuchar, Kaw-Djer! —añadió míster Rhodes.

En efecto, fuera se oían clamores que no eran los hurras a la llegada de la chalupa. ¿Acaso no era eso el desmoronamiento de sus ideas? Lo que había soñado al venir a la isla Hoste, ¿no iba a poder realizarlo?: la socialización de las fuerzas productivas de la nueva colonia, la riqueza disfrutada en común, al servicio de la

colectividad, la existencia volcada en el trabajo pero sin trabas ni cadenas, sin que interviniese ninguna autoridad; en fin, esas teorías tan queridas que ansiaba aplicar. ¿Había que renunciar a todo esto?, ¿acaso solo podría tener lugar mediante el autoritarismo?

Supo entonces por boca de míster Rhodes que, en su resistencia a las doctrinas anarquistas, el comité encargado de la organización andaba desbordado, que la minoría pretendía imponerse a la mayoría. Supo entonces que las cosas iban a empeorar cada día y que se corría hacia la catástrofe. Le hicieron saber, entonces, de la conducta de los hermanos Merritt y de los irlandeses y los alemanes que les secundaban. Querían someter a la isla a un régimen que bajo la bandera de la solidaridad resultaba el más tiránico de todos, rehusaban obedecer las prescripciones del comité. Incitaban a sus partidarios a saquear los almacenes, a apropiarse del material, a dispersarse por toda la isla, incluso puede que a expulsar a los colonos resueltos a no aceptar su yugo. La palabra era pronunciada una y otra vez por míster Rhodes como una maldición:

—¡Anarquía, anarquía!

Y ahora que se hallaba frente a esta situación tan amenazadora, ¿encontraría esa palabra, todavía, un eco en el corazón de Kaw-Djer? ¿No se tambaleaban sus convicciones de antaño? ¿Se abriría en su espíritu, tan intransigente hasta entonces, tan refractario a las exigencias de un estado social, tan firme contra toda evidencia a la naturaleza de los fenómenos?, ¿se abriría una brecha por la que iban a penetrar ideas más prácticas, más sensatas?

Fuera lo que fuese, quizá porque un supremo combate se libraba en él, permaneció inmóvil, apartando la cabeza al saber que todos los ojos estaban fijos en su persona, conservando una actitud de rebeldía, guardando un silencio altivo…

Míster Rhodes le cogió por la mano, la señora Rhodes y sus dos hijos le rodearon, O’Nark y Brok se le acercaron, y su colega prosiguió:

—No, amigo mío, no, nada puede conseguirse, nada puede funcionar en una sociedad en donde cada cual es dueño de actuar según su voluntad, es decir, según su fantasía y capricho. No se puede fundar nada de estable, de definitivo cuando falta una

dirección superior. Por encima de todo falta una cabeza para concebir, una mano para ejecutar. Sin esta mano, sin esta cabeza, estamos perdidos y no nos queda sino abandonar la isla en manos de esos violentos quienes, tras habernos expulsado, acabarán por devorarse entre ellos, final inevitable de todo exceso revolucionario.

Míster Rhodes y los suyos no ignoraban cuáles eran las doctrinas de Kaw-Djer en lo concerniente a estas graves cuestiones, los reproches que le hacía a la sociedad moderna, en qué nuevo estado social soñaba, fuera de toda dominación divina y humana. Sin duda sabían también que él no era de esos sectarios que quieren imponerse mediante la violencia y cuya mano se arma de hierro o fuego. ¿Podía suceder que se contradijera?

—Amigo mío —insistió míster Rhodes—, ¡cuándo se está obligado a trabajar para todos, el trabajo se convierte en una tarea insoportable, porque se es enseguida víctima de los malvados y de los gandules! El comunismo no podría aplicarse más que si los hombres tuviesen las mismas ideas sobre todas las cosas, los mismos gustos, las mismas aspiraciones, la misma dosis de inteligencia, de espíritu, de fuerza física y moral. Pero eso no es así, la humanidad no se compone sino de elementos diversos e inconciliables. ¡Es por esta razón que el comunismo acaba por fuerza en la nada de la anarquía!

Como si llevase un pesado fardo sobre los hombros, Kaw-Djer se había sentado en un ángulo de la estancia, la cabeza entre las manos. ¿En qué debía pensar? ¿Respondería a míster Rhodes, y qué podría responderle? ¿Se daba cuenta, ahora, del caos que reinaba en la isla Hoste? ¿Entreveía, en un futuro próximo, su ruina, su abandono en manos de los hermanos Merritt y su banda, y finalmente la intervención de Chile para expulsar a esos miserables, poniendo fin a la independencia de la isla?

Y si era así, Kaw-Djer, que creía haber encontrado un refugio seguro en esta isla, la única independiente del archipiélago magallánico, ¿qué iba a hacer? El suelo volvía a hundirse bajo sus pies y cuando los colonos se hubiesen marchado para establecerse en la bahía Delagoa, ¿dónde iría él?

Los gritos aumentaron en ese instante, gritos de furia de una parte y de espanto en la otra. Los revoltosos se acercaban, amenazaban la población. Era preciso que míster Rhodes y demás miembros del comité se encarasen con los rebeldes. Sus partidarios rodeaban la casa, les llamaban.

—Venid —dijo míster Rhodes a sus colegas—. ¡Nuestro lugar está entre ellos!

Se dirigió hacia la puerta y, deteniéndose en el umbral, se volvió hacia Kaw-Djer.

Aterradas por el clamor que crecía, en el momento en que míster Rhodes iba a abrir la puerta y su hijo, O’Nark y Brok se disponían a seguirle, la señora Rhodes y su hija se arrojaron a las rodillas de Kaw-Djer y con voz temblorosa, tomándole las manos y con mirada suplicante exclamaron:

—¡Usted, usted, es nuestro salvador!

Pero ¿podía él salvarlas, y junto a ellas a toda esa población amenazada por esa banda de anarquistas? Si el comité se veía impotente, ¿iba él a triunfar sin más apoyo que su popularidad? Era preciso un jefe, un jefe cuyo coraje igualase a su energía. ¿Reunía él las condiciones para ser ese jefe, debía entregarse a la salvación del prójimo, resignarse a ese mandato que le imponían las circunstancias y abandonarlo cuando lo hubiese culminado?

—¡Kaw-Djer! —le gritó por última vez míster Rhodes—: ¡en nombre de esas buenas personas por las que ni yo ni mis colegas podemos hacer nada, le nombro nuestro jefe!

En ese instante, la multitud, mujeres y niños, se dirigía a la casa de míster Rhodes.

Más lejos se oían estos otros gritos:

—¡A los almacenes, a los almacenes!

Había que rendirse a la evidencia. Los hermanos Merritt, tras haber penetrado en la población con los rebeldes —cerca de doscientos individuos— se dirigían hacia los almacenes de la colonia. Los gritos de «¡a los almacenes!» procedían de quienes querían saquearlos, no de quienes pretendían defenderlos.

Eran a estos últimos a los que míster Rhodes, O’Nark y Brok iban a enfrentarse tras armarse de fusiles para impedir el pillaje.

Por la puerta abierta se veía el número de colonos asustados que se dirigían al pie del cerro, algunos incluso a la pequeña ensenada donde se hallaba fondeada la chalupa, con Karroly y su hijo a bordo.

Una vez más, tras haber franqueado el umbral de su casa, míster Rhodes se detuvo y dejó oír su voz:

—¡Kaw-Djer! —gritó.

Kaw-Djer se irguió de nuevo, la cabeza alta, las mejillas encendidas, los ojos ardientes. Dio algunos pasos hacia la puerta y se detuvo al momento de salir.

Pudo percibir entonces todo el tumulto de la revuelta en la plaza, la masa de mujeres y niños huyendo hacia el cerro, un centenar de hombres rodeando los almacenes que era preciso defender a toda costa contra los saqueadores; más lejos, río arriba, en la orilla izquierda del Yacana, a menos de doscientos pasos se veía la vociferante banda, con John y Jack Merritt en cabeza, la mayoría llevando fusiles y revólveres.

—¡Hurra, hurra por Jack Merritt! —aullaban.

Tras el último llamamiento hecho a Kaw-Djer, Rhodes, O’Nark y Brok se habían dirigido a toda prisa hacia los almacenes en donde les aguardaban sus colegas del comité.

Pero en ese instante, los rebeldes, en vez de seguir en esa dirección, maniobraron a fin de cercarlos. Querían, ante todo, detenerles, obligarles a renunciar a sus funciones otorgadas por los votos y sustituirlos por uno de los hermanos Merritt, hacer de él el único jefe de la isla, obligar a toda la colonia a reconocer su autoridad. Eso era lo que indicaban los hurras a Jack Merritt.

Cuando los hermanos Merritt solo estaban a unos pasos de ellos, delante de su banda, se detuvieron.

—¿Qué queréis? —preguntó míster Rhodes.

—Su dimisión y la de sus colegas —respondió John Merritt.

—¡No! ¡Jamás dimitiremos!

La declaración fue acogida con aullidos a la vez que los dos grupos se aproximaban, prestos a venir a las manos. A cada lado los fusiles fueron bajados a la vez que se tendían los revólveres, prestos a hacer fuego.

De los rangos tumultuosos de los rebeldes, los gritos se intensificaron.

—¡Hurra, hurra por Jack Merritt!

De los dos hermanos, era el más violento, un sujeto de talla atlética, de vigor excepcional, capaz de todos los excesos y digno de dirigir una colonia de malhechores.

Entonces, a una señal suya, una docena de sus secuaces avanzó hacia Rhodes y sus colegas. Si rehusaban dimitir se les obligaría a ello, aunque se debiera recurrir a la peor violencia.

En ese instante, míster Rhodes, cerca de quien se hallaban sus colegas fue rodeado por sus amigos, resueltos a defenderlo. La lucha iba a entablarse. Al primer disparo le seguirían cincuenta más.

De pronto, una voz potente resonó en medio del tumulto.

—¡Bajad las armas!

Kaw-Djer acababa de aparecer en del umbral de la casa. Avanzó y la gente se fue apartando. Su elevada estatura, toda su actitud inspiraba simpatía, imponía respeto.

Fue como si apareciera el único hombre capaz de dominar la situación, capaz de obligar a los revoltosos a volver al orden, capaz de detener sus odiosas reivindicaciones, capaz de parar el combate en el instante en que iba a correr la sangre.

Nada más fue visto se produjo una pausa en el tumulto. Los más determinados vacilaron. Los hermanos Merritt retrocedieron unos pasos.

—¡Kaw-Djer!

El nombre fue aclamado por cientos de voces.

En ese momento avanzaron Karroly y su hijo, ambos armados con carabinas y prestos a dejarse matar para defender a Kaw-Djer al ver su vida amenazada.

Rhodes y sus colegas se apartaron y Kaw-Djer se situó entre ellos.

Entonces dijo, con una voz tranquila y fuerte, que no traicionaba la menor emoción.

—¿Qué queréis? —les preguntó a los revoltosos.

—Queremos —dijo John Merritt— que el comité dimita. ¡Hemos elegido un jefe!

—¿Y quién es?

—Alguien que comparte nuestras ideas, que sabrá organizar la colonia como queremos. ¡Mi hermano!

—¡Sí, hurra por Jack Merritt!

Las vociferaciones se redoblaron y no finalizaron hasta que Kaw-Djer, que había avanzado hasta primera línea, respondió:

—¡El único que manda aquí es el comité, y todos deben obedecerle!

—¡No! —gritó Jack Merritt, hombre de acción más que de palabra, a la vez que se dirigía hacia míster Rhodes—. ¡Un paso más y…! —gritó Kaw-Djer.

Y tomando la carabina de Karroly, apuntó con ella a Merritt.

Las otras armas fueron bajadas. ¿Se habría simplemente retrasado la efusión de sangre gracias a la intervención de Kaw-Djer?

Fue entonces que míster Rhodes, mediante un gesto, reclamó silencio.

—La dimisión que se nos exige —declaró— el comité la rechaza ante quienes no tienen el derecho de imponérnosla. Ahora bien, en nombre de este comité la acepto y entrego de buena gana el mando al hombre más digno de ser nuestro jefe, aquel a quien toda la Magallania saluda como «el bienhechor».

Entonces, como por un invisible acuerdo, hecho de confianza y reconocimiento, estallaron gritos por doquier, incluso entre las filas de los rebeldes.

—¡Hurra por Kaw-Djer… hurra!

Este, levantó entonces la mano y dijo:

—¿Queréis que sea vuestro jefe?

—¡Lo queremos! —declararon Rhodes y sus colegas extendiendo los brazos hacia él.

—¡Hurra! —repitió la inmensa mayoría de colonos.

—Sea, pues —respondió Kaw-Djer.

¡Y he aquí en qué circunstancias Kaw-Djer fue el jefe de la isla Hoste, asegurando y salvaguardando así su independencia!

14. Seis años de prosperidad

Seis años después de los acontecimientos que acaban de ser referidos, la navegación por los parajes de la isla Hoste no presentaba ni las dificultades ni los peligros de antaño. Un barco podía, con toda seguridad, seguir de un extremo al otro, sea el canal de Beagle, sea el canal Darwin, incluso ganar, a través del archipiélago del cabo de Hornos, la extremidad de la península Hardy. En el extremo de esta península una luz emitía sus múltiples destellos al mar, no la luz de un fuego de un campamento pecherai, sino la luz de un faro, iluminando los estrechos y permitiendo evolucionar las embarcaciones sin riesgo de estrellarse contra los escollos en las oscuras noches de invierno.

Allí, a la entrada de la ensenada regada por el río Yacana, estacas servían de rompeolas y espigones permitían a los navíos al abrigo de las olas, desembarcar sus cargas y cargar para los recorridos de largo alcance.

Poco a poco se había formado ese puerto gracias a las relaciones comerciales establecidas entre la isla Hoste, Chile y Argentina, relaciones que se extendían hasta el viejo y nuevo continente.

Más allá del puerto, sobre las dos orillas del curso de agua comunicadas por un puente de madera, había crecido una población destinada a convertirse en ciudad en un futuro no muy lejano. Se habían trazado calles simétricas, que se cortaban en ángulo recto siguiendo la moda americana, y bordeadas con piedra o madera y con patios delante y jardincillos detrás. Algunas plazas aparecían sombreadas con bellos árboles, en su mayoría hayas y otros de hoja perenne. Aquí y allá se elevaban varios edificios de mayor importancia, la residencia del gobernador destinada a los diversos servicios públicos o una iglesia cuyo campanario apuntaba entre la

frondosidad al pie del cerro.

En 1882-1883, cuando la misión francesa, traída por el navío *La Romanche*, vino a instalarse en la bahía Orange de la isla Hoste para observar el paso de Venus, las relaciones que mantuvo con la nueva colonia no le habían dejado sino agradables recuerdos.

Verdaderamente, un navegante forzado a fondear en estos parajes sin haber podido determinar exactamente su posición se habría preguntado seguramente si no habría llegado a Punta Arenas, si esta tierra no era la península de Brunswick, si ese estrecho al que le habían llevado los vientos no era el estrecho de Magallanes…

Pero no. Se trataba de la isla Hoste, y la población que aparecía ante sus ojos era Liberia, la capital de la isla que el gobierno chileno había cedido seis años antes a los náufragos del *Jonathan*.

Tal había sido el resultado obtenido estos años, gracias a la energía, a la inteligencia, al espíritu práctico del jefe que los hostelianos habían aclamado cuando la anarquía llevaba la isla a la ruina. Y no solo la había salvado de tal desgracia sino que la había librado del yugo del dominio chileno.

Y con todo, seguía habiendo el mismo desconocimiento respecto al personaje de Kaw-Djer. No se sabía nada de él, nadie osaba pedirle cuentas de su pasado. Se contentaban con saber que en una época lejana había venido a refugiarse al archipiélago magallánico, que vivía en la isla Nueva con el piloto Karroly consagrando su existencia a los pobres indígenas magallánicos. Lo que míster Rhodes tenía por muy probable era que Kaw-Djer fuese de un carácter tan entero, de una tal intransigencia en lo que concernía a las cuestiones sociales, que no había nunca podido plegarse a autoridad alguna. Y no se equivocaba, como se sabe.

Lo que no podían, sin embargo, olvidar los pasajeros del *Jonathan* era que debían su salvación a Kaw-Djer. En lo más duro de la tormenta había sido él quien encendiera la hoguera en la cima del cabo de Hornos, era él quien había arriesgado su vida para alcanzar el navío desamparado que el oleaje

llevaba hacia los arrecifes, era él quien había traído al piloto, el único que podía dirigir el navío por los peligrosos pasos y en medio de esa oscura noche conducirlo al abrigo de la isla Hoste.

Nadie había olvidado los servicios que les había rendido. Por esto mismo, el día en que Rhodes y sus colegas de comité dimitieron, una considerable mayoría se manifestó a favor de Kaw-Djer. No solo los partidarios del orden aceptaron su mandato, le acogieron con hurras, sino también numerosos miembros del clan de los Merritt, los cuales se alejaron de estos.

Tal fue la influencia de este hombre. Parecía que una especie de poder oculto irradiase de su persona, y una vez el comité hubo abdicado en su favor, míster Rhodes, inspirado por su buen sentido, supo bien que se había puesto a la cabeza de la colonia al único ser capaz de asegurar el orden y realizar la necesaria obra de organización.

¿Se podía pues creer que se había producido un improbable giro en el espíritu de Kaw-Djer, que había abandonado sus ideas de antaño, que había adoptado una concepción más corriente de las obligaciones que la naturaleza impone a la humanidad?

En cualquier caso habría llegado a ese extremo a costa de decepciones. Unos meses antes había podido creer que le iba a faltar la tierra, que no iba a encontrar asilo en ningún lugar del mundo. Se veía expulsado de esta Magallania donde había esperado acabar sus días, siendo así que todo el archipiélago había acabado en manos de un país que iba a someterlo al yugo, a las espuelas.

Ahora bien, desde que había sabido que la isla Hoste mantendría su independencia, Kaw-Djer se había apresurado a abandonar el islote devenido chileno y reunirse con ese pequeño mundo de colonos a fin de establecerse entre ellos.

Él había pensado que para entonces la obra de organización se hallaría muy avanzada sino estaba por entero completada y que iba a llegar, pues, demasiado tarde para imprimir su sello personal, para otorgarle esa libertad absoluta a la que creía que todo ser

humano tenía derecho sin que la sombra de ninguna autoridad se hiciese sentir.

Cuando la chalupa le había desembarcado sobre la arena de la península Hardy, se había encontrado con el desorden llevado al *summum*, las gentes honestas amenazadas por los malhechores, la revuelta en toda su virulencia, los revolucionarios dispuestos al pillaje, la sangre presta a mojar el suelo de la isla Hoste.

Se había entonces impuesto la designación de un jefe, un jefe único capaz de restablecer el orden… y él había aceptado ser ese jefe.

Asimismo, ese día, en casa de míster Rhodes, este se lo había agradecido diciéndole:

—Amigo mío, usted nos ha librado de las más grandes desgracias, la peor de las cuales habría sido el abandono de nuestra isla. Ha salvado nuestra independencia. ¡Dios le ha enviado!

Que él fuese el encargado de una misión providencial en absoluto lo podía aceptar alguien que negaba todo poder divino. Pareció, pues, no haberlo escuchado, y se limitó a contestar:

—He aceptado la tarea de organizar la colonia, me volcaré en ello y, terminada la obra, mi mandato cesará. Les habré probado, así lo espero, que al menos habrá un rincón en esta tierra en donde el hombre no tendrá necesidad de amo.

—Un jefe no es un amo, amigo mío —declaró míster Rhodes—, y usted nos lo demostrará. Pero no hay sociedad posible sin una autoridad superior, sea cual sea el nombre que a esta se le dé, y sin que esta tenga la fuerza necesaria para gobernar.

—En cualquier caso —había respondido Kaw-Djer—, esa autoridad debe llegar a su fin en cuanto las relaciones entre los hombres estén reguladas, dejando a cada cual su independencia.

—Sea, amigo mío, pero usted tiene ahora todo el poder y sé que se servirá de él para el bien común. ¡Manos, pues, a la obra, y asegure desde el principio, aunque sea mediante la fuerza, el futuro de nuestra colonia!… ¡Y de la suya, pues ya es usted ciudadano de la misma!

Kaw-Djer se puso ardientemente a la obra y aunque el comité fue disuelto y su potestad entregada a manos de un solo hombre, sus miembros le

ofrecieron su concurso, que él se apresuró a aceptar.

Ante todo se trataba de restablecer el orden en la colonia, de asegurar la seguridad de bienes y personas, de salvaguardar las reservas que eran propiedad de todos. Ahora bien, en tanto que subsistiera el partido de los rebeldes, en tanto que cierto número de anarquistas secundasen a los hermanos Merritt, en tanto que esos libertarios no estuviesen reducidos a la impotencia, la paz no podría reinar en la isla. Era, pues, necesario obrar contra esos enemigos de toda sociedad con energía despiadada.

A partir del día en que Kaw-Djer se convirtió en el jefe de la colonia hosteliana, John y Jack Merritt no vieron en él más que el hombre designado para combatirles, el adversario de sus doctrinas antisociales, alguien a quien a todo precio había que derribar. El hecho de que Kaw-Djer hasta entonces hubiese compartido sus ideas, al menos desde el punto de vista teórico, les había hecho sospechar que quizá las quisiese poner en práctica. Pero su error fue de corta duración y ya desde el principio vieron que no podían contar con él.

Tras el reconocimiento del nuevo jefe, los hermanos Merritt no habían conseguido reunir en torno a ellos más que una cincuentena de secuaces decididos a seguirles hasta el final, la mayor parte alemanes de la escuela de Karl Marx o irlandeses a quienes el feinianismo llevaba a las peores violencias. Se encontraban, pues, en una inferioridad numérica que hubiese debido de inspirarles cierta prudencia. En su interés, mejor hubiese valido que se hubiesen refugiado en otra parte de la isla Hoste y allí quizá Kaw-Djer les hubiese dejado ensayar sus propias utopías que pronto les hubiesen conducido a la miseria, a la ruina. Pero tal era la sobreexcitación de esos espíritus equivocados que hubiesen preferido la lucha a mano armada y, a partir del día siguiente, asaltar los almacenes cuyo pillaje hubiese comprometido el futuro de la colonia.

Tras convocar a todos los hombres de orden, Kaw-Djer logró sofocar la rebelión casi sin efusión de sangre. Pero algunos

perdieron la libertad, entre otros los hermanos Merritt, que fueron encarcelados hasta que se decidiese su suerte.

No hay que decir que ante este golpe de fuerza, los rebeldes, en su mayoría, hicieron acto de sumisión. Solo eran miembros del cuerpo anarquista, y ese cuerpo estaba descabezado.

En cuanto a la decisión respecto que hacer con los hermanos Merritt, Kaw-Djer no vaciló. Constituir una especie de tribunal, un jurado nombrado para la ocasión, hacer comparecer ante él a los culpables, aguardar el veredicto y ejecutarlo, esto lo rechazó su espíritu desde el principio.

Lo que los hermanos Merritt iban a declarar ante ese jurado, Kaw-Djer lo sabía. Habrían invocado la independencia humana, el derecho, para quien no reconoce amos, a no padecer ninguna autoridad. Habrían sostenido que en suelo libre ninguna ley no podía ser aplicada a quienes no las habían hecho, que rehusaban admitir la dictadura de un solo hombre a toda la colonia hosteliana.

Y, ¿no eran estas las ideas del propio Kaw-Djer, las que resumían sus doctrinas y de las que, ahora que tenía a su cargo algunas almas?, ¿se daba cuenta de toda su injusticia e inanidad?

Cuando míster Rhodes le propuso juzgar a los culpables ante un grupo de colonos, respondió como alguien con una convicción férrea:

—No creo que deba hacerlo en tanto no poseamos leyes sobre las que fundar un juicio, ni jueces para aplicarlas. Ahora bien, los actos de esos revoltosos exigen una justicia rápida y que sirva de ejemplo a quien quiera seguir sus pasos. ¡Es preciso expulsarlos de la isla y que jamás puedan poner los pies en ella!

—Tiene usted razón. Todos lo vamos a aprobar —dijo míster Rhodes.

—La chalupa les conducirá a Punta Arenas desde donde podrán ir a donde les plazca.

Tal fue el primer cometido del nuevo jefe de la isla Hoste. Las reclamaciones de los hermanos Merritt, de cinco o seis cómplices

arrestados junto a ellos, no tuvieron el menor efecto. En aras del buen orden importaba que la isla se viese desembarazada de esos sectarios.

Ni siquiera fue preciso emplear la *Wel-Kiej* para esa labor. Tres días más tarde fondeó ante la isla un navío enviado desde Valparaíso con un suplemento de material, una carga completa de útiles para los colonos, y también de animales, un centenar de cabezas. Muy interesado en el éxito de esta tentativa de colonización y otorgando las mayores facilidades financieras, el gobierno de Chile se había comprometido a prestarles el concurso más eficaz. Por ello había enviado ese barco y este, efectuada la descarga, cuando partió, llevaba a bordo a los rebeldes expulsados de la isla.

A partir de ese día la tranquilidad reinó en la colonia y la organización fue creándose poco a poco bajo la mano férrea de Kaw-Djer, quien fue útilmente secundado por míster Rhodes y algunos otros volcados ardientemente en la tarea y ayudados de modo decidido por el contramaestre del *Jonathan*, Tom Land, que había preferido no abandonar la isla. Era este un hombre muy despejado y resuelto, y para quien no había ni debía haber ninguna diferencia entre una colonia y un navío desde el punto de vista de la disciplina, donde el capitán así como el gobernador deben de ser los amos después de Dios.

Lo primero que quiso hacer Kaw-Djer fue visitar toda la isla. Su parte central, como se sabe, ofrecía una gran extensión de tierras cultivables, de fácil arado, las cuales darían buenos rendimientos desde el primer año. En la vecindad de la península Hardy y hacia el norte, la isla estaba bordeada de una cadena de colinas ricamente arboladas que la protegían de los malos vientos y también de los fríos en exceso rigurosos.

Eran tierras para ser propiedad personal. En absoluto fue cuestión de someterlas al régimen de colectivismo. Cada familia tuvo su parte y el fruto de su trabajo le pertenecería sin que la comunidad le reclamase los beneficios.

—Vea usted, Kaw-Djer —le decía Tom Land mientras recorrían

el litoral desde el falso cabo de Hornos hasta la extremidad de la punta de Rous—: lo que yo economizo de mi paga no es para que el camarada que se ha comido la suya venga a beberse la mía. Lo que he ganado o economizado no es para nadie más que para mí: si no, ya no trabajo más y me pongo al servicio de otros. Quienes piensan diferente no tienen la menor idea de lo que es práctico y justo. ¡Incluso creo que los tendrían que encerrar en el fondo de la bodega!

Desde que la Magallania y la Patagonia habían sido repartidas, las dos repúblicas vecinas habían procedido de muy diferente manera en cuanto a la puesta en valor de las tierras. A falta de conocer mejor esas regiones, Argentina hacía concesiones que comprendían hasta diez o doce leguas de extensión. Pero, cuando se trataba de bosques con hasta cuatro mil árboles por hectárea, ¿cuánto tiempo se requeriría para explotarlas, para producir, por ejemplo, sesenta mil metros de planchas anuales? Lo mismo para los cultivos y los pastos, que Argentina concedía con excesiva prodigalidad y que hubiesen requerido un material y un personal agrícolas demasiado considerables.

Y eso no era todo: los colonos argentinos tenían relaciones constantes, difíciles y costosas con Buenos Aires. Era a la aduana de esta capital, es decir, a doscientos veinticinco kilómetros de la Magallania, adonde, cuando las mercancías eran importadas, debía ser enviado el correspondiente manifiesto de carga del navío. ¡Y seis meses pasaban al menos antes que este hubiese regresado, sin contar los derechos a pagar en función de los valores bursátiles de la jornada! Como dicen, pues, los economistas: hablar de Buenos Aires en Tierra del Fuego es como referirse a China o a Japón.

¿Qué ha hecho Chile, por el contrario, para favorecer el comercio y atraer a los emigrantes fuera de esa audaz tentativa de la isla Hoste? Pues había fundado Punta Arenas y la había declarado puerto franco de modo que los navíos aportasen lo superfluo y lo necesario que se consigue en condiciones infinitamente mejores en precio y calidad. Asimismo, todos los productos de la Magallania argentina afluían a Punta Arenas, donde las casas inglesas y chilenas han establecido sucursales en vías de prosperidad.

Kaw-Djer conocía desde hacía tiempo el sistema de gobierno

chileno y a raíz de sus largas excursiones a través de los territorios de la Magallania había podido constatar que sus productos, los de la caza, de la pesca, del cultivo afluían a Punta Arenas y no a Buenos Aires. Era por esta razón que, a ejemplo de la colonia chilena, la isla Hoste fue dotada de un puerto franco. Y el antiguo campamento de los náufragos, devenido poco a poco ciudad, bajo el nombre de Liberia, fue también puerto franco.

Aunque cueste creerlo, sin embargo, la República argentina, en cambio, que había fundado Ushuaia en Tierra del Fuego, casi encima de la isla Hoste, en la otra orilla del canal de Beagle, no se aprovechó del doble ejemplo. Comparada con Liberia y Punta Arenas, esta colonia ha quedado retrasada por culpa de las restricciones que el gobierno aplica a la extensión del comercio, a lo dispendioso de los derechos de aduana, a los obstáculos puestos a la explotación de las riquezas auríferas del suelo, a la impunidad de que gozan por fuerza los contrabandistas, ya que le es imposible al gobierno vigilar los setecientos kilómetros de costas sometidas a su jurisdicción.

Los acontecimientos acaecidos en isla Hoste, la situación de independencia favorecida por Chile, su prosperidad cada día en aumento gracias a la firme administración de Kaw-Djer, todo esto la hizo ser muy valorada por el mundo comercial e industrial. Nuevos colonos llegaron a los que fueron concedidas tierras con liberalidad y en ventajosas condiciones. No se tardó en saber que los bosques, ricos en madera de calidad superior a las europeas, rendían hasta el quince y veinte por ciento, lo que dio lugar al establecimiento de serrerías y fue activada explotación tan fructuosa. Al mismo tiempo eran arrendados a mil piastras la legua de superficie terrenos a los que se quería dotar de valor agrícola, y el número de cabezas de ganado alcanzó pronto varios miles sobre los pastos de la isla.

La población, por otro lado, se acrecentó rápidamente. Los centenares de náufragos del *Jonathan* se vieron doblados por casi otra tanta cantidad de emigrantes llegados sobre todo del oeste de los Estados Unidos, Chile y Argentina. Dos años tras la declaración de independencia, Liberia contaba con cerca de dos mil almas, y la isla Hoste con casi tres mil.

Como cabe pensar, numerosos matrimonios tuvieron lugar en Liberia. Las oficinas del Estado se hallaban en la alcaldía, donde se concentraban los diversos servicios, entre otros los relacionados con la seguridad de la isla, confiados a agentes de mucha confianza dirigidos por Tom Land, el contramaestre firmemente leal a Kaw-Djer.

Entre los matrimonios celebrados con cierto relumbre se habrían de mencionar los de Marc y Clary Rhodes. El joven se había casado con la hija del director de una importante y próspera serrería. Un joven médico de San Francisco que había venido a establecerse en Liberia animado por Kaw-Djer se había casado con Clary. Otras uniones habían creado lazos estrechos entre las principales familias.

Ahora, durante la buena temporada, el puerto de Liberia recibía numerosos navíos. El cabotaje efectuaba excelentes negocios, no solamente con Liberia sino también con las diversas factorías fundadas en otros puntos de la isla, sea en los alrededores de la punta Rous como en las orillas septentrionales bañadas por el canal de Beagle. La mayoría eran barcos del archipiélago de las Falkland, cuyo tráfico tomaba cada año una dimensión nueva.

La exportación y la importación no solamente se efectuaban mediante estos barcos de las islas inglesas del Atlántico, sino que también de Valparaíso, de Buenos Aires, de Montevideo, de Río de Janeiro venían veleros y vapores, y en todos los pasos vecinos, la bahía de Nassau, el canal de Darwin, el canal de Beagle, ondeaban los pabellones daneses, noruegos y americanos.

En gran parte ese tráfico se alimentaba de las numerosas empresas de pesca que en todas épocas han dado excelentes resultados en los parajes magallánicos. No hay que decir que esta industria había sido severamente reglamentada por los decretos de Kaw-Djer. En efecto, no se podía permitir que una destrucción abusiva provocase a corto plazo la desaparición, la aniquilación de los animales marinos que frecuentaban tan gustosamente estos mares. Y no solamente los indígenas, yámanas, pecherais o fueguinos, llegados a la isla Hoste, se entregaban con pasión a este oficio, sino también los cazadores de focas, gentes de cualquier origen,

aventureros de toda especie, suerte de apátridas que Tom Land no hubiese podido controlar de no aplicarse a ello con decisión genuinamente militar. Estos cazadores, por otro lado, operaban en mejores condiciones que antaño. No se trataba ya de esas expediciones, empresas costeadas por todos, que les llevaban a alguna isla desierta donde demasiado a menudo perecían de fatiga o miseria. En el presente tenían la seguridad de vender los productos de su pesca sin tener que aguardar durante largos meses la llegada de un barco que no siempre aparecía. Por lo demás, la forma de matar a esos inofensivos anfibios no había sido modificada. Nada más era simple, meramente *salir a dar una paliza*[4], es decir, darles golpes de bastón, porque no es preciso emplear otra arma con esos pobres animales.

A esas pesquerías alimentadas por la matanza de focas había que añadir las campañas de los balleneros, que son de lo más lucrativo en esos parajes. Los canales del archipiélago pueden proveer anualmente un millar de ballenas. También, los barcos pertrechados para este tipo de pesca, frecuentaban asiduamente durante la estación favorable los pasos vecinos de la isla Hoste, seguros de encontrar ahora en el puerto franco de Liberia todas las ventajas que les ofrecía el de Punta Arenas.

En fin, había otra rama del comercio: la explotación de los arenales cubiertos por millares de conchas de toda especie, entre ellas los mejillones, moluscos comestibles de calidad excelente cuya abundancia no se puede imaginar. Eso explica el que los navíos transporten grandes cargas de ellos y que se vendan hasta a cinco piastras en kilo en las ciudades de Sudamérica. Relativo a crustáceos, las ensenadas de la isla Hoste eran exploradas a fondo a fin de encontrar a un cangrejo gigantesco, habituado a las algas submarinas, el centollo, dos ejemplares del cual bastan para el alimento diario de un hombre con gran apetito.

Pero estos crustáceos no eran los únicos representantes del género. Estaban también los bogavantes, las langostas, los mejillones, que las fábricas enlataban y vendían en ultramar.

Sin duda que, por otro lado, la colonia hosteliana tenía que atraer, asimismo, a los misioneros. Los había en varios puntos de Tierra del Fuego, pertenecientes a la misión de Allen Gordon, muy veneradas en el país. Por otra parte, los indios de los territorios

magallánicos son muy ávidos de lecciones religiosas y frecuentan las escuelas e iglesias con notable asiduidad.

Esta misión Allen Gordon, actualmente dirigida por monseñor Laurence, ha sabido atraerlos mediante hábiles procedimientos: hace la predicación en sus lenguas y ciertos pasajes de la Biblia traducidos al yaghon les son suministrados en forma de libros.

No resultará de extrañar que estos misioneros anglicanos hayan imaginado un infierno especial para los fueguinos, un infierno frigorífico. Como esas pobres gentes consideran el frío como su más cruel enemigo, los fuegos del infierno tradicional no habrían bastado para asustarles.

Cualesquiera que fuesen las opiniones de Kaw-Djer sobre la cuestión religiosa, acogía convenientemente a los ministros que traían los balandros de la misión y les dejó establecerse en Liberia sin poner ningún obstáculo al ejercicio del culto.

¿No estaba él de vuelta de tantas teorías seductoras que no resisten la práctica? La población, por otro lado, vio con una real satisfacción cómo se erigía una iglesia en una de las plazas de Liberia y escuelas protestantes adonde enviar sus hijos.

Pero había, asimismo, cierto número que profesaba la religión católica, irlandeses, canadienses, incluso americanos. Convenía, pues, que esta religión también estuviese representada por sus misioneros. Se apeló entonces a los establecimientos de la Magallania y enseguida acudió personal, así como varias hermanas de la cofradía de Santa Ana para cuidar a los enfermos.

Ahora bien, los primeros que desembarcaron en Liberia fueron precisamente los padres Athanase y Séverin, que Kaw-Djer había visto por última vez en Tierra del Fuego, en el campamento Wallah. Aunque hubiese evitado en todo momento cualquier relación con estos misioneros, no ignoraba que eran hombres honestos y decididos, sacerdotes concienzudos y llenos de celo, dignos del gran culto que representaban: luchaban con ventaja contra el proselitismo un poco demasiado comercial de los ministros protestantes.

A partir del segundo año de su fundación, Liberia poseía ya, pues, una escuela católica tan confortable como la de sus rivales y

una iglesia erigida en la orilla derecha del Yacana, donde su estilo arquitectónico menos severo pero no menos religioso, contrastaba con el pesado puritanismo del templo protestante.

Por lo demás hubo buenas relaciones entre los representantes de los dos cultos y nada parecía ya turbar la colonia tan amenazada al principio por los enemigos de todo estado social.

¿Qué relaciones se dieron durante este tiempo entre la isla Hoste y el gobierno chileno que le había concedido la independencia? Pues excelentes por ambas partes. Chile no podía sino aplaudirse, y más cada año que pasaba, de su determinación. Aguardaba los provechos morales y materiales de que carecerá siempre la República Argentina mientras se obstine en prácticas condenadas por los mejores economistas y cuyos deplorables efectos se podían constatar en la colonia de Ushuaia.

Seguramente, ante todo, viendo a la cabeza de la isla Hoste a ese misterioso personaje cuya presencia en el archipiélago magallánico le había parecido con toda razón sospechoso, el gobierno chileno no había disimulado su descontento e inquietud. En esa tierra independiente donde había encontrado refugio, la persona de Kaw-Djer no podía ser investigada, ni verificarse su procedencia, ni serle pedidas cuentas de su pasado, pues no consentía en revelar el secreto. Que fuese hombre incapaz de soportar el yugo de una autoridad cualquiera, que se hubiese antaño manifestado en rebeldía contra las leyes sociales, que hubiese sido expulsado de todos los países, sin importar el régimen, sometidos a leyes justas y necesarias, su actitud autorizaba todas las hipótesis y, de haberse quedado en la isla Nueva, no hubiese escapado a la policía chilena. Pero tras los disturbios en la nueva colonia debido a la violencia anarquista, tras la expulsión de los hermanos Merritt y sus partidarios, cuando se vio la tranquilidad renacer en la isla gracias a la administración de Kaw-Djer, el comercio desarrollarse, la prosperidad extenderse, no se vio otra alternativa sino dejarle que continuara obrando. No hubo, así, en todo ese tiempo la menor nube entre la isla Hoste y el gobernador de Punta Arenas.

Inútil decir, asimismo, que dada la importancia marítima del

puerto de Liberia y su situación entre el canal de Darwin y la bahía de Nassau, los navíos comerciales amarraban allí preferentemente pues gozaban así de un excelente fondeadero mucho más seguro que el de la colonia chilena frecuentado sobre todo por los vapores que atravesaban el estrecho de Magallanes para ir de un océano al otro.

En estas condiciones se comprenderá que Karroly, devenido piloto jefe de la isla Hoste fuese muy solicitado por los navíos con destino a Punta Arenas o a las factorías establecidas en algunas islas del archipiélago. Karroly no había querido de ningún modo abandonar su antiguo oficio, y su hijo, que se había casado recientemente con una joven canadiense, seguía ayudándole a bordo de su fiel *Wel-Kiej*. Y ambos seguían dedicados de cuerpo y alma a su bienhechor como si todavía viviesen en la soledad de la isla Nueva.

Seis años transcurrieron así durante los que los progresos de la isla Hoste no hicieran sino acrecentarse. La administración de Kaw-Djer la había vuelto una colonia modélica y, rivalizando con su capital, Liberia, en rivalidad generosa y fecunda, tres otras poblaciones se habían fundado en la punta Rulos, al fondo de la bahía Nassau, y en la punta extrema, en el canal de Darwin, frente de la isla Gordon. Poblaciones que dependían naturalmente de la capital y que Kaw-Djer solía visitar por mar o por los caminos trazados a través de los bosques y llanuras del interior.

Fue por esa época, en noviembre de 1887, que Liberia recibió por vez primera al gobernador de Punta Arenas. El gobernador Aguirre no pudo por menos que admirar esta colonia tan próspera, las sabias medidas para incrementar los recursos, la completa fusión que se había efectuado en una población de orígenes tan diferentes, el orden, la comodidad, la felicidad que reinaba en todas las familias. Y, algo bien comprensible, observó de cerca al hombre que había realizado tan bellas cosas y al que solo se conocía por el nombre de Kaw-Djer. Alguien a quien no ahorró elogios diciéndole:

—Esta colonia hosteliana es obra suya señor gobernante, y Chile no puede sino felicitarse de haberle dado ocasión de realizarla.

—Un tratado —se limitó a responder Kaw-Djer — hizo entrar bajo el dominio de Chile a una isla que solo pertenecía a ella misma; era por tanto de la mayor justicia que Chile le restituyese la independencia.

El gobernador Aguirre advirtió el carácter restrictivo de la respuesta. Kaw-Djer no consideraba que el acto de restitución obligase al menor reconocimiento hacia el gobierno chileno. Aguirre, permaneciendo a la reserva, se limitó a decir:

—En cualquier caso, no creo que los emigrantes del *Jonathan* echen a faltar la concesión africana Delagoa.

—En efecto, señor gobernador, puesto que allí hubiesen estado bajo dominio portugués mientras que aquí no dependen de nadie.

—¿Piensa que es lo mejor?

—Lo pienso —respondió Kaw-Djer.

—Esperemos, con todo, que continúe la buena relación entre la isla Hoste y el gobierno chileno.

—También los esperamos nosotros —declaró Kaw-Djer — y puede que constatando el resultado del sistema aplicado en la isla Hoste, la República Chilena lo extienda a otras islas del archipiélago.

Aguirre no pudo por menos que sonreír y no respondió, pues no tenía nada más que decir.

Míster Rhodes, que asistía a la entrevista junto a O'Nark y Brok, comprendió bien que lo mejor era no intervenir. Solo trató de atraer la atención del gobernador sobre la situación actual de la colonia Ushuaia comparada a la de isla Hoste.

—Ya ve usted, señor Aguirre —dijo—, de un lado la prosperidad y de otro la decadencia. Ante la intervención coercitiva de Argentina los colonos rehúsan venir, los navíos desdeñan un puerto que no les ofrece las exenciones indispensables para el comercio y pese a las reclamaciones de su gobernador, Ushuaia no ha hecho ningún progreso.

—Estoy de acuerdo —respondió Aguirre—. Pero el gobierno chileno ha actuado de modo muy diferente con Punta Arenas. Sin necesidad de otorgarle la independencia ha sido posible acordarle diversos privilegios que aseguren su porvenir.

Rhodes no pudo por menos que reconocer lo justo de esta observación que sin duda Kaw-Djer jamás habría admitido. En ese instante, este propuso, de pronto, un proyecto que no podía ser realizado sin el consentimiento del gobierno chileno.

—Señor gobernador —dijo Kaw-Djer —, le ruego a usted que nos ceda una de las pequeñas islas del archipiélago, un grupo de rocas estériles que no tienen el menor valor.

—¿Y cuál es esa isla? —preguntó Aguirre.

—El islote del cabo de Hornos.

—¿Y de qué les va a servir?

—Para establecer un faro muy necesario en esa última punta del continente americano. Iluminar esos parajes sería una gran ventaja para los barcos, no solo los que vienen a la isla Hoste o que frecuentan los pasos de Navarino, Wollaston, Hermite, Tierra de la Desolación, sino también los que quieren doblar el cabo entre el Atlántico y el Pacífico.

Rhodes, O'Nark y Brok, que estaban al corriente de los proyectos de Kaw-Djer, apoyaron sin reservas la demanda de este, confirmando su real importancia. Tras divisar el faro de la Tierra de los Estados, los barcos ya no perciben ninguno más ante las islas del litoral chileno para gran perjuicio de la navegación.

El gobernador Aguirre no dejaba, sin duda, de reconocer lo bien fundado de la proposición: los diversos gobiernos habían ya anteriormente manifestado el deseo de que existiese un faro en la punta del cabo de Hornos.

—La colonia de isla Hoste, ¿se comprometería, pues, a construir ese faro?

—Sí, señor gobernador —respondió

Kaw-Djer.

—¿Lo costearán ustedes?

—Sí, pero con la condición de que Chile nos concederá la entera posesión de esa isla del cabo de Hornos.

Aguirre les dijo que tenía que someter el proyecto al presidente de la república chilena. Las cámaras decidirían si se les otorgaba.

En suma, cuando el señor Aguirre volvió al aviso que debía conducirle de nuevo a Punta Arenas, no pudo por menos que insistir en sus felicitaciones: su gobierno estaba, en verdad, muy satisfecho por la prosperidad de la colonia hosteliana que aseguraba el futuro de sus posesiones magallánicas.

Tres semanas más tarde
Kaw-Djer
era oficialmente informado de que la proposición de otorgar la isla del cabo de Hornos a los colonos de la isla Hoste acababa de ser discutida en las cámaras chilenas tras enconados debates, la propuesta había sido aceptada.

Se redactó, pues, el documento de cesión con las firmas del presidente de la república y del gobernador de la isla Hoste, con la condición de que la colonia estaba obligada a erigir y mantener un faro en su punta extrema.

El tratado fue firmado el 15 de diciembre de 1887.

Kaw-Djer no quería demorarse lo más mínimo en la realización del proyecto y la estación benigna no debía finalizar sin que los trabajos no hubiesen comenzado. Dos años debían bastar para llevarlo a buen término y la seguridad de la navegación sería entonces asegurada cuando alguien se acercase a estos peligrosos parajes.

15. Conflictos

La estación benigna acabó en condiciones climáticas muy favorables. Este séptimo año de la fundación de la colonia, ésta gozó del beneficio de una cosecha excepcional. Por otro lado, nuevas serrerías se habían establecido en el interior de la isla, unas accionadas por el vapor y otras empleando la electricidad engendrada por las cascadas de los pequeños afluentes del río Yacana. A su vez, las pesquerías y las fábricas de conservas dieron lugar a un tráfico considerable y el movimiento de barcos a la entrada y la salida del puerto de Liberia se cifró en tres mil setecientas setenta y cinco toneladas.

Con el invierno, los trabajos emprendidos en el cabo de Hornos para la construcción del faro, las salas donde debían ser instaladas las máquinas motrices y dínamos que debían generar la energía eléctrica, debieron ser suspendidos. Lo que hacía más difícil el trabajo era que la isla del cabo de Hornos está situada a cuarenta kilómetros de la península Hardy y el material solo podía ser transportado por mar, a través del paso de la isla Hermite, rodeada de islotes y arrecifes.

Llegó el invierno y la mayor inquietud para los dueños de establecimientos agrícolas eran los animales domésticos, cinco mil cabezas en ese instante. En la imposibilidad de dejarlos ir por los campos, era preciso asegurarles alimento y abrigo. Sin embargo, todas las precauciones fueron tomadas y las pérdidas resultaron mínimas.

Por otro lado, si la estación desfavorable comporta grandes vientos y tormentas de excesiva violencia, en cambio no aporta un frío excesivo e incluso en julio la temperatura jamás pasa de los diez grados bajo cero.

Liberia y las otras dos poblaciones ofrecían, entonces, ese confort que el vivir acomodadamente introduce en las familias. No había miseria en la isla Hoste y los crímenes contra las personas o las propiedades jamás turbaban el orden público. Tan solo se daban alguna que otra protesta civil, siempre solventadas gracias a las justas decisiones de Kaw Djer y el comité de administración que le apoyaba.

Parecía que ningún problema debía amenazar a la colonia. Pero a fines de agosto se inició uno cuyas consecuencias, dada la avidez humana, podían ser en extremo graves.

Un yacimiento aurífero acababa de ser descubierto en el noroeste de la isla. Al conocer la noticia, Kaw Djer tuvo una molesta impresión que la posterior reflexión no hizo sino agravar. Tuvo el instintivo presentimiento de próximas desgracias y ese fue el objeto de la conversación que mantuvo con míster Rhodes en su gabinete de la residencia.

Ambos estuvieron en completo acuerdo sobre este punto: en que poco ganaría la colonia con este descubrimiento.

—¡Vaya, pues! —dijo
Kaw-Djer
—. Es en el instante en que nuestra obra se ve acabada, cuando no nos quedaba sino recoger el fruto de nuestros esfuerzos, que el azar, un maldito azar, propaga entre nuestros colonos ese fermento de conflicto y ruina… ¡Sí, de ruina, puesto que el descubrimiento de oro no ha dejado nunca más que ruina a sus espaldas!

—Pienso como usted, amigo mío —respondió Rhodes—, ¡y me temo que nuestra población no pueda resistir a ese influjo funesto! ¿Quién sabe si los agricultores no abandonarán los campos y los obreros las fábricas para correr a los yacimientos?

—¡El oro, el oro, la sed de oro! —repetía
Kaw-Djer
—. ¡Ninguna plaga peor podía abatirse sobre nuestra colonia!

—¡Por desgracia —respondió Rhodes— no está en nuestra mano conjurar eso!

—¡No, mi querido Rhodes! Es posible luchar contra una epidemia, frenarla, destruirla, ¡pero contra la fiebre del oro no hay remedios, es el agente más destructivo de toda organización social! ¿Se puede dudar de ello tras lo que ha pasado en los distritos

auríferos del Antiguo o Nuevo mundo, en Australia, en California, en el sur de África? Los trabajos útiles han sido abandonados de la noche a la mañana, los colonos han desertado los campos y poblaciones, las familias se han dispersado entre los yacimientos. Y para la mayoría de los buscadores ese oro extraído con tanta avidez, como toda ganancia demasiado fácil, se disipa luego en locuras abominables ¡y los desgraciados no acaban sino encontrando de nuevo la miseria!

Kaw-Djer hablaba con un ardor que probaba la vivacidad de sus inquietudes.

—Y no solo hay el peligro de dentro —continuó— sino también el de fuera, ¡todos esos aventureros, desclasados que invaden el país, que lo turban, que lo soliviantan para arrancar de sus entrañas el maldito metal! ¡Y vienen de todos los rincones del mundo! ¡Es una avalancha que no deja sino la nada tras su paso! ¡Ah! ¿Por qué nuestra isla debe verse amenazada por tales desastres?

—¿No podemos tener todavía esperanza? —dijo míster Rhodes —. Si la noticia no se expande quizá nos ahorremos la invasión de extranjeros…

—No —respondió Kaw-Djer—. Es demasiado tarde para impedir el mal. No se puede usted imaginar la rapidez con que se propaga la información de que ha sido descubierto un yacimiento aurífero en un país. Uno creería que se transmite por el aire, que los vientos propagan esa peste tan contagiosa que hasta las personas más sensatas, las mejores, a menudo sucumben a ella. Es algo tan espantoso que si yo supiese de un refugio fuera de nuestra querida y desgraciada isla, abandonaría esta al instante.

—¿Y nos abandonaría? —inquirió míster Rhodes, que había cogido la mano de
Kaw-Djer
como para retenerla—. ¿Desertaría en el momento de mayor peligro?

Kaw-Djer no respondió. Que fuese presa de tal turbación moral alguien tan seguro, tan enérgico, era apenas creíble, aunque también era cierto que no exageraba, y que el descubrimiento podía traer las mayores calamidades a la colonia. Enseguida, con todo, recuperó la sangre fría. No, no marcharía, haría todo por conjurar el mal dentro de lo posible. Tras ese instante de debilidad se recuperó

y por primera vez se le escaparon estas palabras como a pesar suyo:

—¡Que Dios nos ayude!

El descubrimiento había tenido lugar la mañana del 25 de agosto. He aquí las circunstancias.

Durante una partida de caza en que intervenía Marc Rhodes, algunos colonos, tras haber salido de Liberia, hacia las siete, en el coche correo, una vez estuvieron a una veintena de kilómetros fueron al pie de las colinas de la península Hardy, hacia el noroeste.

Allí se extendía un bosque profundo aún no explotado donde se refugiaban de ordinario las bestias salvajes de la isla Hoste, parejas de pumas y jaguares que convenía matar en su totalidad pues acababan con numerosos corderos.

Los cazadores batieron el bosque, y habían ya matado a dos pumas cuando alcanzaron el límite opuesto.

Allí apareció un jaguar de gran tamaño en el instante en que intentaba escapar subiendo por la pendiente de la colina. En ese lugar caía un torrente que rodeaba el bosque para desembocar en el río Yacana a través de un suelo de barro húmedo erizado de hierbas acuáticas.

Habiendo visto al animal y estimando se hallaba a la distancia adecuada, Marc Rhodes apuntó su fusil y le alcanzó en el flanco izquierdo. Pero el jaguar no había sido herido mortalmente pues, tras un rugido de cólera más que de dolor, dio un gran salto hacia el torrente, entró en el bosque y se perdió de vista.

Una segunda detonación resonó en ese momento en que huía la fiera. La bala golpeó el ángulo de una roca en la base de la colina, en el borde del pantano. La piedra se partió en pedazos.

Probablemente los cazadores hubieran continuado persiguiendo a la fiera de no ser porque uno de los fragmentos de la roca alcanzó ligeramente a Marc Rhodes y este lo recogió para examinarlo.

Era un pedazo de cuarzo que presentaba las vetas características entre las que era fácil reconocer algunas de oro.

¡Oro! ¡Había oro en el suelo de la isla Hoste! Solo ese pedazo de roca lo testimoniaba y, sin embargo, ¿podía uno sorprenderse? ¿Acaso no se habían encontrado vetas del precioso mineral en la península de Brunswick, alrededor de Punta Arenas, en Tierra del Fuego, en la Patagonia, en la Magallania? Los lavadores de oro, ¿acaso no han proliferado por estos territorios como una corrosiva

plaga? En fin, de Alaska al cabo de Hornos, ¿no existe una verdadera cadena de oro que enriquece la espina dorsal de las dos Américas, siendo así que en cuatro siglos se ha extraído material por valor de cuarenta y cinco mil millones de francos?

Marc Rhodes también comprendió la gravedad del descubrimiento; hubiera querido mantenerlo en secreto, solo decírselo a su padre, el cual hubiera puesto a Kaw-Djer al corriente. Pero no había sido el único en saberlo. Sus compañeros de caza habían examinado el pedazo de roca y habían recogido otros fragmentos que también tenían vetas de oro.

No se podía, pues, hacer nada por guardar el secreto, y el mismo día la isla entera sabía que no tenía nada que envidiar a las demás del archipiélago. Fue como el reguero de pólvora que una chispa basta para encender y que corrió de Liberia a los demás lugares.

En primer lugar, todos se hicieron esta muy natural reflexión: que probablemente los yacimientos auríferos no se encontrasen solo en esa zona pantanosa al pie de la colina y al borde del pequeño torrente. Era probable que nuevas búsquedas lo detectasen en otros lugares. A falta de los colonos, los buscadores, llegados de todos los puntos de la Magallania sabrían excavar ese suelo al que hasta ahora solo se le exigían los frutos del cultivo. ¡Esos aventureros, esos insaciables de los que no se sabe el nombre ni la procedencia sino tan solo los motes por los que son conocidos, se abalanzarían sobre la colonia! ¡Buscarían nuevos yacimientos, tratarían de expulsar a los colonos e incluso a sus mismos compañeros, siempre prestos que estaban a saquearse, a despedazarse entre ellos! ¿Podría la milicia de la isla, admitiendo que no se hubiese desorganizado, podrían los hombres de Tom Land reducir a la impotencia a esas hordas malhechoras?

En todos los casos, ya que las primeras trazas de oro habían sido descubiertas en Golden Creek —así fue denominado el pequeño tributario del río Yacana— ahí fue adonde se dirigieron los liberianos más ávidos sin que los esfuerzos de Kaw-Djer y sus amigos pudieran evitarlo. Varios centenares de colonos abandonaron sus viviendas, sus fábricas, sus campos, dejando en suspenso los trabajos empezados y se precipitaron hacia los

yacimientos y descubrieron en las rocas de cuarzo ricos filones.

Kaw-Djer y su consejo hizo cuanto pudo para regularizar las explotaciones, para mantener el orden. Incluso llegaron a pensar en hacer de los productos de esos yacimientos propiedad común, extraer oro en beneficio de la colonia de manera que los beneficios recayeran en todos. Pero desde los primeros días se vieron desbordados. Nadie entendía trabajar sino era en su propio provecho con la esperanza de encontrar un yacimiento muy rico, una pepita de gran valor, obtener una fortuna con un golpe de pico. Los sabios consejos no fueron, pues, escuchados.

Por lo demás, la explotación de los yacimientos no comportaba apenas dificultades materiales. Bastaba con atacar la roca con el pico y triturar los pedazos para extraer los fragmentos de oro. Además, las tierras fangosas del pantano, vecinas del Golden Creek, eran fácilmente explotables y bastaba con establecer *claims* en que eran lavadas a fin de recoger el metal que arrastraban.

Se sabe que los territorios auríferos están a menudo compuestos de barros que arrastran los hielos del período invernal, desleídos por las aguas, tamizados por el filtro del suelo. Barros procedentes de los derrubios que se producen con las grandes lluvias, de la disgregación del cuarzo roído por los torrentes. Basta entonces un simple plato para recoger esos fangos y un poco de agua para lavarlos. Es con este procedimiento tan rudimentario con que desde el principio los colonos obtuvieron oro por una suma que variaba por día y cabeza entre ciento cincuenta y doscientos francos.

En este yacimiento del Golden Creek, una masa de barro de metro y medio de espesor sobre una superficie de diez a doce metros producía de nueve a diez platos por pie cúbico y era muy raro que cada lavado no proporcionase oro, fuese en vetas o en pepitas. Estas pepitas, ciertamente, solo se encontraban en el estado de granos polvorientos y los *claims*, cuya dimensión ha sido indicada antes, no estaban en condiciones de producir los veinte millones de francos que en ocasiones han proporcionado en otras regiones.

No fue desde el inicio mismo de todo que los yacimientos de Golden Creek produjeron similares rendimientos, no hay que decirlo. Pero otros en la vecindad sí que posibilitaron beneficios muy considerables. La fascinación de los espíritus se acrecentó,

pues, día tras día. Fue una irresistible locura la que vació Liberia de un gran número de familias, hombres, mujeres, niños, que corrían a trabajar a los *claims*.

Algunos se enriquecían descubriendo en los intersticios de las rocas una de esas bolsas en donde las pepitas se acumulan por la acción de las lluvias torrenciales. La esperanza no abandonaba ni incluso a los que durante largos días y al precio de mil fatigas habían trabajado para nada. Pero todos venían, no solo de la capital sino de las otras poblaciones y de las factorías y pesquerías, de las fábricas del litoral. En Liberia no quedó pronto más que un centenar de colonos fieles a su familia, a sus negocios, puestos a prueba, sin duda, por la situación. Ese oro parecía dotado de un poder magnético al cual la razón humana no podía resistirse.

Aunque Kaw-Djer no desfalleció un instante y desplegó una energía no abandonada en ningún instante, sus amigos no dejaron de observar en él una profunda tristeza. Algo que no suponía sorpresa alguna, por tratarse de un hombre sobre el que las pasiones parecían no hacer mella excepto la de hacer el bien. ¿Acaso no era en aras de esa pasión que había concentrado toda su vida? ¿No le había sacrificado todo?

Y, en esta hora, tras haberse ligado con tantos lazos a esa humanidad, tras haber regresado a ella tras una tan larga ruptura, ¡he aquí que le reaparecía con todos sus defectos, todas sus vergüenzas todos sus vicios! Toda su labor iba a desmoronarse, las ruinas se acumularían sobre esa desgraciada colonia, ¡y todo porque el azar había hecho saltar unos fragmentos de oro de un pedazo de roca!

Cuando míster Rhodes, queriendo reaccionar contra ese disgusto irrefrenable, le decía:

—Esto no puede durar. Los yacimientos se agotarán. Los colonos volverán a reemprender sus anteriores tareas.

—¿Y si fuese demasiado tarde? —respondía
Kaw-Djer.

Hay que señalar que si bien los esfuerzos de Kaw Djer y sus amigos no pudieron retener la población hosteliana, los misioneros anglicanos y católicos no tuvieron mucho mayor éxito.

Los padres Athanase y Séverin en su iglesia, los ministros de la misión Allen Gordon en su templo, predicaron en vano contra esa

fiebre de oro, contra esos apetitos deplorables henchidos de decepción para el futuro. No fueron escuchados: ¡ni las prédicas y sermones tuvieron pronto ningún oyente!

Y por penosa y desoladora que resulte esta confesión, pero hay que hacerla, los únicos habitantes de isla Hoste que resistieron a la locura general fueron los indios. Solo ellos supieron evitar los furores de la codicia. Conviene repetirlo para alabanza y honor de esos humildes seres fueguinos: si varios establecimientos agrícolas, varias pesquerías no fueron abandonadas fue gracias que a su honesta naturaleza, bajo la inspiración de los misioneros, los retuvo de similares excesos. Por otro lado, esas pobres gentes no olvidaban lo que les decía Kaw-Djer, su bienhechor. No olvidaban lo que había hecho por ellos, y en su mayoría le fueron fieles, como Karroly y Halg.

Si el descubrimiento se hubiese limitado al yacimiento de Golden Creek, posiblemente los *claims* se hubiesen agotado rápidamente y los colonos, decepcionados, hubiesen regresado a sus ocupaciones habituales en campos y pueblos. Pero fueron encontrados otros filones en el sudoeste de la isla, en los alrededores de la punta Rous, no menos ricos y de explotación más fácil.

Fue, pues, por ese lado por el que se precipitaron los buscadores a millares, apenas pudiendo satisfacer las mínimas necesidades de la existencia. Esos seres ávidos, que se desvivían por la posesión de yacimientos, apenas tenían abrigo alguno, expuestos a la inclemencia de un clima a menudo tormentoso durante la estación cálida o al aire de los pantanos de los que removían los fangos malsanos, por lo que pronto las enfermedades y miserias se desencadenaron sobre ellos.

Su número crecía cada día. Nada más se supo de ello en otros países que los extranjeros afluyeron a la isla. Las tripulaciones desertaban de los barcos para correr a los yacimientos. Apenas fondeaban en el puerto de Liberia, los navíos eran abandonados, los capitanes desobedecidos y a veces incluso los mismos oficiales desertaban. A la población de por sí tan mezclada de la isla Hoste se agregaron marinos de todas las nacionalidades, ingleses, daneses, noruegos, americanos, alemanes, muchos aventureros que no

retrocedían ante ninguna violencia y cuya fuerza brutal era única ley. Por otro lado, ¿qué iban a hacer en Liberia? Los navíos enviados para recoger la madera para construcción, ganado, cereales, pieles, no encontraba quien los pudiesen cargar. El stock de cargas estaba agotado desde la primera semana. El futuro, pues, no dejaba de preocupar a
Kaw-Djer
y había sido precisa su enérgica intervención para impedir la exportación de grano y conservas que hubiese condenado a la colonia a los horrores del hambre. Aunque, si bien pudo prevenir ese mal en cierta medida, se vio impotente ante la miseria que no dejaba de aumentar después que las poblaciones y campos hubiesen sido abandonados.

Fue hacia fines de febrero que el desorden adquirió proporciones espantosas. No solo los colonos y los desertores hormigueaban en los yacimientos sino que también los lavadores de oro habían acudido de todas partes del archipiélago magallánico y la Patagonia, y ya se sabe lo numerosos que son. ¿Acaso no es la veta de oro más rica del mundo, esta cordillera que se extiende desde Alaska, a través de los Estados Unidos, México, Colombia, Ecuador, Perú, Bolivia, Chile, Argentina, hasta las últimas ramificaciones del cabo de Hornos, y que pese a tantos esfuerzos aún no se halla agotada? Al mismo tiempo, mezclándose la exageración y creciendo la imaginación, en el Viejo y Nuevo Mundo la isla Hoste fue vista como un yacimiento extraordinario, una isla de oro donde se acumulaban los más ricos tesoros de la cadena. ¡No es de extrañar, pues, que la plebe que se abalanzó sobre California, Australia y África meridional y que años más tarde se precipitaría sobre el Klondike de Alaska quisiese invadir la isla Hoste!

Y puede que entonces el gobierno chileno lamentase habérsela entregado a los náufragos del *Jonathan*. Pronto fue, pues, debidamente informado por el gobernador de Punta Arenas. ¡Había que resignarse y se podía prever que en la explotación aurífera de la isla pronto habría más gente arruinada que enriquecida!

Hacia el fin del mes de enero,
Kaw-Djer
no pudo estimar en menos de veinte mil el número de extranjeros que se acumulaban en algunos puntos, donde iban a acabar

devorándose entre ellos. ¡Qué no se podría dejar de esperar de esos enloquecidos, en sangrienta lucha por la posesión de los *claims*, cuando el hambre los enfrentase unos a otros!

Kaw-Djer estaba al corriente de lo que acontecía gracias a Tom Land y Karroly, los cuales no se arredraban ni ante las fatigas ni los peligros. Él mismo tampoco dudaba en arriesgarse. Fue, así, a la punta de Rous y sus amigos le siguieron. Ministros anglicanos y misioneros católicos le acompañaron. Y se plantó en medio de esa turba para impedir sus violencias. Pero fue inútil. Esos desechos de todas las naciones no le conocían, sus mismos colonos ya no le reconocían. Su intervención estuvo a punto de ponerle en peligro. Fue rechazado, amenazado, casi le costó la vida querer cumplir con su deber.

Kaw-Djer volvió, pues, a Liberia, desesperado, asqueado por toda esa abominación, y en su entorno empezó a contemplarse la eventualidad de abandonar la isla.

Pero antes de llegar a este extremo, Rhodes, Brok y O'Nark y algún otro se plantearon recurrir al gobierno chileno. La milicia de Tom Land, bastante reducida por las deserciones, ya no podía hacer nada y quizá conviniese recurrir a esa postrer recurso para acabar con el desorden.

—El gobierno chileno no puede abandonarnos —observó míster Rhodes—. Les interesa mucho que la colonia retorne a la tranquilidad.

—¡Haber de recurrir a un país extraño! —exclamó Kaw-Djer.

—Bastaría —continuó Rhodes— con que uno de los barcos de guerra de Punta Arenas apareciese por el horizonte para que esos miserables se esfumasen.

—Que Karroly parta hacia Punta Arenas —propuso O'Nark— y antes de quince días…

—¡No! —declaró Kaw-Djer—. ¡No! ¡Nos hemos hecho nosotros mismos… y nos salvaremos nosotros mismos!

Y ante esta voluntad tan terminante, digna del gran carácter de este hombre, no cabía sino inclinarse.

Pero si bien Kaw-Djer permaneció en su puesto, si no le fue

posible actuar como gobernante, al menos, el bienhechor, secundado por el joven médico, yerno de Rhodes, no vaciló en consagrarse a los enfermos, cuyo número crecía día a día.

En efecto, la isla Hoste era víctima de una epidemia provocada por la miseria y los excesos de todo tipo. Gracias a un celo que no se desmintió ni un instante y a los cuidados más solícitos, aunque algunos centenares de víctimas no pudieron escapar a la muerte —era casi veinte mil la cifra de buscadores de oro— al menos la mayoría se salvó.

Finalmente, hacia finales de marzo hubo una suerte de apaciguamiento en la locura generalizada. Los filones se habían agotado, y para unos cuantos que se habían enriquecido por un golpe de suerte hubo muchos más que se arruinaron hasta la última piastra, con la salud comprometida y el porvenir echado a perder para siempre. Y encima, de esas fortunas, la mayor parte se había esfumado, como suele ocurrir fatalmente, en las casas de juego, en los garitos de baja estofa en donde las detonaciones de los revólveres se mezclaban con los aullidos de los jugadores. Si bien la capital, Liberia, se vio a salvo de tales escenas, estas, en cambio, menudearon en las otras dos poblaciones.

En suma fue en tres millones de francos que se estimó el rendimiento de los diversos *claims* de la península Hardy y de la punta Rous. En la vecindad de la bahía Nassau, en cambio, su rendimiento había sido tan mínimo que casi enseguida fueron abandonados. En todos los casos el oro apenas aprovechó a los colonos y cayó en las manos de los aventureros que Europa y principalmente América habían arrojado sobre la isla Hoste.

En fin, todo ese amasijo de desclasados, toda esa turba acabó por abandonar ese rincón del archipiélago magallánico en donde habían acumulado tantas ruinas. Las desgraciadas familias hostelianas, en su mayor parte diezmadas, espoleadas por la miseria, devoradas por el hambre, regresaron a Liberia. Y allí encontraron todo el socorro que puso a disposición de ellos
Kaw-Djer
y también la dedicación infatigable de la que había dado tantos testimonios en medio de estas espantosas pruebas.

La colonia, ¿podría recuperarse del golpe? Tras un descorazonamiento tan hondo, ¿iba

Kaw-Djer a recuperar su energía de antaño y sería su mano lo suficientemente poderosa como para proceder a una nueva reorganización?

Y, por otro lado, ¿lo querría? Sus amigos podían temer, en efecto, que tras tantas desilusiones, tras haberse enfrentado con todos los vicios de la humanidad, quisiese abandonar la isla Hoste.

Y sin embargo, ahí había una noble tarea, digna de un gran espíritu: la de entregarse a esa obra de reparación. Tras haberla salvado una vez de los excesos de la anarquía, ¿no se vería Kaw-Djer tentado de volver a la tarea, de trabajar en la restauración de esa colonia que era tan suya y que había hecho tan próspera?

Pero pasaron algunos días sin que sus intenciones se manifestasen. Cuando no permanecía encerrado en su vivienda y no quería ver a nadie, se iba a deambular, solo, por las alturas de la península Hardy, y allí, sobre las últimas rocas, la mirada vuelta al sur como antaño, ¡se quedaba inmóvil durante horas!

Y quién sabe si el pensamiento no le llevaba a la extremidad de ese continente, al cabo de Hornos, hacia esa roca respecto la que había obtenido la independencia. ¿No era, ese, el refugio al que Karroly le conduciría para volver a empezar con él la existencia solitaria de la isla Nueva?

Poco a poco Liberia fue adquiriendo alguna animación. Las casas volvieron a abrirse, míster Rhodes y sus amigos se emplearon lo mejor que pudieron en levantar el ánimo de los colonos, en procurarles recursos, en llevarles de nuevo por el buen camino en medio de tanta ruina.

Se hubiera creído que un espantoso ciclón había devastado la isla o, al menos, sus habitantes se hallaban tan alterados como si algún cataclismo hubiese acaecido sobre sus cabezas. Y sin embargo hay que decir que ya no era de temer el retorno de una calamidad semejante. El suelo se hallaba agotado, no restaba en él la menor partícula de oro. Había sido excavado hasta el fondo de sus entrañas y lo que se le pedía ahora era que volviese a producir madera, grano, hierba… para asegurar el bienestar de todos los seres que vivían de él ¡y no que suministrara más ese metal cuyo descubrimiento había causado el desastre!

En fin, transcurridos esos días durante los que

Kaw-Djer
había estado ausente para sus amigos y colaboradores de cuyos servicios no podía sino rendir agradecimiento,
Kaw-Djer
los convocó a todos en la Residencia y con una voz grave pero firme en la cual se hallaba toda la energía de antaño, dijo:

—¡De nuevo a la tarea!

16. El faro de Cabo de Hornos

El invierno iba a llegar. ¿Cómo lo iba a soportar esta isla puesta a prueba tan duramente y de la que parte de la población se hallaba dispersa por el interior y amenazada por el hambre? Cierto, todos los extranjeros se habían marchado, ya no había nada que más coger.

Y si solo se hubiesen llevado el oro, puede que no habría mucho que lamentar. No es por sus yacimientos auríferos que un país es rico, sino por la fertilidad de su suelo, por su comercio, por su industria, algo de que generalmente carecen las regiones que tienen oro. Antes del descubrimiento del yacimiento de Golden Creek, ¿acaso no gozaba la colonia de una envidiable prosperidad?, ¿acaso el presente no le garantizaba un espléndido porvenir?

Pero la desgracia se había volcado sobre ella. No solo las fábricas, las pesquerías, las explotaciones forestales habían sido abandonadas, sino que lo que había llevado al colmo el desastre era que los cultivadores habían abandonado sus campos y que gran número de animales habían perecido por falta de cuidados, librados a su suerte en medio de los pastos, con la tierra inculta, la próxima estación se hallaba irremediablemente perdida.

Se trataba, pues, ante todo, de prevenir la escasez en el instante en que el invierno iba a cubrir con sus nieves y sus hielos todo el archipiélago magallánico. El combustible faltaba en Liberia y también en las otras dos poblaciones de la punta Rous y la bahía Nassau, y había que protegerse del frío tanto como de la escasez.

En una reunión habida el 3 de abril en la residencia, Kaw-Djer tuvo la ocasión de expresarse en estos términos.

—No podemos asegurar el bienestar de la colonia si no es al

precio de los mayores esfuerzos y estos no serán eficaces si cada cual no se vuelca de lleno, no se resigna. Solo debemos contar con nosotros mismos para salir de la situación; y en primer lugar conviene hacer un balance de los recursos de la isla.

—Lo haremos —respondió míster Rhodes— y le apoyaremos en pro del bien común. Por otro lado, tengo la esperanza de que no exista ningún desacuerdo entre los colonos y nosotros. Han sido demasiado puestos a prueba, demasiado desgraciados para no comprender que deben someterse sin recriminaciones, sin contestar su autoridad. Actúe, pues, como un jefe resuelto que no tolerará discutir sus órdenes y que ha decido ser obedecido terminantemente. Tenemos plena confianza en usted, en su energía, en su espíritu práctico. Sabemos bien que no hay por su parte la menor ambición personal. No ha seguido en ningún momento otro derrotero que el del deber y nosotros le seguiremos…

—Y si precisa de un poder sin límites —añadió Brok—, ¡no dude en asumirlo!

Kaw-Djer sabía bien lo que exigía el estado actual de la colonia. Para estar a la altura de las circunstancias, tan graves, debía actuarse como un jefe absoluto, como un dictador —esa era la palabra justa— y, él no lo ignoraba, ¡ese dictador no podía ser sino él!

O'Nark llamó en ese instante la atención de sus amigos sobre ese punto.

—Cuando el desorden regía con toda su fuerza, cuando no había seguridad ni para los bienes ni las personas, cuando sufríamos las violencias de esos extranjeros, no menos temibles por su número que por su audacia, habíamos hasta pensado en reclamar a Chile ayuda…

—Y yo me opuse —exclamó
Kaw-Djer
—. Eso era comprometer, quizá, la independencia de la isla Hoste. ¡Y eso jamás lo consentiría bajo ningún concepto!

—Y nosotros lo aprobamos —declaró míster Rhodes—. Nuestra colonia debe seguir libre y, de volver a manos de Chile, la abandonaríamos sin ánimo de regreso.

—Estamos de acuerdo en eso —continuó
O’Nark

—, la isla Hoste solo debe pertenecer a ella misma. Jamás debe enajenar sus derechos.

—¿Adónde quiere ir a parar? —preguntó Kaw-Djer.

—A que si el gobierno chileno ofreciese sus buenos oficios, no ya para restablecer el orden sino para satisfacer nuestras necesidades más perentorias, deberíamos aceptarlos, e incluso buscarlos.

—No le contradigo —respondió Kaw-Djer —, a condición expresa de que esas relaciones con la República chilena no puedan en ningún caso implicar poseer algún derecho sobre la isla…

—Así es como lo entendemos —afirmó míster Rhodes— y aunque se pretendiese establecer un protectorado, lo rechazaríamos.

—Nuestra bandera, tan solo nuestra bandera —declaró Kaw-Djer — ¡y no toleraré que se arríe ante otra, la que sea!

Con voz muy fuerte, exclamó:

—¡Viva la isla Hoste independiente!

A partir de ese día la autoridad de Kaw-Djer se ejerció sin límites y en la colonia no hubo la menor nota discordante. Él, que no había admitido jamás que un hombre pudiera aceptar el yugo de un amo absoluto, se convirtió en amo y la isla Hoste pudo recuperarse así de su ruina.

Por lo demás, los colonos lo habían comprendido, era preciso que la mano de una sola persona lo dirigiese todo.

El primer cuidado de Kaw-Djer fue proceder a una minuciosa investigación sobre los recursos de cada familia y al mismo tiempo sobre lo que restaba de reservas de la isla que se habían librado del pillaje. Después, sin privilegios para nadie, se establecería un racionamiento general mientras se aguardaba la llegada de cereales que servirían hasta la próxima cosecha. El cuidado, durante la temporada invernal, de la alimentación de tres mil habitantes, siendo así que la mortalidad había alcanzado a la mayor parte del ganado y que la harina estaba reducida a unos quintales, fue una ardua tarea a la que se entregó

Kaw-Djer.

Desde el principio, esas medidas de racionamiento, tan indispensables como eran, provocaron algunas tentativas de rebelión. La obligación de cada cual de entregar lo que tenía volcándolo en el fondo común fue mal acogida por ciertas familias obligadas a ceder mucho más de lo que luego recogían del reparto general. Pero estas medidas eran necesarias, además que las órdenes de
Kaw-Djer
debieron ser ejecutadas con el máximo rigor. Habiendo sido reorganizada la policía de la colonia desde los primeros días, Tom Land había tomado el mando y obligaba a cumplir con su obligación a quienes rehusaban contribuir al interés común. En suma, tras algún leve conflicto,
Kaw-Djer,
sostenido por la opinión mayoritaria, pudo dar término a las últimas resistencias.

Se debieron organizar asimismo pelotones para obtener el combustible que precisaba la capital y demás poblaciones. A finales de abril los fríos se habían acentuado, bien que la temperatura invernal no sobrepasó su media normal. Con todo, si la columna termométrica no descendió considerablemente, los hostelianos sufrieron mucho de la humedad debido a las abundantes lluvias y nieves. Pero los bosques podían proveer de toda la madera necesaria para el período invernal y todo lo que hubo que hacer fue derribar los árboles, cortarlos, y luego transportarlos a los lugares de consumo.

Igualmente, fueron emprendidas expediciones a fin de recuperar el ganado disperso para utilidad de las poblaciones. Se obtuvieron así de quinientos a seiscientos animales de los cuales la mayor parte sirvió de alimentación para la colonia.

Era lógico que fueran dirigidas peticiones a Chile, Argentina y las Falkland para el sembrado de los campos en septiembre y la repoblación de bestias ovinas y bovinas que gozaron en esa época de los pastos libres de las últimas nieves. Tres o cuatro meses debieron transcurrir antes que los pasos del archipiélago magallánico resultasen practicables al cabotaje. Se comprende pues que la colonia se viese reducida a sus solas reservas. Había sido

obligado recurrir al racionamiento. El interés particular debía ceder en aras del general.

Fue en julio que el invierno se hizo sentir con el máximo rigor. Pero, a consecuencia de las precauciones tomadas, el combustible no faltó y los grandes fríos pudieron soportarse sin gran pena. El tiempo, tan áspero en ocasiones, no perturbó en absoluto los esfuerzos de Kaw-Djer en lo que concernía a la obra de reorganización. Quería asistir a todo, o para ser justos, hacerlo él todo. Las visitas a las poblaciones, las expediciones al interior de la isla y a los diversos puntos del litoral, a las factorías, a las fábricas, a las pesquerías, no cesaron de ponerle en contacto con la población. Le parecía que había reemprendido su existencia de antaño, cuando recorría los territorios fueguinos e iba de tribu en tribu, de campamento en campamento, mereciendo el bello título de «bienhechor». La edad no le había hecho perder un ápice de su resistencia, de su actividad, y reencontraba en la isla Hoste toda la popularidad adquirida entre las poblaciones indias.

Sería injusto no añadir que sus amigos le secundaban entusiastamente. Sin importarles la fatiga, le acompañaban, le ofrecían su ayuda con entera dedicación. Por otro lado, mientras míster Rhodes se ocupaba de los cuidados de su profesión en Liberia, él retomaba sus funciones de médico y le suplía en las poblaciones así como en el campo.

Además, Karroly, cuyo pilotaje permanecía inactivo durante la mala estación, no abandonaba a Kaw-Djer. Era, en todo momento, el amigo devoto que seguía a su maestro por doquier, mientras que Halg, que permanecía junto a su esposa, la cual acababa de tener un hijo, se dedicaba a la caza y la pesca.

En fin, el invierno terminó a comienzos de octubre y bajo la acción del sol que subía hacia el ecuador el archipiélago se liberó de su manto de nieve. Fue en ese instante que aparecieron los primeros navíos de las Falkland y de Chile; las cargas llegaron a los almacenes de Liberia y ya no se tuvo que temer al hambre.

—¡Ya era hora! —le dijo Kaw-Djer

a míster Rhodes—. ¡Un mes más y hubiésemos llegado al límite de nuestras reservas! ¡Antes del fin de semana ya no hubiese quedado pan! Ahora ya no se habrá de temer nada más.

—Gracias a usted, amigo mío —respondió míster Rhodes—. Gracias a su administración tan previsora como enérgica. No rechace, pues, nuestros testimonios de reconocimiento.

—¿Reconocimiento? —respondió
Kaw-Djer
—. ¿Acaso no tienen ustedes derecho al de toda la colonia por la dedicación que han manifestado? Contentémonos con la satisfacción de haber cumplido con nuestro deber.

—Sea —prosiguió Rhodes, estimando que debía expresar todo lo que pensaba, pues quizá era el momento de decirlo—. Pero igualmente, amigo mío, debemos agradecerle a Dios el haberle puesto a usted en nuestro camino, para salvar a los náufragos del *Jonathan* y para salvar nuestra isla.

—¿Dios? —murmuró Kaw-Djer, cuyos ojos se elevaron involuntariamente hacia el cielo.

Lo que no había podido ser durante la estación desfavorable fue emprendido entonces: todos los trabajos referidos a la industria, al comercio, a la agricultura. Liberia recuperó su animación de antaño. Los negocios se reemprendieron con renovado ardor. El puerto acogió un mucho mayor número de navíos, no habiendo de temer de la deserción de la tripulación. Por una feliz circunstancia la pesca de la ballena fue muy fructuosa en los parajes magallánicos e incluso en los pasos vecinos a la isla Hoste. Los americanos y los noruegos en el curso de esta campaña afluyeron al puerto de Liberia y la elaboración del aceite ocupó a un centenar de hostelianos con salarios muy remunerativos. Los almacenes de la capital se llenaron, tanto de las mercancías que la importación traía como de las que venían a llevarse los barcos de cabotaje y de navegación de altura.

Al mismo tiempo, una nueva actividad propulsó las fábricas, serrerías, conserveras; y en las pesquerías se dobló el número de cazadores de focas. Varios centenares de pecherais abandonaron Tierra del Fuego, en donde la mano de Argentina comenzaba a pesar gravosamente, y transportaron sus campamentos al litoral de la isla en donde se fijaron definitivamente. Por otro lado, otros colonos, la mayoría procedentes de Canadá y América septentrional

fueron llevados ahí por las sociedades de emigración y pronto triplicaron la sociedad hosteliana.

Dos años transcurrieron y gracias al gobierno de Kaw-Djer ya no quedaba huella de los trastornos provocados por el descubrimiento de los yacimientos auríferos. La importancia de la colonia se cifraba por un movimiento de negocios cifrado en varios millones de piastras. Un segundo puerto se fundó por encima de la bahía de Nassau, en la punta que bañan las aguas del canal de Beagle, por el que se podía navegar en excelentes condiciones hasta el estrecho de Magallanes. Las relaciones comerciales con Punta Arenas fueron más y más frecuentes y los intercambios enriquecían ambas capitales. Puede que los negocios hubiesen resultado igual de ventajosos en Ushuaia, si esta colonia argentina hubiese gozado de las franquicias de sus rivales, que aseguraron a estas su impresionante prosperidad.

Varias casas hostelianas poseían ahora cabotajes e iban a traficar al este, a las Falkland y hacia el oeste, hacia las islas chilenas. Recogían en el litoral todos los productos manufacturados, y no solo en las dos poblaciones de la bahía Nassau y la punta de Rous, sino también en las fundadas en el paso de la isla Gordon y en la entrada del canal de Darwin. El último censo daba a la isla Hoste una población de cinco mil habitantes de la cual los indios constituían la sexta parte.

Hacia finales de 1890 la colonia adquirió un vapor, que le vendió el gobierno chileno, de trescientas toneladas construido en Valparaíso. Este vapor recibió el nombre de *Yacana*. Se utilizaría para la comunicación de la colonia con las diversas factorías del archipiélago y para las visitas que el gobernador de isla Hoste hacía con frecuencia a los diversos establecimientos del litoral, si bien, eso sí, Kaw-Djer jamás puso el pie en alguna de las islas que el tratado de 1881 otorgaba a una u otra república.

Hacia esa época, en medio de la estación benigna, los trabajos emprendidos en la extrema punta del cabo de Hornos se hallaban completamente acabados, el pilón metálico de quince metros de altura, la linterna que elevaba a seiscientos metros sobre el nivel de

mar y los anexos donde estaba instaladas las dínamos destinadas a generar la corriente eléctrica, la vivienda de los guardianes y el almacén con todo el material necesario para el funcionamiento de un faro de primer orden.

Se decidió que la inauguración se viera revestida de cierto boato, una ceremonia que los colonos gustasen de recordar en el futuro. Ciertamente, no toda la población podría asistir puesto que faltaban medios de transporte entre la isla Hoste y la isla Hornos. Solo podrían tomar parte aquellos cuya situación personal les revistiese de una notabilidad reconocida por todos en la colonia.

Kaw-Djer pergeñó, en consecuencia, las invitaciones, y el día de la inauguración se fijó para el 15 de enero de 1891. El vapor *Yacana* conduciría a los invitados del gobernador, miembros del consejo y otros con sus familias sin olvidar a Karroly y su hijo Halg, justamente considerados personajes señalados de la isla Hoste.

No hay que decir que los caboteadores del puerto y cualquier otra embarcación susceptible de efectuar la travesía podrían acompañar al vapor.

Y así, el día 15 por la mañana, hacia las once, el *Yacana* abandonó el puerto de Liberia, con un centenar de pasajeros y pasajeras a bordo, para a continuación bordear la península Hardy hasta su extremo, siendo escoltado por una docena de embarcaciones.

El tiempo era favorable para el viaje puesto que la brisa soplaba del nordeste a través de brazos de mar y canales hasta el cabo de Hornos.

No se olvide que la distancia en línea recta entre la península Hardy y la última isla del archipiélago podía ser evaluada en una decena de leguas marinas.

La flotilla, al abrigo de los altos promontorios, efectuó su navegación sin incidentes ni retrasos. El *Yacana* ni siquiera hubo de disminuir el ritmo de su andadura y las embarcaciones que le acompañaban tuvieron siempre a la vista los colores hostelianos que ondeaban en su asta.

El vapor, tras haber doblado la península Hardy, se dirigió hacia el extremo septentrional de la isla Hermite y, llegado a esa altura, dejó la isla a estribor a fin de penetrar en el paso que da a mar abierta, al oeste del cabo.

Se llegó a la isla Hornos hacia las tres de la tarde. El vapor fondeó entonces en lo hondo de la ensenada desde donde la *Wel-Kiej*, durante la terrible tempestad, había acudido en socorro del *Jonathan*. Las embarcaciones lanzaron, acto seguido, sus amarras a tierra.

Alrededor de ciento cincuenta personas desembarcaron junto a Kaw-Djer, tomando pie sobre la arena bordeada de arrecifes negruzcos, sembrada de conchas brillantes y que ascendía en suave pendiente desde la base del cabo. Allí aguardaban los obreros que habían dado los últimos toques a los trabajos del faro y con los que Karroly había estado a menudo en relación cuando la chalupa llevaba allí a Kaw-Djer, antes de la adquisición del *Yacana*.

En cuanto hubo puesto pie en la arena, Kaw-Djer se dirigió hacia el sendero que ascendía por el flanco del cabo. Sus amigos comprendieron que deseaba estar solo y no le siguieron. Míster Rhodes, su esposa y sus hijos, las familias de Brok y O'Nark y todo el resto de invitados, guiados por los guardianes del faro, comenzaron la visita a los anexos.

Mientras tanto, Kaw-Djer subía lentamente sin volver la cabeza, absorbido en sus reflexiones, como diez años antes, cuando huía —tras abandonar la isla Nueva— hacia las últimas tierras del continente.

Llegado a la cumbre del cabo, se detuvo allí un instante. Después, franqueando los veinte pasos que le separaban de la cima, permaneció inmóvil.

Y entonces, revivió en el recuerdo su vida pasada, su juventud estudiosa, su edad madura, siempre luchando por sus ideas, el desdén que concebía por la humanidad, la ruptura con sus semejantes, su vida entre los indios del archipiélago magallánico, su establecimiento en la isla Nueva, el cual había creído definitivo, los años tranquilos junto a Karroly, y, después, el tratado que le había alejado de su refugio, su llegada al cabo de Hornos, el naufragio del

Jonathan, y finalmente su estancia en la isla Hoste.

¡Cuántos cambios había experimentado desde que debió prescindir de sus teorías de antaño, desde que debió consagrarse a la organización de la nueva colonia! ¿Era él, todavía, el hombre cuya doctrina se resumía en esta abominable fórmula: Ni Dios ni amo?

No, y allí, sobre esa roca, la palabra se le escapó de los labios por el irresistible impulso de una fe que penetraba en su alma:

—¡Dios!…

En ese mismo instante percibió un pequeño montón de piedras en el borde del terreno, restos de los cimientos del faro.

Una de esas piedras llamó vivamente su atención. Se hallaba en el borde mismo de la plataforma y bastaba con empujarla con el pie para que cayese y se hundiera en las aguas del cabo.

Kaw-Djer se acercó. Un fuego ardía en su mirada, una llama de desprecio y odio.

Se lo temía, no estaba equivocado: esa piedra surcada con líneas brillantes, contenía oro, posiblemente toda una fortuna que los obreros no habían sabido reconocer. Y ahí estaba ahora, abandonada como un residuo sin valor. ¡Así que hasta el mismo cabo de Hornos proyectaba, la larga cadena del nuevo continente, sus ramificaciones auríferas! ¡Incluso aquí las entrañas de la roca atesoraban el precioso metal!

Kaw-Djer revivió todos los desastres que se habían abatido sobre la isla Hoste hasta el descubrimiento de los yacimientos de Golden Creek: el enloquecimiento de la colonia, la invasión de los aventureros llegados de todas partes del mundo, el hambre, la miseria, la ruina…

Tiró, pues, con el pie, al vacío, la enorme pepita, diciendo:

—Ve, oro maldito —exclamó—. ¡Ojalá pudieran hundirse contigo todos los males del mundo!

La piedra rodó y, tras rebotar por las aristas del acantilado, desapareció en las profundidades del mar, al pie del cabo.

Algunos instantes más tarde, a una señal de Kaw-Djer, los pasajeros del *Yacana* y del resto de embarcaciones habían subido por el sendero y habían llegado a la planicie.

Ese mismo día, al ponerse el sol, el faro debía entrar en

funcionamiento por primera vez. Estaba constituido por un sólido armazón de hierro forjado resistente al viento y por un pilón cuya linterna se elevaba a quince metros por encima de la planicie y a mil ochocientos por encima del nivel del mar.

Kaw-Djer y sus amigos, todos los invitados a esta ceremonia de inauguración, se habían reunido en torno al pilón.

Míster Rhodes tomó entonces la palabra y, con algunas frases emocionadas, se dirigió a Kaw-Djer. Por su boca toda la colonia rindió homenaje de reconocimiento y afecto a quien tanto había hecho por ella. Recordó lo que, diez años antes había ocurrido en estos mismos lugares, cuando la tempestad había arrojado contra la costa al *Jonathan* a la deriva; recordó lo acaecido en la isla Hoste, cuando esta, no menos a la deriva que el navío, había estado a punto de sucumbir bajo los golpes de la anarquía y, después, bajo la invasión de los extranjeros…

Entonces, de todas partes, en respuesta a esas elocuentes palabras de míster Rhodes, se alzaron gritos de «¡Viva Kaw-Djer! ¡Viva Kaw-Djer!»; a lo cual este se contentó con levantar la mano hacia el cielo.

Los hurras continuaron con todo del ardor que otorga el patriotismo, cuando la bandera con los colores hostelianos, ondeando al viento, fue alzada hasta la altura del faro.

Luego, hacia las cinco, se volvió a bajar a la arena y allí todos participaron en la comida servida en la gran sala de los anexos. ¡Cuántos brindis fueron hechos, entonces, a la salud de la colonia y en honor de Kaw-Djer!

Más tarde, una vez la comida terminada, poco después de las siete, todos los asistentes volvieron a la cumbre del cabo pues querían asistir a los primeros rayos luminosos que el faro lanzaría a través del espacio.

El disco solar se balanceaba en ese instante por encima del horizonte del oeste. El cielo se mostraba en toda su pureza y la brisa desfalleciente no arrastraba ni una brizna de vapor.

Reinaba un profundo silencio bajo el imperio de una emoción a

la que nadie quería resistir. Las miradas abarcaban una inmensa extensión ya ensombrecida por el lado de levante, mientras que el sol poniente aún se mostraba purpúreo. Ni una vela aparecía en toda la extensión del mar, ni una humareda. La inmensidad aparecía absolutamente desierta.

El astro rey tomó por fin contacto con el horizonte. Alargado por la efracción, pronto quedó reducido a una semiesfera cuyos últimos haces iluminaron el cielo para enseguida convertirse en una raya ardiente que se ahogaba en las aguas. Y entonces apareció ese rayo de un verde luminoso, el color complementario del rojo desaparecido.

En ese instante, la corriente, procedente de la base, hizo saltar el arco eléctrico entre las bujías de la linterna cuyos haces, a través de los vidrios lenticulares, se proyectaron hacia todos los puntos del horizonte.

El faro acababa de lanzar sus primeros destellos sobre los parajes magallánicos y los dos cañones del *Yacana* lo saludaron con detonaciones en medio de mil hurras de los espectadores.

A partir de aquí, un navío que llegase del este, tras haber sido guiado por el faro de la Tierra de los Estados en la extremidad del litoral fueguino, podría, poco antes de percibir las luces de la costa chilena, tomar contacto con ese faro de Hornos, erigido por los colonos de la isla Hoste, allí donde se encuentran las aguas del Atlántico y del Pacífico.



JULES VERNE, (Nantes, 8 de febrero de 1828 - Amiens, 24 de marzo de 1905).

Escritor francés, conocido en español como Julio Verne, nació en Nantes el 8 de febrero de 1828, llegando a ser uno de los grandes autores de novela del siglo XIX. Más adelante se dedicó también a escribir libretos de óperas y obras de teatro.

Nacido en una familia adinerada, Verne disfrutó de una buena educación y ya de joven comenzó a escribir narraciones y relatos, sobre todo de viajes y aventuras. Licenciado en Derecho y establecido en París, Verne se dedicó a la literatura pese a no contar con apoyo económico alguno, lo que minó gravemente su salud.

Verne era un auténtico adicto al trabajo y pasaba días y días escribiendo y revisando textos. Esto, unido al apoyo de su editor Hetzel, hizo que el éxito y las ventas de sus novelas fueran en continuo aumento.

Pasaba días enteros en las bibliotecas de París estudiando geología, ingeniería y astronomía, conocimientos con los que documentaba sus fantásticas aventuras y predijo con asombrosa exactitud muchos de los logros científicos del siglo XX. Habló de cohetes espaciales, submarinos, helicópteros, aire acondicionado, misiles dirigidos e

imágenes en movimiento, mucho antes de que aparecieran estos inventos. Esa capacidad de anticipación tecnológica y social le ha llevado a ser considerado como uno de los padres del género de la ciencia-ficción.

Sus novelas han sido publicadas en todo el mundo, siendo uno de los autores más traducidos de la historia. Títulos tan famosos como *De la tierra a la luna* (1865), *Viaje al centro de la tierra* (1864), *20.000 leguas de viaje submarino* (1870), *Miguel Strogoff, Escuela de robinsones*… hacen de Verne un clásico atemporal de la novela de aventuras, con muchas de sus obras adaptadas al cine y la televisión.

A partir de 1850 comenzó a publicar y trabajar en el teatro gracias a la ayuda de Alejandro Dumas. Sin embargo, es con su viaje de 1859 a Escocia cuando Verne inicia un nuevo camino gracias a su serie de los Viajes extraordinarios, de los que destaca, además de los ya citados, *Cinco semanas en globo* (1869) o *La vuelta al mundo en 80 días*.

En 1886 Verne fue atacado por su sobrino, quien le causó graves heridas. Después de esto, y de la muerte de su amigo y editor, Verne publicó sus últimas obras con un toque más sombrío que las alegres aventuras de sus inicios. La última novela antes de su muerte fue *La invasión del mar*.

El 24 de marzo de 1905, enfermo de diabetes desde hacía años, Verne murió en su hogar, sita en el bulevar Longueville 44 (actualmente bulevar Jules Verne). Fue enterrado en el cementerio de La Madeleine, ubicado al noroeste de Amiens, en cuya tumba se representa a Verne emergiendo del sepulcro, obra del escultor Albert Roze.

Notas

[1] Don Diego y don Gómez: personajes de la obra de Corneille *El Cid*. < <

[2] Los olvidos felices de una vida atormentada. < <

[3] Aferrar la vela a la verga para que no tome tanto viento. < <

[4] En Castellano en el original. < <